

**Universidad Andina Simón Bolívar**  
**Sede Ecuador**  
**Área de Letras y Estudios Culturales**

Maestría en Literatura  
Mención en Escritura Creativa

**La Bestia de San Miguel**

Daniel Giovanni Cuty Ninahualpa  
Tutor: Leonardo Pedro Valencia Assogna

Quito, 2025

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	<b>Reconocimiento de créditos de la obra</b> No comercial Sin obras derivadas	
---	---	---

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia



## Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Daniel Giovanni Cuty Ninahualpa, autor del trabajo intitulado “La Bestia de San Miguel”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura con mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

28 de octubre de 2025



Firma: \_\_\_\_\_



## Resumen

“La Bestia de San Miguel” es una novela de terror ambientada en la serranía ecuatoriana durante la Revolución liberal a finales del siglo XIX. La trama sigue a José Arroyo, un joven médico que, tras formarse en la capital, regresa a su pueblo natal, San Miguel, para enfrentar el caos político causado por la inminente invasión del poblado por parte del ejército liberal. Huérfano y heredero de una poderosa familia terrateniente, José, junto con su tío Antonio Arroyo, párroco del pueblo, buscan organizar la resistencia de San Miguel durante la guerra civil. Sin embargo, mientras esto está sucediendo, varios asesinatos inexplicables empiezan a acontecer en el pueblo, los mismos que los pobladores atribuyen a rituales dedicados a Supay, el dios incaico de la muerte, el cual es considerado un demonio desde la perspectiva católica.

De este modo, la narración oscila entre lo racional y lo mágico, explorando el barroquismo propio de los Andes, donde conviven la ciencia, la religión católica y las mitologías ancestrales. Asimismo, la novela profundiza en tres ejes culturales: la intransigencia política entre liberales y conservadores, la tensión entre pensamiento mágico y racional, y la desconfianza como rasgo estructural de la sociedad ecuatoriana. Estos elementos configuran una atmósfera en la que la traición, la paranoia y el miedo marcan la vida de los personajes, junto con la constante posibilidad de la guerra.

Con un estilo que combina lo realista y lo sobrenatural, la obra propone una reflexión sobre la fragilidad del lazo social en un país atravesado por la violencia, el fanatismo y la imposibilidad de distinguir con claridad entre el mal humano y aquello que bordea lo paranormal.

Palabras clave: ficción histórica, terror andino, siglo XIX, Revolución liberal, *supay*



Tuve la suerte de tener padres que se tomaron el tiempo de leerme desde muy pequeño. Por ello, espero que esta historia se convierta en eso, algo que queramos compartir con las personas que queremos. Este libro entonces está dedicado a todos aquellos que, al leerlo, se digan a sí mismos: “Vaya, creo que aquí estoy”. Su presencia en mi vida permitió que esto exista.



## **Agradecimientos**

Quiero agradecer enormemente a la Universidad Andina Simón Bolívar por darme la oportunidad de formarme como escritor. La idea de serlo no es nueva en mi vida. Sin embargo, fue gracias a su programa de becas y de financiamiento de proyectos que esto fue posible. En tal virtud, recibí por su parte el empujón necesario para que esta aspiración se convirtiera en una realidad. Del mismo modo, quiero agradecer a mi hermana, Carla Cuty, quien supo darme dos de los mejores consejos cuando le conté que estaba escribiendo historias: “Más vale que sepas a dónde ir, y hasta que llegues, solo diviértete” y “No, Dani, la vida no tiene por qué ser tan cruel”.



## Tabla de contenidos

Introducción	11
1. Trama y elementos técnicos	12
2. Sobre el surgimiento de la idea y el regionalismo	14
3. Sobre lo paranormal y el miedo	17
4. Sobre la escritura de La Bestia	19
Capítulo primero	24
Capítulo segundo	45
Capítulo tercero	63
Capítulo cuarto	80
Capítulo quinto	93
Obras citadas	112



## Introducción

### 1. Trama y elementos técnicos

Este proyecto es una novela de terror que cuenta la llegada de la guerra civil a un pueblo ficticio llamado San Miguel, ubicado en la serranía ecuatoriana durante la Revolución liberal, a finales del siglo XIX. El protagonista de esta historia es José Arroyo, quien, tras graduarse como médico en la capital, regresa a su pueblo natal debido a la situación política que lo obliga a cuidar tanto de su familia como de sus tierras ante una posible invasión del ejército liberal. Arroyo es terrateniente y miembro de una de las familias más acaudaladas de San Miguel, la misma que fundó el pueblo, y mantiene una estrecha relación con el clero. Huérfano de ambos padres, José ha sido criado por su tío paterno, Antonio Arroyo, párroco de la comunidad, quien se hizo cargo de su educación y cuidado desde que era un niño. Tras el estallido del conflicto civil, ambos buscarán organizar a las familias y pobladores de San Miguel para resistir la invasión de los liberales. Sin embargo, en medio de este clima de tensión e incertidumbre, se dan una serie de asesinatos en el interior del pueblo, los mismos que parecen obra de una entidad que los lugareños conocen, de forma temerosa y ritual, como la Bestia.

De esta manera, esta novela busca ahondar en tres aspectos culturales propios de las sociedades andinas respecto a su imaginario fatalista que intenta explicar por qué, en ocasiones, la realidad se percibe como algo antagónico a la voluntad de quienes la habitan. El primer aspecto radica en la intransigencia, una característica común en muchas culturas latinoamericanas, donde realizar pactos por el bien público suele interpretarse como señal de debilidad. Esta visión, paradójicamente, ha dado lugar a escenarios de beligerancia y fanatismo, en los que alcanzar acuerdos de beneficio colectivo queda relegado a un segundo plano. El segundo aspecto se enfoca en la convivencia entre el pensamiento mágico y el pensamiento racional, una dualidad que caracteriza a culturas como la andina. Esta particularidad nace del mestizaje propio de la región, donde confluyen creencias precolombinas, el catolicismo y el pensamiento moderno, los cuales coexisten dentro de la idiosincrasia de sus habitantes. De esa manera, la novela busca enfatizar las fricciones que estas matrices provocan a nivel cultural, especialmente en torno al concepto de agencia. Es decir, la tensión entre

decidir por voluntad propia o aceptar la existencia de algo más grande que se impone a ella.

Finalmente, estos elementos buscan entrelazarse con un tercero, profundamente arraigado en la sociedad ecuatoriana, el cual es la desconfianza. Esta se entiende como la constante posibilidad de traición por parte de las personas que nos rodean, incluso aquellas con quienes establecemos vínculos afectivos. No es casual, por ejemplo, que en ciertas comunidades indígenas de la sierra, cuando alguien enferma, los pobladores acudan al chamán local no solo para saber qué enfermedad padece la persona, sino que se busca entender por qué le ocurrió eso a esa persona. En este sentido, la concepción del problema de la desconfianza trasciende lo individual y se ha convertido ya en un problema de carácter público. Según el Barómetro de las Américas, en el año 2023, Ecuador se posicionó como una de las sociedades más desconfiadas de América Latina (LAPOP 2023, 10). Ante ello, cabe destacar que esta obra no tiene como propósito principal retratar al país de manera folclórica buscando promover un discurso identitario. Sin embargo, se inspira en comportamientos arraigados de la cultura ecuatoriana para tejer su diégesis. En este caso, se hace énfasis en la incertidumbre propia de habitar en un entorno donde no se sabe en quién, o en qué confiar, tanto a nivel personal como en el ámbito de las creencias.

Por otro lado, si bien el tema político ocupa un lugar prominente en la elaboración de este proyecto, este no pretende desligarse del género al que aspira pertenecer: el terror. En este sentido, y siguiendo la influencia de autores como Mariana Enriquez, quien incorpora figuras míticas propias de las culturas precolombinas, como elementos de brujería mapuche en varias de sus obras, decidí realizar un ejercicio de investigación histórica para caracterizar a la Bestia, explorando los imaginarios andinos sobre cómo se concibe el mal. En ese proceso, me llamó particularmente la atención la figura de *Supay*, el dios inca de la muerte, o el espíritu demoníaco de las montañas desde la perspectiva quechua (Mills 1997, 232). Esta entidad, que no es buena ni mala, se trata de una fuerza que presta sus habilidades cuando es invocada correctamente. Consecuentemente, puede ser utilizada para fines maléficos como protectores, dependiendo de la intención de quien la convoca. Esto se debe a que, desde la cosmovisión inca, el mal es considerado una característica netamente humana, no paranormal. La presencia del *Supay* se mantiene viva en rituales locales que reconocen su existencia, siendo la Diablada Pillareña una de las manifestaciones más conocidas en Ecuador que celebran explícitamente su simbología. De este modo, la presencia de una

entidad que escapa de la racionalidad para ser comprendida, y que al mismo tiempo actúa según intenciones humanas, constituye un eje fundamental en la narración de mi relato. Esta figura resulta fundamental en el relato dado que, el principal antagonista de la obra, no es el Supay, sino el humano que lo convoca, focalizando el horror no tanto en un ente paranormal que agrede, sino más en las motivaciones psicológicas de quién decide hacer daño por medio del uso de brujería como consecuencia de la perturbación de su mundo interior (King 1981).

Respecto al enfoque y marco conceptual de la obra, es importante considerar dos aportes teóricos fundamentales en su planteamiento. La Bestia de San Miguel es un relato no naturalista, según la tipología de Richardson (2016), dado que incorpora elementos sobrenaturales como parte integral del mundo diegético. Pese a ello, la intención narrativa consiste en construir un tránsito paulatino desde la incredulidad científica del protagonista hacia una aceptación, y posteriormente un uso consciente, de los elementos maravillosos presentes en la realidad del relato. Del mismo modo, desde la perspectiva teórica de Todorov (1970), la Bestia de San Miguel sería un relato propio de lo fantástico-maravilloso dado que, si bien al inicio de la obra lo paranormal es visto como algo ajeno y raro (fantástico), cercano a concluir el relato los personajes aceptan la vigencia y existencia de normas sobrenaturales en el mundo en el que viven aun cuando en un principio se resistían a creerlas (maravilloso). Por otro lado, la novela incorpora la noción de lo siniestro (*Unheimlich*), desarrollada por Freud (1919), que señala la presencia de algo perverso en aquello que nos resulta familiar. Lo siniestro, según Freud, implica la posibilidad de concebir lo peor y descubrir que, efectivamente, eso está ocurriendo. Con base en esta idea, pretendo orientar la narración mediante el uso progresivo de dicho concepto, reflejado en el proceso mediante el cual José Arroyo descubre la verdadera naturaleza de sus adversarios. Habiendo descrito estos fundamentos teóricos, procederé a contar cómo fue el proceso creativo que dio origen a esta idea y de qué manera he trabajado para plasmarla en su forma escrita.

## **2. Sobre el surgimiento de la idea y el regionalismo**

La idea de *La Bestia de San Miguel* tiene un proceso de gestación bastante largo, de aproximadamente doce años. Mantengo esto a un nivel especulativo porque es complejo identificar en qué momento una idea comienza a existir. Considero que los componentes fundamentales que permitieron que esta historia fuera posible son los siguientes: la tensión cultural entre la costa y la sierra en Ecuador, la presencia de

figuras caudillistas, la coexistencia de leyendas andinas con elementos católicos presentes en la cotidianidad, y finalmente, el aspecto humano del surgimiento de lealtades, bandos, reciprocidades y traiciones que marcan la conducta de la cultura en la que crecí, la cual está caracterizada por un claro elemento de desconfianza. Habiendo mencionado esto, la idea surgió durante el 2011, año que me mudé a Buenos Aires con la intención de estudiar cine. Si bien no era el primer migrante en mi familia, sí fui el primero en hacerlo por motivos académicos. Ante este suceso, se desencadenó un proceso tierno y, a la vez, triste, en el que mi familia más cercana realizó una suerte de rituales simbólicos de despedida. Dicha situación en un inicio fue una apología del esfuerzo económico que mis padres iban a realizar para que yo pudiera estudiar en otro país, pero paulatinamente se transformó en algo distinto. En aquel entonces, pensaba que las cosas que hacíamos como familia para despedirnos eran normales. No obstante, con la distancia del tiempo y tras haber vivido en otros lugares, me doy cuenta de que no era así.

En consecuencia, el acto de despedirme implicó visitar los cementerios donde están mis abuelos, con el fin de pedir su bendición y que me protegieran de cualquier peligro o desafío que pudiera presentarse en los nuevos escenarios, y realizar caminatas hacia lugares naturales para nutrirse de su energía y de ese modo tener fuerza para enfrentar los obstáculos que pudiesen venir. Recuerdo que en una de esas visitas, una prima lejana, de la edad de mi madre, me advirtió de forma severa sobre los peligros de seguir el mal camino, recordándome que serían mis principios de crianza los que definirían qué tipo de persona llegaría a ser. Este episodio me marcó profundamente. Al reflexionar sobre estas experiencias me di cuenta que, de forma implícita, todos los rituales giraban alrededor de una idea que en ese momento se volvió clara y verbalizada: había que cuidarse del mal porque existe y nadie está exento de experimentarlo. Ante ello, lo que me llamó la atención al recordar estos episodios, fue darme cuenta de que este recorrido cultural previo a mi partida no era tan “normal”. Si bien en su momento no me pareció realmente extraño lo que sucedía, viéndolo en retrospectiva, estas prácticas tienen un aire mágico nutrido de elementos particulares y locales. Sospecho entonces, que fue en este periodo donde la idea de La Bestia comenzó a existir.

Por otro lado, considero pertinente mencionar algunos rasgos de mi adolescencia que influyeron en la manera en que empecé a construir el mundo que busco plasmar en este relato, el cual está fuertemente determinado por mi formación. Realicé mi educación primaria y secundaria en el colegio Liceo Naval Quito, unidad educativa

perteneciente a la Armada del Ecuador. La particularidad de esta institución radica en que su objetivo primordial era garantizar que los hijos de los oficiales provenientes de la costa, al residir en Quito, no perdieran la continuidad educativa al trasladarse a la sierra, ya que el horario académico de esta región está adaptado al hemisferio norte, mientras que el de la costa corresponde al hemisferio sur. Del mismo modo, tras una reforma institucional, se permitió que los hijos del personal de tropa pudieran acceder a este beneficio, consecuentemente, las familias de ambos grupos recibían la misma educación. Esta combinación tuvo un gran impacto en la forma en que comencé a percibir y pensar el Ecuador, ya que, de otro modo, no hubiese tenido en Quito tanto contacto cultural con personas de la costa y de diversas condiciones socioeconómicas distintas a la mía. Ante ello, lejos de toparme con estas situaciones de manera esporádica o casual, las tensiones, tanto regionales como socioeconómicas, se manifestaban cotidianamente en mi entorno escolar.

Menciono esto porque el regionalismo es un elemento fundamental en *La Bestia de San Miguel*, con referencias claras y directas a capítulos históricos como la Revolución Liberal en Ecuador (1895-1912) y la Guerra de los Mil Días en Colombia (1899-1902). De hecho, durante los últimos años de mi instrucción, como parte del entrenamiento para ser reservistas del ejército, éramos llevados a la Escuela Superior Naval en Salinas para entrenar con los infantes de marina. Yo pertenecía a la división de Quito, y en ocasiones recibíamos instrucción junto con los de Guayaquil. Durante las noches, ambos campamentos se insultaban o se lanzaban piedras, hasta que algún cabo se daba cuenta de lo que ocurría y restablecía el orden, o intervenía si había algún herido. En ese contexto, surgía en mí un pensamiento recurrente ¿cómo fue posible que ellos y nosotros llegáramos a formar un solo país? El conflicto era evidente en muchas esferas: en los entrenamientos, en las clases, en las amistades, en los afectos, incluso en la burocracia y en los padres de familia. “Ellos son esto, nosotros esto otro”; “ellos lo hacen mal, nosotros lo hacemos bien”; “está mal ser como ustedes son, pero ser como ustedes dicen ser tampoco es la gran cosa”, y así sucesivamente. La rivalidad era heredada y en ocasiones irreconciliable, ante ello me preguntaba ¿será que alguna vez todo eso explota? Y si explota, ¿qué pasa? Luego recordaba que en clase de historia nos contaron que eso sí pasó.

Dicen que el Ecuador “no tiene cultura” o que posee “una cultura débil”. Yo difiero categóricamente de ese argumento. La cultura no es débil. Lo débil es el pegamento de un nosotros frente a las diferencias culturales tan evidentes que

poseemos. El relato que busca generar similitudes o empatía entre todos es lo que resulta frágil. Porque, si lo analizamos bien, es inevitable darse cuenta de dónde uno es, y eso no podría darse en condiciones de debilidad cultural. La escritora Chimamanda Ngozi Adichie, en su ponencia “Los Peligros de la Historia Única,” menciona que los prejuicios son verdades a medias. Es decir, no son completamente falsos, aunque a veces quisiéramos creer lo contrario. Mucho de lo que se dice sobre los serranos y los costeños desde los prejuicios de ambos tiene algo de verdad. Sin embargo, lo importante aquí es que dichas diferencias no han logrado desmontar el relato “débil” de nación que tenemos. Efectivamente, Ecuador pudo consolidarse como país, aun cuando esta tensión forma parte intrínseca de su identidad y composición. La cohesión no es la ideal, pero existe, y vale la pena recordar que hay comunidades en otras geografías que no pueden decir lo mismo, incluso cuando ha habido un alto costo humano de por medio. En el Ecuador hay diferencias que quizás sean insuperables, pero eso no ha demostrado ser un obstáculo lo suficientemente fuerte como para desconocer la humanidad del otro. De ese modo, seguimos aquí, buscando alguna ficción que nos narre a todos, esperemos, con mayor fortaleza que ayer. Quisiera decir que llegué a esta conclusión como resultado de un ejercicio de autorreflexión. Pero no fue así. Lo descubrí una medianoche en un cementerio donde entendí que, si algo paranormal llegase a aparecer, nos atacaría a todos por igual, ya seamos serranos o costeños.

### **3. Sobre lo paranormal y el miedo**

Como parte de nuestro entrenamiento militar, realizábamos un ejercicio llamado La Noche Negra, que consistía en recorrer un circuito desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana del día siguiente, alternando intervalos de descanso y turnos de guardia. La sorpresa del ejercicio era cruzar, a medianoche, el cementerio de la zona, ubicado en un territorio rural bastante alejado de cualquier centro poblacional. Curiosamente, el cementerio en sí no resultaba aterrador. Lo realmente inquietante eran las historias que nos contaban los cabos mientras lo atravesábamos, supuestamente para poner a prueba nuestro carácter. La escena era un grupo de cadetes de la costa y la sierra caminando con fusiles en mano, descargados, en medio de la noche en alguna locación rural de la provincia de Santa Elena.

El cabo Machuca, responsable de la división y oriundo de Manabí, nos contó en una ocasión que, durante sus entrenamientos, se había cruzado con el duende. Aseguraba que, lejos de temerle al cementerio, donde todos estaban muertos, al duende

sí había que respetarlo, pues bien podría ser el diablo. La división enmudeció mientras marchábamos a oscuras por el campo. Como no nos permitían encender linternas, todos nuestros sentidos se agudizaron. Yo tenía mucho miedo. Sentía genuinamente que algo podía salir de aquella oscuridad, y que solo llevaba un arma descargada para defenderme. Sin embargo, la curiosidad me pudo más. Mi abuelo solía decirme que, cuando sospechaba que alguien mentía, debía pedir detalles. Así que eso fue lo que hice, aunque luego deseé no haberlo hecho.

—¿Cómo es, cabo? —pregunté.

—¿Quién?

—El duende. Usted lo vio, díganos cómo es.

Me miró, sonrió, y lejos de dar una respuesta ambigua, fue bastante detallado:

—Tiene la cara de un viejo, pero el cuerpo como de un niño, ¿me hago entender? Es feo, y tenerlo en frente da un no sé qué. Además, tiene una voz que raspa, pero es aguda.

—¿Y qué le decía?

—Él siempre te juega la psicológica, ¿me explico? Te dice cosas como: “¿Adivina con quién está tu novia? Ah, ¿no sabes? Bueno, ya te voy diciendo...” o “¿Para qué sirve esa cosa?” —refiriéndose al arma— “¿Es para matar? ¿Cree que me va a matar a mí? Porque si no me mata, yo lo mato a usted, cabo...” —y se reía.

La imitación de la voz hecha por Machuca, junto con el contenido perturbador del diálogo, nos hizo sentir que todo eso que dijo podía pasar en aquel momento.

—¿Y usted tuvo miedo, Machuca? —pregunté.

—No, pues cadete, mi fusil sí estaba cargado —dijo totalmente serio.

Recordar este episodio me remite a uno de los componentes principales a partir de los cuales he buscado tejer esta narración. Por un lado, King menciona que el horror invita a una reacción orgánica que nos muestra que hay algo que está físicamente mal (un ser del tamaño de un niño con cara de viejo) (1981), pero en adición a esto me permitió entender también que el miedo, además de tener un componente fuertemente vinculado a las leyendas y mitos del folclore local, se encuentra también en estados psicológicos del comportamiento humano que nos colocan en una posición de vulnerabilidad. En este caso, como mencioné al inicio de este texto, en la novela estos elementos giran en torno a la desconfianza, los cuales buscan enfatizar una sensación de

inestabilidad en el lector quién espero perciba que las cosas están fuera de su sitio en un nivel primario al leer este relato (King 1981).

Cuando era pequeño, lo sobrenatural llegaba a mí en forma de relatos que, por las características mismas de su narración, suspendían temporalmente las reglas del sentido común para permitir la posibilidad de ciertas ambigüedades o torsiones de la realidad que, si bien eran irracionales, no dejaban de parecer posibles en mi cabeza. Si a esto sumamos el componente religioso, cuyo corpus literario está enfocado en narrar el mal, siempre lo asocian con la presencia de entidades que poseen un peso tabú en las culturas católicas. No obstante, el mal que a mí me aquejaba psicológicamente era precisamente ese: el que existe por la agencia humana. Aquel que puede venir de quienes menos esperamos, o incluso emerger desde dentro de nosotros mismos. Frente a ello, aunque hay una fuerte influencia de perspectivas católicas, andinas y paganas en la formulación de este texto, la construcción del terror de este relato busca sostenerse en rasgos fundamentalmente humanos. Ante ello, esta novela juega con planteamientos tejidos desde el desconfiar y el traicionar, haciéndose preguntas como: ¿Cómo se construyen los bandos alrededor de una causa? ¿Qué es una traición? ¿A quién debo lealtad? Y si alguien traiciona, ¿a quién traiciona? ¿A su bando? ¿A sus principios? ¿A sus afectos? ¿Es legítimo hacerlo? Y, en ese caso, ¿en qué dimensión y por qué?

Quiero detenerme un poco en este punto, porque aquí encontré otra fuente de materia prima para mi relato. Todos, de una u otra forma, hemos sido traicionados. No somos inmunes a esa experiencia, y la dimensión sensorial que genera es algo realmente horrendo de vivir. Pensemos en el vacío que provoca, el grito ahogado de indignación que surge, y la herida que deja, donde uno se culpa por haber sido ciego o ingenuo frente a lo que no quería admitir, aunque la evidencia suele sobrar para saber lo que era cierto. Esa sensación, tan dañina, me recordaba la vulnerabilidad infantil que tuve al escuchar una narración de terror, con una gran diferencia: las historias de traición no solo no eran ficticias, sino que los personajes que la encarnaban eran personas que yo conocía, o peor aún, apreciaba. Esa idea de haber tenido una relación cercana con alguien cuyo orden de prioridades distaba enormemente de lo que uno creía, considero que, en gran medida, inspiró también la narración de este relato.

#### **4. Sobre la escritura de La Bestia**

Tras haber mencionado lo anterior, me centraré en aspectos más puntuales respecto a la arquitectura del relato que presento, el cual condensa, articula y entrelaza

una narración tomando como materia prima todos los elementos previamente descritos. Aunque la idea de La Bestia de San Miguel ha habitado en mí durante doce años, su existencia en forma definitiva fue posible gracias al programa de Literatura y Escritura Creativa de la Universidad Andina Simón Bolívar. Como mencioné antes, los componentes que forman mi narración han estado presentes, pero no fue sino hasta adquirir un conocimiento más técnico y específico sobre los distintos elementos creativos y narratológicos que su escritura pudo concretarse. Siento que contar esta historia fue, primordialmente, un proceso de desahogo. Curiosamente, en mi carta de admisión al programa no mencioné nada sobre la Bestia, sino que expresé un pleno ímpetu por aprender a escribir. Quizás, de manera inconsciente, estaba buscando los elementos para contarla. Presentarla por primera vez en clase fue un ejercicio de vértigo. Entre las muchas ocasiones en las que me he sentido vulnerable, esta fue particularmente una de las más intensas. Sentía que me desnudaba frente a gente que me iba a juzgar. Y si bien eso ocurrió, la necesidad de contarla pudo más.

El proceso de escribir esta novela tuvo la particularidad de escuchar una voz alterna dentro de mi cabeza que me contaba cómo era la historia. Sentía que mi responsabilidad recaía, en cambio, en interpretarla bien. Esa voz me hablaba mientras manejaba, me duchaba, tomaba un café, y en ocasiones no me dejaba dormir, obligándome a escribir de madrugada. Leonardo Valencia, durante su cátedra, nos dijo que escribir no deja de ser un ejercicio físico, y que la relación particular que se da entre mente y cuerpo cuando uno escribe permite que ideas no contempladas surjan. En el ímpetu de la redacción, tanto el inconsciente como la cultura van imprimiendo lo que debe ser contado. Debo confesar que gran parte del proceso de escritura de esta novela estuvo profundamente marcado por ese pensamiento. El desafío no era buscar qué decir, sino poder decir adecuadamente lo que tenía en la cabeza. Respecto a esto, espero contar con la misma suerte para contar historias en el futuro. Confío en que las distintas materias primas de mi inconsciente tomen puntos aparentemente aleatorios de lo que he vivido y, en una tarde cualquiera, mientras hago algo rutinario, se alineen, cobren sentido y vuelva a sentir el ímpetu de querer contar.

Como punto no menor, y con el deseo de crear cierta aura y predisposición en aquel lector que, por distintos motivos, haya decidido acompañarme en esta lectura, quisiera compartir algo que, por su naturaleza lúdica, me ha dejado atónito. Stavish y Wasserman, en su obra *Egregores* (2018), exploran cómo diferentes tipos de energía que emanan de los seres humanos generan efectos reales en el mundo. En ese sentido,

cuando un artista plasma una idea, no es tanto que la invente, sino que un egregor, por medio de la sensibilidad del agente, se la va revelando. Esta aproximación resulta extremadamente cercana al momento en que Homero invoca a las musas al inicio de La Iliada a fin de poder contar aquello que ellas saben y que él está en capacidad de narrar. Menciono esto porque, en más de una ocasión, sentí exactamente eso: que no era yo quien se inventaba las cosas que relato aquí, sino que las recordaba, como si fueran memorias que alguien quiso olvidar, y que, afortunadamente, pude escribir.

Adicionalmente, es importante mencionar un elemento de carácter técnico. La novela juega con las distintas focalizaciones de los bandos conservadores y liberales antes de los enfrentamientos que se desarrollarán entre ellos. Durante las sesiones de tutoría y retroalimentación se me sugirió otorgar un tratamiento verbal distinto a cada uno de los bandos, con el fin de evitar confusiones. En un inicio, esta tarea resultó ardua, ya que la forma de narrar ambos bandos era prácticamente la misma. Sin embargo, no percibí esto como una desventaja, sino como algo coherente con la naturaleza misma de mi narración. El hecho de que ambos bandos hayan sido tratados de manera similar —desde un narrador omnisciente con cambios de focalización entre personajes— responde al intento de generar empatía hacia ambos bandos y presentarlos como lo que son: grupos de seres humanos con afectos, contradicciones y sentidos de propósito que, aunque enfrentados por circunstancias específicas de la diégesis, comparten una misma condición humana. Además, como se mostrará más adelante en la obra, ambos bandos terminan pactando para capturar a la Bestia. En este sentido, el objetivo de la novela es enfatizar las similitudes más que las diferencias entre ellos. No obstante, para evitar confusión en los pasajes donde cambia la focalización del relato, tomé la decisión de usar cursivas en las secciones correspondientes al bando liberal. De este modo, el lector puede reconocer con claridad que la historia se está narrando desde otra perspectiva, incluso si el texto no llegase a indicarlo de manera inmediata.

Habiendo mencionado esto, la presente tesis contiene los primeros cinco capítulos de la novela. Inicia con el retorno de José Arroyo al poblado de San Miguel y culmina con el asalto de los liberales a esta localidad. Dado que la totalidad de la novela excede el espacio permitido para esta tesis, mencionaré brevemente el trayecto posterior de la historia tras los acontecimientos narrados hasta el Asalto del Arcángel. El enfrentamiento termina cuando el comandante Rafael Osorio ordena a sus fuerzas retirarse, después de que su hermana Milena resulta gravemente herida por un disparo en la espalda. Tras este enfrentamiento, José Arroyo y Alonso Alvarado se infiltran en

el campamento liberal para salvarla. José, en calidad de médico y con acceso a la medicina necesaria para operarla, logra preservar la vida de la hermana de su amigo —y ahora rival— Rafael Osorio. Durante esta incursión, José y Alonso descubren que el coronel Torres ha sido asesinado por la Bestia.

La historia continua cuando José sospecha que alguien está matando deliberadamente a todo aquel que pueda articular una defensa efectiva del poblado como ocurrió con Daniel Alvarado, Remigio Cabrera y ahora con Emilio Torres. Frente a esta situación, José propone tender una trampa al asesino, convencido de que él será la próxima víctima. El plan consiste en simular un ataque de la milicia de San Miguel contra el campamento liberal, mientras un ejército alterno permanece oculto para protegerlo y capturar al asesino cuando intente atacarlo. José comparte esta estrategia únicamente con Antonio Arroyo, Alonso Alvear y Ana Laura Alvear, las personas en quienes más confía. La noche del ataque, sin embargo, la Bestia embiste al ejército de resguardo —donde se encontraban Antonio y Ana Laura— en lugar de a José. Al llegar al lugar, encuentra las tropas masacradas. Entre los escombros halla a Ana Laura moribunda, quien en su último aliento le revela la verdad: quien ha convocado y utilizado siempre a la Bestia es su propio tío, Antonio.

Tras la revelación, José pide a Alonso que, para vengar a su hermana y capturar a su tío, es imprescindible contar con la ayuda de Rafael Osorio. Los hombres de las haciendas de ambos han sido asesinados, mientras que el ejército de San Miguel planea atacar a las comunas indígenas cercanas, culpándolas de los incidentes. José y Alonso acuden al campamento liberal y solicitan la ayuda de Osorio, quien acepta únicamente a condición de que San Miguel se entregue al ejército liberal. Con el apoyo de Eugenia Vásconez, la hacendada con mayor número de efectivos en la milicia local, José acuerda rendir el pueblo a los liberales antes de que la milicia ataque a las comunidades indígenas. De este modo, José, Alonso, Rafael y los hombres más leales de cada uno se preparan para capturar a Antonio Arroyo. La captura de Antonio se convierte en una nueva masacre, pues este invoca a la Bestia para evitar ser apresado. Sin embargo, José, tras comprender el mecanismo de invocación, logra vencerlo y detenerlo. Como parte del trato, entrega San Miguel al ejército liberal la madrugada siguiente. La noticia indigna al pueblo, que despierta con los liberales tomando el cabildo y con la certeza de que Antonio Arroyo será fusilado como responsable de los asesinatos. José enfrenta a su tío y le pregunta cómo pudo llegar a la crueldad de asesinar incluso a Ana Laura. Antonio responde que, al comprender el poder secreto de los rituales que domina, haría

cuanto estuviera en su mano por descifrarlo y, sobre todo, por preservarlo. Permitir la victoria de los conservadores significaba arriesgarse a que sus prácticas profanas fueran reveladas. Por ello, con frialdad metódica, allanó el camino del triunfo liberal. Solo bajo un régimen laico podría afianzar su saber ocultista y desplegar los poderes que éste conlleva. Aclara, no obstante, que jamás puso en peligro la vida de su sobrino debido a que lo ama. José replica que él murió el día en que vio fallecer a Ana Laura y que no tiene intención alguna de defenderlo, y tras despedirse se lleva el báculo que Antonio utilizaba para convocar a la Bestia.

Tras el triunfo de la Revolución liberal y con Rafael Osorio a cargo del cabildo de San Miguel, este decide enviar a José como embajador a Panamá, para promover las relaciones entre Ecuador y el nuevo país. Rafael sabe que José no puede permanecer en San Miguel: aunque actuó por el bien de la mayoría evitando otro enfrentamiento con los liberales, gran parte de sus paisanos lo consideran un traidor y un cobarde por haberse rendido. Alonso Alvarado se casa con Milena Osorio y deciden permanecer en San Miguel. La historia culmina con José a bordo de un buque de vapor rumbo a Panamá. Mientras contempla el mar, un mercader español se interesa por comprarle el báculo que arrebató a su tío tras derrotarlo. José responde que no está en venta, que es una herencia familiar que aún no termina de comprender cómo llegó a sus manos. La escena final culmina con José mirando con detenimiento el bastón al caer el sol. Reconoce el daño que esa energía causó. Sin embargo, lejos de arrojarlo al mar, José cierra sus manos alrededor del bastón mientras la luz del sol termina por ocultarse completamente en el horizonte.

## Capítulo primero

### El Retorno

Nunca había pasado algo interesante en San Miguel, o al menos eso se pensaba antes de que comenzara la guerra... San Miguel era un poblado en medio de la serranía que por su extensión y población, no llegaba a ser ciudad, pero tampoco podía considerarse un pueblo pequeño en sentido estricto. Fundado en el siglo XVI durante una de las tantas campañas españolas que se aventuraron al Nuevo Mundo, fue la primera capital de un país que, en la actualidad, sangraba por las pugnas intransigentes de sus habitantes quienes no lograban ponerse de acuerdo sobre el tipo de sociedad deseaban vivir. Un poblado periférico, sin duda alguna, lleno de campos y cultivos que permitieron una actividad económica lenta y firme. De no haber sido porque los españoles encontraron las llanuras del norte, muy probablemente San Miguel habría sido una capital importante por su ubicación estratégica. Dos cordilleras rodean San Miguel, y si se piensa el país de sur a norte, es allí donde ambas placas se tocan de forma gentil. Por ese motivo, el poblado se convirtió en un lugar de paso obligatorio para todo aquel que desee ingresar no solo a la capital, sino también a las llanuras del norte.

Las leyendas sobre la fundación de San Miguel mencionan que las campañas españolas que venían desde la costa se encontraron con una muralla de montañas imposible de atravesar. Los locales decían que al otro lado existían tierras planas y fértiles, donde la travesía no sería tan vertical ni hostil. Sin embargo, para llegar a ellas, era necesario encontrar un valle que permitiera el acceso. Durante la expedición, dicho desnivel no aparecía, y la campaña llegó al límite de sus provisiones en el intento de hallarlo. Las montañas parecían no dar tregua en su extensión, alimentando, día tras día, la desconfianza y el escepticismo de la misión cuyos integrantes sentían que poco a poco la cordillera se los iba tragando. Asustados, los colonos comenzaron a culparse entre ellos por lo que estaban viviendo. Algunos acusaron a los indios y los amenazaron de muerte. Otros responsabilizaron a los líderes de la compañía por haberse aventurado en semejante empresa basados únicamente en narraciones sin sustento. Algunos proponían retornar de inmediato a la costa. No obstante, nadie sabía cómo regresar desde el punto en el que se encontraban.

Fue entonces cuando, de forma lenta pero constante, el miedo comenzó a apoderarse de los miembros de la misión frente a lo que se iba esbozando como una muerte cada vez más certera. Al no encontrar salida a la geografía hostil que los rodeaba, y al no poder tomar decisiones racionales debido a la desesperación de no hallar rumbo, la avanzada parecía ir hacia un camino sin retorno, víctima del hambre o de ellos mismos. Las discusiones eran cada vez más frecuentes, y en más de una ocasión llegaban a los golpes por comida. No existía dirección, y de forma implícita, el apetito de cada miembro iba creciendo, dejando en claro que la prioridad de cada uno era ahora sobrevivir. Fue ante tal situación que el párroco de la compañía, Luis Alfonso Arroyo, mencionó que todo esto era obra del diablo.

—Caballeros, es claro que no solo no sabemos a dónde ir, también estamos viéndonos como enemigos entre nosotros. ¿No se dan cuenta de que esto es justamente lo que busca el mal? Temo que hace mucho que no caminamos solo entre nosotros...

Como último esfuerzo, Arroyo pidió que la compañía se encomiende al arcángel San Miguel, aquel que frustra toda intención del demonio y cuyo principal propósito es ahuyentar el mal. Coincidencia o no, dos días después de haber realizado la súplica, la compañía logró encontrar el paso entre las cordilleras, y fue en ese preciso lugar de accesibilidad que fundaron el pueblo de San Miguel, motivo por el cual lleva su nombre desde entonces.

Dichas leyendas —dicen los capitalinos— son historias exageradas que el poblado cuenta para no sentirse irrelevante frente al crecimiento urbano que tuvo lugar en otro sitio. Sin embargo, mirando de cara al presente, esa historia bien puede ser una explicación de la situación complicada en la que se encuentra actualmente el pueblo. Desde una perspectiva militar, el lugar periférico y por tanto tiempo irrelevante de San Miguel se ubica en el único paso posible para acceder a la capital. Poco antes de que estallara la guerra, los habitantes del poblado supieron de la posibilidad de un levantamiento en la costa por las historias que traían las misiones enviadas desde la capital para mediar con los rebeldes de esa región. Tiempo después, la mayoría de ciudades de esa zona decidieron desobedecer a las autoridades nacionales y se alzaron en armas contra el régimen oficial, reclamando autonomía y dejando en claro que ya no rendirían cuentas al Estado. Los delegados políticos que apoyaban el levantamiento habían abandonado la capital antes de que este se declarara oficialmente, al darse cuenta de que la única forma de cambiar el rumbo del país era por medio de las armas. Cada uno de ellos pasó por San Miguel, convirtiendo al pueblo en testigo —y deseador de

fortuna— de aquellos que, con el tiempo y sin saberlo, se convertirían en sus enemigos. No habría victoria en ese conflicto si los rebeldes no se tomaban la capital, y para acceder a ella, pasar por San Miguel era inevitable. El Paso del Arcángel es el único lugar transitable en la muralla montañosa que da acceso a las llanuras. Se trata de un canal natural que existe entre dos despeñaderos. Lo que inicialmente fue un alivio para los primeros habitantes de San Miguel —quienes, al encontrar el paso, dejaron de lado la idea de matarse entre ellos— sería, paradójicamente, el mismo sitio donde eso terminaría sucediendo mucho tiempo después.

No hay otro camino posible por el cual intenten ingresar los rebeldes, pensó José. Tratar de subir la cordillera sería un suicidio, y rodearla les tomaría demasiado tiempo, lo cual se traduciría en una derrota segura. Para entonces el ejército nacional estaría mejor preparado para enfrentarlos debido a los apoyos solicitados recientemente a los británicos. Si los rebeldes quieren llegar a la capital, lo más coherente es tomarse pronto San Miguel, se dijo, y con esa certeza, no sabía cuánto contaba para hacer algo al respecto. José miraba al vacío desde el interior de su carruaje, observando cómo la llanura, poco a poco, iba ganando relieve. Tenía la mano en el mentón, con los dedos sobre los labios. Un gesto parecido al de su padre, le decía su tío, sobre todo cuando había diagnosticado una situación irreversible. José no era un militar, y el solo hecho de pensarse como uno le llenaba de temor. Hay momentos en la vida en los que uno no puede darse el lujo de pensarse estricta y únicamente desde los roles de su profesión, se decía, y, para malestar suyo, se encontraba en uno de ellos.

Estar abstraído en los posibles planes de quienes podrían tomarse el pueblo hizo que pasara por alto el estruendoso ruido del vagón en el que viajaba. José dejaba la capital para volver a su pueblo natal. Hubiese preferido ir solo a caballo, pero no hacía mucho que había terminado sus estudios de medicina y no quería dejar ninguno de sus instrumentos, más aún sabiendo que no podría conseguirlos en San Miguel. Si bien el viaje era algo extenso, consideraba que el vehículo en el que se encontraba era demasiado pomposo para el propósito de su regreso. No obstante, su tío insistió en enviar su carruaje personal, como lo dejó claro en la última carta que recibió de él:

“Apreciado José,

Ojalá fuesen otros los tiempos. Yo, más que nadie, hubiese querido celebrar tu retorno con una gran fiesta, rodeado de la alegría de todos quienes te vimos partir. Espero que la vida sea generosa y que, eventualmente, eso suceda. Pero ahora las circunstancias apremian otro tipo de acciones. Te necesito aquí en

San Miguel. No solo porque me hace falta una voz sensata —a quien respeto y admiro— que me permita tomar decisiones acertadas y coherentes acordes a las complejas circunstancias que vivimos, sino también porque, como bien sabes, apenas tenemos médicos en el pueblo. Sobra mencionar la importancia de contar con alguien de tu preparación frente a lo que puede ocurrir en las próximas semanas. He enviado mi carruaje personal para asegurar tu retorno. Por favor, no lo rechaces —ya te conozco. Puede que estemos viviendo una profunda anarquía en este país, pero esta gente aún conserva cierto recelo y respeto por la Iglesia.

Con sentimientos de profundo afecto,

Tu tío,

Antonio”

El paso de las llanuras a la sierra, donde se encontraba San Miguel, tenía un aura fantasmagórica. Las montañas se veían como masas amorfas en medio de la oscuridad haciendo que la luz del cielo se esfumara con mayor rapidez. Entrar a la sierra era como verse inmerso en sombras descomunales que ponían en evidencia lo pequeño que un humano puede ser en ese entorno. Sin embargo, este ambiente macabro e intimidante no podía compararse con la bajada de la cordillera hacia la costa, al otro lado del pueblo, debido a la verticalidad del suelo—algo que, eventualmente los liberales tendrían que subir, pensó. Siendo ya de noche, y estando solo en el interior del carruaje, José no pudo sino seguir especulando sobre las distintas acciones que debería ejecutar tras el claro llamado de auxilio que le había hecho su tío. Cuando dejó San Miguel era apenas un joven adulto, y durante el periodo de estudios en medicina volvió en contadas ocasiones. Esta vez, sin embargo, era diferente. Sentía en el aire ese tono fatalista que acompaña a los momentos donde se toman decisiones definitivas y hay poco espacio para los escenarios benignos. ¿Había vuelto para quedarse? No lo sabía. Pero algo era cierto en ese momento: viviría en San Miguel, y no se iría de allí. No al menos hasta que las cosas cambiaran. Y siendo sincero, no tenía idea de cuándo eso iba a suceder.

Tras un par de días de viaje, la carreta finalmente se detuvo en seco. En el exterior se escuchaba el murmullo de varias personas cuyo volumen iba incrementando de forma paulatina. José se había quedado dormido para evitar seguir especulando, así que la llegada lo tomó desprevenido. Momento seguido, sintió a los caballos detenerse y escuchó al jinete del clero acercarse a abrir la puerta.

—Señor Arroyo, hemos llegado.

José se puso el abrigo y empujó la puerta del vagón en el que se encontraba. Al bajarse, vio cuatro antorchas que iluminaban la entrada de su hacienda y un grupo numeroso de personas que comenzaban a aglutinarse en la entrada. El cielo era profundamente negro y sin nubes, y por la luz amarillenta y anaranjada del fuego apenas era posible distinguir algunas estrellas. Las personas que se acercaban eran los trabajadores y criados de su hacienda, a quienes reconocía, aunque no veía desde hacía mucho tiempo. Todos lo miraban con una mezcla de alegría y recelo.

—Buenas noches con todos —dijo al bajarse del carruaje. Vestido con un traje marrón oscuro, y camisa blanca. Muchos de los indios y negros de la hacienda lo miraban con ternura y con la melancolía de quien ve crecer de forma abrupta a alguien, marcando que los tiempos de antes no eran los de ahora. Al dejar la hacienda José era un muchacho con aspecto menor a su edad. Ahora sin embargo, al dejarse el bigote y usar anteojos circulares se lo veía más aspectado. Apenas los zapatos de suela tocaron el piso empedrado de la entrada de la hacienda se notó la extrañeza de su presencia en ese entorno rural.

Momento seguido, y en medio del gentío, con paso decidido, un hombre alto, vestido con un traje negro de botones dorados, se abría paso. Antonio Arroyo, párroco de San Miguel, tenía el cabello crecido, rizado y canoso, acompañado de una barba poblada de color gris. Siempre de postura erguida, no dejaba de resultar intimidante a pesar de su edad. Mientras caminaba, el ruido de sus botas era notorio haciendo que los criados se fueran abriendo paso conforme este se iba acercando a la entrada.

—Pero si eres igual a tu padre, José —dijo Antonio.

—Me impresiona la memoria que tienes para estas cosas tío. —respondió José.

Antonio se detuvo un momento para observar a su sobrino, quien era ligeramente más bajo que él. Lo tomó por los hombros, lo miró fijamente y le dio un abrazo, mientras al fondo se escuchaban el cuchicheo tímido de varios criados que se acercaban a recibir a José.

—Bienvenido a casa, José. —dijo Antonio— Como puedes darte cuenta, no era el único que te estaba esperando. No miento al decirte que sentimos cierto alivio al contar con tu presencia aquí. Lourdes, por favor, guía a mi sobrino al comedor. Debes estar hambriento.

—Sea bienvenido, señor. Acompañeme, por favor —dijo Lourdes.

Lourdes, la dama de llaves de la hacienda de los Arroyo, era una mujer indígena de caderas anchas y brazos voluptuosos. José pudo distinguir en ella el paso del tiempo

en su cabello blanco y recogido. Ella lo seguía mirando con el mismo afecto y dulzura de cuando era un niño.

—*Lourdes, me conoces desde que soy pequeño. Dime José.*

Tras darle un abrazo sentido, los tres entraron a la hacienda, mientras el resto de los empleados comenzaba a desempacar la carga del vagón. La propiedad de los Arroyo era extensa. Al ingresar, había dos jardines a los costados del pasillo empedrado, que usualmente alumbraban con antorchas cuando había eventos especiales. Sin embargo, dado que eso no era usual, el patio era lo suficientemente grande para mantenerse lúgubre en las noches, haciendo que sea imposible saber que pasaba de una punta a otra debido a su extensión cuando no había ningún tipo de iluminación.

Cuando José era niño, la puerta principal de su hacienda siempre estaba abierta. Sin embargo, esta se cerró desde el misterioso incidente de su niñez, en el que su primo desapareció frente a él. Al recorrer el camino empedrado que culminaba en la entrada del edificio mayor, recordó partes de ese episodio mientras veía el jardín en donde lo vio por última vez. Al ver el patio alumbrado a la luz del fuego, recordó la noche en que Juan desapareció. José se quedó parado a medio camino y se olvidó de que seguía a Lourdes y a su tío, y de que sus criados ingresaban llevando su equipaje desmontado. Por un momento, al ver la pila en medio del patio, sintió el recuerdo de aquel momento desgarrador, de la tristeza y el pánico de aquella noche, a partir de la cual se decidió nunca más dejar la puerta de la hacienda abierta. El recuerdo de José era borroso, pero de solo volver a pensarlo hacía que el cuerpo se le estremeciera de impotencia y miedo. Recordaba cómo un grupo de hombres con antorchas salía de su hacienda hacia el bosque. Sentía la angustia de no poder dar más detalles sobre su primo o su paradero. José fue el último en ver a Juan con vida, pero aquella memoria no sirvió de mucho para los propósitos de la compañía que pretendía encontrarlo.

Aquella noche, ambos se habían quedado a jugar a las escondidas hasta tarde en el jardín, cuando de repente José se dio cuenta de que Juan miraba fijamente la pila del centro, sin hacer ademán alguno por esconderse.

—*¡Visto, Juan! —gritó José— ¡Visto, estás en la pila! ¡Juan! ¿Juan?...*

Pero Juan no respondía. Estaba quieto, mirando al centro de la pila, sin reaccionar a la voz de su primo.

—*Juan, te estoy viendo. ¿Juan? ¿Juan, qué estás mirando? —insistió José.*

En un principio, se acercó a su primo, el cual estaba parado, sin reaccionar, como si estuviera en trance. En un comienzo pensó que la pila estaba vacía, porque no

vio nada en la oscuridad. Sin embargo, al acercarse más, desde el otro extremo del patio, empezó a distinguir una figura encima de esta, la cual no solo estaba siendo observada por Juan, sino que la sombra lo estaba mirando a él.

—Baila... —dijo Juan al escuchar a José acercarse, pero sin quitar los ojos de la sombra.

—¿Baila quién?

—Eso... —dijo Juan señalando la sombra encima de la pila.

En el tope de esta, como si la sombra de un pájaro gigantesco abriera sus alas a la vez, una figura oscura se aferraba a la punta del monumento como si la estuviera abrazando. José no supo distinguir qué era, y la posibilidad de que algo tuviera ese equilibrio y esa dimensión solo le parecía incoherente. Mirar eso era como ver que algo se hubiese caído hacia arriba. Así de erróneo le parecía ese volumen moviéndose, como si fuera un animal sin llegar a ser uno. No era posible que estuviera en el tope de la pila sin caerse. Sin embargo, esa cosa estaba ahí. En el esfuerzo por entender qué pasaba, José se percató tardíamente de que Juan estaba en peligro. Una bandada de pájaros sobrevoló por encima de él y de su primo, y si bien José corrió hacia Juan cuando reaccionó, vio cómo esa sombra estiraba uno de sus brazos y, de un manotazo, jaló a su primo de la pierna, arrastrándolo mientras este gritaba y luego enmudeció de golpe perdiéndose en la oscuridad. Todo pasó de golpe de tal modo que para cuando José pudo recuperar la movilidad se desmayó del susto al ver como su primo era jalado por la sombra.

El siguiente recuerdo que tenía José era el de Lourdes lanzándole humo de cigarro en la cara, y una vez que entró en razón, gritó y empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Ya se despertó, patrón! —grito Lourdes.

El padre de José, y hermano de Antonio, Luis Arroyo, corrió hacia su hijo y lo cargó con ambas manos.

—José, José, hijo. ¿Dónde está Juan? —decía con desesperación mientras le ponía una mano en el rostro para que se calmara—. José, el Juan está perdido, dime de que te acuerdas, hijo, habla... —decía Luis.

Pero José no podía hablar, y tampoco sabía qué le había pasado a su primo. Solo recordaba a esa cosa que se estiraba de forma innatural y que luego arrastró a Juan mientras una bandada de pájaros ocupaba todo su espacio visual, donde seguramente perdió la conciencia por el susto.

Después de dar un suspiro, José volvió al momento presente, donde Lourdes lo esperaba en la entrada del edificio central. Los criados ya habían ingresado todo el equipaje, y Antonio se acercaba hacia José al darse cuenta de lo que posiblemente este estaba pensando.

—Si estás pensando en lo que creo —dijo Antonio— no debes ser tan duro contigo mismo, hombre. Tu tío se pasó de confiado, y ojalá hubiésemos sido más cautos en aquel entonces.

—¿Nunca encontraron el cadáver de Juan, o sí? —preguntó José—.

—Tú sabes que no —respondió Antonio—. Encontramos rastros de que alguien se lo llevó desde el patio hasta afuera. No te estoy contando nada nuevo. Seguramente alguien buscó vengarse de tu tío, y el muy enfermo se desquitó con el hijo. Tú mismo dijiste que hubo alguien aquí adentro esa noche.

—Era más bien algo, en lugar de alguien.

—Hijo, eras un niño en aquel entonces —dijo Antonio—, y como tal, la percepción del mundo está cargada de irracionalidades. Sé que es una herida, y que nunca dejaste de extrañar a Juan, a pesar de que haya pasado tanto tiempo, pero no tiene sentido culparte por esto ahora. A todas luces fue alguien, encontramos el rastro del forcejeo. Ahora, como bien sabes, nunca supimos quién fue.

—Ojalá pudiera recordarlo de forma más clara —respondió José—. Quizás de ese modo hubieran dado con quién se lo llevó. Quizás así Juan no hubiese muerto.

—José, hiciste lo que pudiste —dijo Antonio—. Ahora, si bien la muerte de tu primo fue algo desgarrador, siempre nos sentimos agradecidos de que te pudimos encontrar vivo a ti, y que el asesino no se los llevó a ambos. Recuerda que por algo estás vivo, y por algo estás aquí. No tiene sentido seguir dando vueltas en lo que ya pasó. Piensa en lo que sucederá. Es importante que tengas tu cabeza en el ahora, porque es en el ahora donde muchos, incluido yo, necesitamos tu ayuda.

José se quedó viendo la pila y luego regresó la mirada hacia Antonio.

—Recuérdame cómo fue que me encontraron, tío. En mi memoria solamente recuerdo que Lourdes me echaba humo en la cara.

—Lourdes fue quien te encontró. Estabas tendido en ese patio, teniendo convulsiones y lanzando espuma por la boca.

—¿Y por qué me echaba humo cuando reaccioné?

—José, por favor, ¿qué sentido tiene?

—Tío...

—Lourdes pensó que lo que viste tampoco era humano. Los indios tienen todo tipo de creencias esotéricas, y vale decir que muchos de ellos no tenían simpatía alguna por el padre de Juan.

—Pero era una persona la que se lo llevó, ¿cierto?

—En efecto, José. ¿Qué más pudo haber sido? Fue una venganza deliberada hacia tu tío. Ahora, entremos de una vez, la comida se está enfriando.

La hacienda de los Arroyo poseía muros gruesos hechos de barro y pintados con cal. El reflejo de estos con la luz del fuego hacía que el lugar pareciera más iluminado de lo que realmente estaba. Al ingresar, se encontraban grandes muebles. Algunos de influencia francesa, otros española, unos con detalles religiosos minuciosamente labrados en madera, y varios marcos de cuadros pintados de color dorado. José nunca se había preguntado cómo objetos tan pesados terminaron en ese lugar apartado en las montañas. Sin embargo, ahora, tras haber hecho grandes vericuetos para poder traer sus libros e instrumentos desde la capital, fue cuando se volvió consciente de la odisea que implicó traer los objetos que estaban en su casa, junto con la fuerza laboral que ello demandó. El comedor era prueba viva de ello. Este poseía una mesa de roble que ocupaba un tercio del cuarto empedrado. Tenía patas robustas y un color oscuro el cual apenas se distinguía como marrón con la luz de las velas encendidas. Había dos platos servidos que Lourdes había preparado, mostrando que el espacio era excesivo para dos comensales. Mientras se acercaba a su plato, José escuchaba cómo los criados de la hacienda iban trasladando su equipaje al patio central de la casa, con cuidado y sin prisa.

—Las buenas formas no se olvidan, sobrino. Tú descuida, no se te romperá nada —dijo Antonio al ver a José atento al proceso de la mudanza. Luego procedió a sentarse y a ponerse una servilleta alrededor del cuello para empezar a comer.

—¿Alguna noticia de los liberales? —preguntó José.

—¿Además de que se quieren tomar el país y ya tienen la costa? Muy poco— respondió Antonio— Sé que el encargado de las compañías que pretenden subir a la sierra está a cargo de un tal Osorio, aparentemente de tu edad, y hombre de confianza del General Alfaro.

—¿Rafael Osorio? —preguntó José.

—Sí. ¿Cómo es que sabes de él? —dijo Antonio.

A José se le había quitado el hambre de repente. ¿Qué probabilidad existiría de que un hombre llamado Rafael Osorio tuviera su edad y fuera un seguidor fiel de los liberales? Debe ser él, pensó, y maldijo en sus adentros...

—Tengo un amigo que se llama así.

—¿Tienes vínculo con los liberales, José?

—En aquel entonces era alguien con ideas liberales —dijo José—, no un dirigente armado de la costa como me lo estás insinuando. Osorio es una persona decente, entró a estudiar medicina conmigo. Siempre tuvo una plena predisposición a hacer lo necesario para que algo pasara. Ahora, no siempre contó con ayuda económica para ello. Vivía bastante alcanzado de dinero en la facultad. Además, ya sabes cómo es la gente de la ciudad con los costeños. Hace mucho que no sabía de él.

—Entiendo, José —dijo Antonio—. Bueno, si alguien ataca San Miguel, muy probablemente sea él. Quizás puedas ayudarlo a entrar en razón y decirle que se entregue.

Hubo un silencio incómodo que fue interrumpido por la pregunta de José, después de tragar un sorbo de sopa.

—¿Alguna noticia de la capital? —preguntó José tratando de cambiar de tema.

—Noticias es lo que menos tenemos de ellos, sobrino. Lo cual es paradójico, considerando lo cerca que están. La última misiva que enviaron decía que es prioridad resguardar las ciudades que todavía reconocen al presidente. Sin embargo, su silencio me da mala espina. Sospecho que usarán los hombres que tienen para defenderse ellos, en cuyo caso nosotros no somos prioridad.

—¿Qué ha dicho la Junta de San Miguel al respecto?

—Bueno, bien que lo mencionas. Estaba esperando tu retorno para hacer el llamado de la Junta, y bueno... José, temo que hay algo que no te he contado, y es importante que lo sepas.

—¿Es un asunto serio?

—Me temo que sí. No solo estaba esperando tu retorno para aglutinar a la Junta, resulta que estamos de luto por la muerte de uno de sus miembros.

—¿Quién?

—Don Daniel...

—¡Dios mío! ¡Don Daniel, no! ¿Por qué no me lo dijiste antes? —increpó José.

Daniel Alvarado era un hacendado de San Miguel cuya reputación de ser determinante y buena persona nunca parecía dissociarse. Era uno de los miembros clave

de la Junta de San Miguel, una organización cívica conformada por los representantes de las familias más ostentosas del poblado. Fue una figura importante en la crianza de José porque fue el padre de sus amigos más cercanos: Alonso y Ana Laura Alvarado. La noticia de su muerte lo tomó en seco porque planeaba visitarlo al día siguiente de su llegada.

—Eran demasiadas malas noticias juntas —dijo Antonio—. Además, conociéndote, hubieses partido el mismo instante que te enterabas. No podía correr ese riesgo. Están matando gente en los caminos, así que consideré prudente contártelo en estas circunstancias.

—Entiendo... ¿Cómo fue que sucedió? —preguntó José.

—Bueno... Don Daniel ya tenía sus años. Aún así, salía a caminar a las montañas cada semana, como acostumbraba. Estaba plenamente al tanto de los problemas de San Miguel. Como sabes, él tenía formación militar porque sirvió durante su juventud. El día que desapareció había mucha neblina, motivo por el cual la campaña de Alonso por encontrarlo esa noche fue inútil. Apenas salió el sol al día siguiente, él y sus criados lo encontraron al fondo de una quebrada, ya fallecido.

—¿Cómo estaba el cadáver?

—Esto es lo raro, José. El cuerpo estaba lleno de moretones. Sospechamos que, o bien resbaló en el filo de una de las pendientes, o quizás sufrió algún tipo de ataque producido por algún animal. No parece haber sido hecho por una persona. Yo, en lo personal, voy por la hipótesis de la caída —dijo Antonio.

—Qué extraño... Don Daniel conocía muy bien estas montañas, nunca nadie lo atacó antes. Ahora, respecto al tema de su salud, no sabría qué decir, hace mucho que no estoy aquí... ¿Cómo están Ana Laura y Alonso? —preguntó José—.

—Bueno, a eso voy yo —dijo Antonio—. Seguro alguna enfermedad tenía y se cayó en una de sus caminatas. El cuerpo está bastante maltrecho, pero yo diría que fue por la caída. Está en la morgue del pueblo por si lo quieres ver tú mismo. Ahora, respecto a los hijos, ninguno de los dos se ha caracterizado por hablar mucho sabes... sobre todo el varón. Alonso no ha dicho una sola palabra desde que encontró el cadáver de su padre en la ensenada.

José dio el último sorbo de sopa y se comió de un bocado el último pedazo de pan que le quedaba. Se limpió la boca con la servilleta y le dio las gracias a Lourdes por la comida.

—¿No pensarás ir ahora, verdad? —dijo Antonio—. Digo, acabas de volver apenas, y ellos deben estar durmiendo, José. Es realmente tarde.

—Lo sé tío. Solo que hay cosas que nunca cambian. No tardaré, lo prometo. Y tras mencionar esto se retiró dejando a su tío en la mesa con el resto de la cena servida.

\*\*\*

José, a lomo del caballo de su tío, Madero, fue tomando velocidad mientras pasaba rápidamente la entrada de antorchas de su hacienda. Una vez que la luz del fuego se disipó, por un momento quedó ennegrecido debido al cambio brusco de luz hacia la oscuridad. Sin embargo, conocía el camino. La casa de los Alvarado estaba cerca del centro de San Miguel, pero no era allí a donde se dirigía. Conforme avanzaba por un camino de polvo, la luna iba alumbrando el paisaje con una tenue luz blanquecina. Con escepticismo y a paso moderado, José se alejaba del poblado y subía hacia una meseta a las afueras de San Miguel, donde de a poco se veían varios terrenos alambrados. Al estar en la mitad de la planicie, José detuvo a Madero por un momento y se quedó en silencio observando las sombras imponentes de las montañas que lo rodeaban en medio de la oscuridad. Era una noche fría. Podía ver la nube de su aliento cuando exhalaba al igual que la de Madero. De repente, tras quedarse callado un momento, escuchó un disparo a lo lejos. Dio rienda a Madero en dirección al sonido y, tras apresurar el paso llegó a la entrada de un establo que parecía estar abandonado.

Tras detenerse en la entrada, escuchó el rastrillo de un fusil cerca de él. Alguien lo estaba apuntando en la oscuridad. Muy despacio y de forma cautelosa, José se bajó del caballo y dijo en voz alta a la persona que lo apuntaba en medio de la oscuridad:

—Espero que no me haya cambiado la voz del todo en este tiempo. Aunque supongo que no es el caso, porque de lo contrario ya estaría muerto —dijo José.

Con total calma, José amarró a Madero en la entrada y se dio vuelta. Una sombra se le acercaba, ya sin apuntarlo. Era Alonso. Si fuese por la altura del sujeto, José no lo habría reconocido. Cuando dejó San Miguel, Alonso apenas era un muchacho en plena adolescencia, de contextura delgada, y no el sujeto fornido que se le acercaba con paso firme a encararlo en la entrada. Su caminar tenía una particularidad. Desde un accidente que tuvo de pequeño al caer de un caballo tendía a cojear disimuladamente. Alonso se acercó a José con los ojos llorosos y tras reconocerlo, solo bajó la cabeza.

—Lo siento mucho, amigo mío —dijo José, y acto seguido lo abrazó.

Alonso discretamente siguió llorando por un momento hasta tomar distancia de José. Si bien eran viejos amigos, por tantas cosas que habían vivido, Alonso lo

consideraba algo similar a un hermano mayor. De repente, dos disparos volvieron a sonar. Madero relinchó del susto.

—Está practicando. —dijo Alonso—. Ve y habla con ella. Mientras tanto, le daré de beber al animal para que esté tranquilo

José entró al terreno del establo. La hierba era baja y había una pequeña loma en la mitad del campo con una construcción rústica de madera en la cima. Dicha caseta estaba hecha para que quien cuidase del ganado no estuviera a la intemperie en caso de lluvia. José caminó a través del campo, acercándose cada vez más al cobertizo. La luna alumbraba la planicie con una luz plateada que chocaba en el pasto, la cual hacía contraste con la sombra de las montañas que rodeaban la planicie. Los disparos venían del interior. Al llegar a la cima, José vio la silueta de una mujer rastrillando su fusil al otro lado de la caseta apuntándolo.

—¿Qué haces aquí? —dijo Ana Laura—. Casi te saco la cabeza, animal

—¿Cómo supiste que era yo y no tu hermano? —preguntó José.

—Alonso cojea, tú no. Podía ser cualquiera —respondió Ana Laura.

Tras terminar esta oración, la mujer se dio la vuelta y volvió a disparar al vacío. Ana Laura era menor a Jose por unos pocos años, tenía la tez blanca y el cabello largo y castaño. Cualquier persona que la viese no hubiese adivinado que podía manejar armas o andar a caballo. No obstante, los hermanos Alvear fueron criados en arrear ganado y disparar desde una edad relativamente temprana. Ana Laura siempre lograba superar a su hermano menor en los ejercicios y desafíos que su padre proponía. Fue en uno de estos donde Alonso tuvo su accidente dado que al estar harto de ser derrotado por ella, y obnubilado por sus emociones, tuvo una mala caída de su caballo. José, al acercarse, notó que, al igual que cuando eran adolescentes, Ana Laura había puesto botellas en diferentes puntos del campo. Sin dejar de disparar, Ana Laura empezó a hacerle preguntas a José.

—¿Cómo supiste que íbamos a estar aquí? —dijo Ana Laura, y luego disparó.

—Hay cosas que nunca cambian —respondió José.

—¿Así? Tú te ves muy cambiado, de hecho —Ana Laura disparó nuevamente.

—Algo, quizás. Ana, vine aquí tan pronto supe lo de tu padre. Acabo de llegar a San Miguel apenas (Disparo). Mi tío me contó que lonencontraron muerto en la montaña (Disparo). Esto es parte de vivir, Ana. Estas cosas pasan, y nos pasarán a todos eventualmente (Disparo) —dijo José.

—¿A todos? —Ana Laura se había quedado sin balas y cargó su fusil—. No, José. Estas cosas no le pasan a todos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó José.

Ana Laura volvió a apuntar y disparó de nuevo. En esta ocasión, el tiro salió desviado. José se acercó, bajó el fusil y, de forma muy delicada, se lo quitó de las manos. Ana Laura tenía los ojos llenos de lágrimas y furia. José se sentó en el taburete a su lado. Mirándola, y tras poner el fusil a un costado, esperó que le contara qué era lo que pensaba. Ana Laura, viendo al vacío, empezó a hablar llena de rabia e impotencia.

—Lo mataron. Hijos de puta. Mi papá no tuvo ningún accidente como dicen los médicos. A mi papá lo mataron —dijo Ana Laura.

José se levantó, la abrazó por un momento y la sentó donde estaba él. Sin quitarle las manos de los hombros, le preguntó:

—¿Por qué estás tan segura?

Ana Laura, respirando con dificultad, empezó a contarle:

—El cuerpo... tenía el cuello y la mejilla destrozados. No como cuando alguien se cae. La carne estaba viva, como si algo le hubieran dado un zarpazo. Apenas Alonso lo encontró, me avisó... Cuando yo lo vi, ¡Dios mío!, podíamos verle los dientes por la profundidad del corte. Los médicos dijeron que pudo ser porque se raspó en la caída, pero esa herida tiene demasiada precisión para ser eso. Alguien lo hizo.

—¿Mencionaste esto a las autoridades? —preguntó José.

—Sí. No nos toman en serio —dijo Alonso, quién los había alcanzado—. Piensan que estamos viendo cosas producto de nuestro dolor y que estamos distorsionando la realidad. Además, están preocupados por la llegada de los liberales. Dicen que no es conveniente alzar sospechas dentro de nosotros por algo que fue un accidente según ellos.

—Entiendo —dijo José—. ¿Y si alguien lo mató? ¿Quién sospechan que pudo haber sido? Su padre era muy querido en la comunidad. ¿Por qué están tan seguros de eso?

—Papá iba a estar a cargo de dirigir la Junta de San Miguel para decidir qué hacer frente a la llegada de los liberales —dijo Ana Laura—. Si van a la capital, deberán pasar por aquí. Saben que no nos vamos a entregar, por eso la Junta pidió ayuda a los que son de aquí para que vuelvan. Imagino que por eso estás aquí.

—En parte sí —dijo José—. Vine porque mi tío me lo pidió. Sé que pidieron ayuda al ejército nacional, y que no hay respuesta.

—Papá supo que ese podía ser el caso —dijo Alonso—. Por eso su plan era preparar una estrategia para defendernos solos. El día que murió fue a la cordillera a ver qué puntos eran adecuados por si nos tocaba defendernos desde ahí. Solo él conocía tan bien esos caminos, por eso nos parece mentira eso de que se cayó. A cualquiera pudo haberle pasado eso, menos a él.

—¿Cómo estaba su papá de salud estos días? —preguntó José.

—Al igual que tu tío —dijo Ana Laura—. Ya son mayores, pero hasta el día que murió parecía que se necesitaban varios hombres para tumbarlo. Estaba sano, José. Dudo que haya sufrido un ataque, si es lo que piensas que fue. Yo creo que alguien en el pueblo está con los liberales. Por eso tenían que matarlo. Para que no tengamos oportunidad alguna de responder. Creo que los motivos para asesinarlo empezaron a darse desde que la Junta empezó a pensar en estrategias de defensa.

—¿Creen que hay espías liberales en San Miguel y que ellos lo mataron? —preguntó José.

—Eso mismo—dijo Ana con firmeza—. Y debemos saber quiénes fueron.

—Ana, solo estoy elucubrando —dijo José.

—Bueno, ¿no te parece bastante raro que un hombre muera de repente justo cuando estamos pensando en cómo responder a los liberales? —preguntó Ana Laura.

José empezó a creer que Ana Laura y Alonso estaban cegados por su dolor y construían una historia para calmar su sed de venganza. Si bien su hipótesis podía ser cierta, se necesitaba más que una buena historia para probarlo. Era necesaria evidencia que diera fe de cuál relato era el más próximo a lo que había pasado.

—Iré a ver el cadáver mañana —dijo José—. Creo que con eso tendré más elementos para saber si hemos de sospechar de este tema, o si en efecto fue un accidente.

Tras escuchar esa respuesta, Ana Laura rastrilló el fusil, apuntó al campo y disparó, destruyendo una botella con la precisión del tiro.

—La pregunta de fondo en esto es, si ves algo raro en el cadáver, ¿nos vas a ayudar a encontrar quién fue? —dijo Ana Laura.

—Si encuentro algo en el cadáver —respondió José con tono severo— seré el primero en proponer públicamente el motivo real de la muerte de tu padre en la Junta Ana.

\*\*\*

La morgue de San Miguel era el último lugar donde José pensaba estar en el primer día de su retorno al pueblo. Salió de su casa temprano en la mañana, después de haber desayunado. Decidió ir a pie. Nada estaba realmente lejos en San Miguel. Tomó sus anteojos y, vestido con un terno gris, fue caminando hacia la plaza central donde estaban el cabildo y la iglesia en la que su tío realizaba las misas todos los domingos. El sol alumbraba las calles empedradas. La mayor parte de los edificios y casas estaban hechos de adobe y eran de color blanco como su casa. Varios de los empleados de estas estaban barriendo, y otros regando las plantas en los balcones. Había indígenas de otros poblados que llevaban mercancías, y animales, para venderlos en el centro que daban vueltas por las calles empedradas buscando vender algo. Un par de niños jugaban en una esquina con trompos de madera. Nada realmente había cambiado desde que se fue, excepto, claro, que iba a ver el cadáver de alguien cercano. La gente lo miraba como si fuese un forastero. Quizás fuera por el bigote que se dejó crecer. Desde que salió de su casa hasta entrar a la morgue nadie en el pueblo parecía haberlo reconocido.

La morgue era un edificio contiguo a la oficina de policía del pueblo. Si bien era bastante modesto, y equipado de forma primitiva, tenía todos los elementos necesarios para que la presencia de un muerto no causara un problema de higiene en San Miguel. José llegó al edificio de la policía. Para acceder, primero tenía que registrarse en el vestíbulo. A diferencia de otros edificios de San Miguel, que tenían paredes blancas, este en particular tenía baldosas de color verde pálido en su interior. Al entrar, daba la impresión de que siempre hacía más frío que en el exterior.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo Rodríguez, el guardia del primer turno matinal.

—Soy el doctor José Arroyo. Solicito que, por motivos médicos, se me permita ver el cadáver del señor Daniel Alvarado.

—Seguro, doctor —dijo Rodríguez—. Por favor, necesito un documento suyo y confirmar si es familiar del fallecido.

En la oficina contigua, el oficial superior de Rodríguez asomó la cabeza fuera de su despacho después de haber escuchado el nombre.

—Pero miren quién está aquí. Cuando te fuiste eras solo un muchacho, Pepe, y ahora ya eres el doctor Arroyo.

El oficial Bermúdez, un hombre de edad avanzada, calvicie pronunciada, y actitud bonachona salió de su despacho. En ocasiones era difícil creer que estaba a cargo de la policía debido a lo amigable que era con todos en la comunidad. Bermúdez había

conocido a José desde pequeño y tenía una relación cercana con su tío debido a la influencia que este poseía en San Miguel.

—Tnte. Bermúdez, qué gusto saludarlo. —dijo José—

—Tu tío mencionó que estaba esperando tu retorno —dijo Bermúdez—. No pensé verte aquí el día de hoy.

—No pensé estar aquí tampoco, teniente —dijo José—. Me enteré de la muerte de Don Daniel, y bueno, soy cercano a su familia. Espero que eso cuente como ser un familiar de alguna forma.

—Claro que sí —dijo Bermúdez—. De seguro tus luces nos pueden servir de algo. Rodríguez, deja esa forma. El doctor viene conmigo como especialista. Sígueme, por favor.

Caminaron juntos por el pasillo que conectaba el vestíbulo con la morgue. El edificio era un cuartel colonial adaptado. Tenía ventanales en forma de arco cuya extensión iba casi del techo al ras del suelo. En una de esas habitaciones al costado del pasillo se encontraba la morgue. En su interior había tres camas, una de ellas ocupada por el cuerpo de Daniel. Los asesinatos en San Miguel eran un hecho inusual, y ese cuarto casi nunca era utilizado. La mayor parte de los casos que requerían autopsia eran de personas que habían caído en las montañas, lo cual, si bien ocurría, tampoco era algo frecuente. José se puso sus anteojos, tomó un par de guantes de su maletín y se dispuso a inspeccionar el cuerpo.

—Teniente, ayúdeme retirando el manto, por favor —dijo José.

Una vez que Bermúdez le hizo caso, la reacción de José fue bastante inesperada. Él había visto cuerpos con anterioridad, los había estudiado, había estado en morgues mucho más grandes, y fue testigo de heridas que probaban la fragilidad del cuerpo. Sin embargo, ver a Daniel le afectó. José palideció y sentía cierta energía pesada en el cuerpo. Sus heridas, por algún motivo, le recordaban a la garra que tomó a su primo por las piernas la noche que este murió. Respiró y volvió a mantener la compostura. Quizás el impacto fue porque era una persona cercana, así que tomó un respiro, se sobrepuso al vacío en su estómago y empezó a examinarlo. José pudo notar lo que Ana Laura le había dicho la noche anterior. Tanto la mejilla como el cuello estaban desgarrados por un manotazo de tres hendiduras bastante claras que habían destrozado los tejidos blandos tanto de la mejilla como de la garganta. Asimismo, presentaba hematomas en las extremidades, y pudo entender por qué se manejaba la hipótesis de que perdió el

equilibrio mientras estaba en el monte, y que fue la caída lo que lo dejó así. No obstante, las heridas del costado del rostro y el cuello no dejaban de inquietarlo.

—¿Acaso posee orden para revisar el cadáver, Dr. Arroyo? —irrumpió la voz del doctor Morales.

Morales era el médico principal de San Miguel. Era una de las personas más frías y apáticas del pueblo. De estatura baja, el pelo lacio peinado siempre a raya, y los ojos un poco bizcos. Al igual que José, estudió en la capital. Sin embargo, su experiencia fue más dura, dado que su familia no era terrateniente. Siempre distante en su trato, solamente decía lo que era necesario manifestar y creaba esa aura en la cual nadie estaba seguro si eran o no de su agrado.

—Tranquilo, Morales, viene conmigo —dijo Bermúdez.

—El cadáver ya tiene un parte oficial, Dr. Arroyo —dijo Morales—. Si gusta, puedo hacerle llegar el reporte de la autopsia que realicé.

—Estoy al tanto, Dr. Morales —dijo José—. Solo quería ver el cadáver con mis propios ojos. Es todo.

—Comprendo. Bueno, aquí lo tiene —dijo Morales—. La causa de muerte no es la herida del rostro, sino los hematomas de la caída. La muerte fue por un paro cerebral, dado que al caer, su cabeza recibió gran parte del impacto.

—¿Alguna idea de por qué cayó? —preguntó José.

—Bueno, doctor, en buena hora hace esta pregunta —respondió Morales—. Dado que eso le compete a la policía, quien curiosamente está presente aquí con nosotros, ¿o no, oficial Bermúdez?

—La verdad, Pepe... es que no lo sabemos —dijo Bermúdez.

Morales se puso sus lentes y, con un par de pinzas, empezó a remover los pliegues de tejido alrededor de la herida central.

—Estas heridas, como puede notar, Dr. Arroyo —dijo Morales—, están, podría decirse, cauterizadas. El tejido está quemado. Si no hubiese rastro de esto, diría que pudo haber muerto desangrado, pero no es el caso. Apenas se hizo la hendidura, o poco después de que sucedió, la herida experimentó una especie de combustión que impidió un sangrado posterior. Don Daniel no murió por estas heridas. Murió por la caída posterior. Yo no he mentado al respecto.

—Tiene mucho sentido lo que dice, Morales, pero ¿qué hay de la causa que provocó el manotazo en primera instancia? —preguntó José.

—Eso no me compete a mí saberlo, sino al oficial aquí presente —dijo Morales.

—Deben tener alguna sospecha —dijo José—. Esto no es normal. ¿Cuál es la versión con la que se están explicando esto?

—La versión es el parte médico de Morales —dijo Bermúdez.

—Teniente, discúlpeme, pero si bien eso es verdad, es una versión incompleta —dijo José—. Algo le pasó a Don Daniel antes de que se cayera. El cuerpo lo evidencia. Esto parecería ser claramente un ataque.

—No tenemos elementos para afirmar eso tampoco —dijo Bermúdez—. En esta instancia estamos afirmando que fue la caída y las rocas las que le hicieron esas heridas.

—Pero entonces, ¿la evidencia de la cauterización que acaba de describir Morales dónde queda? —preguntó José.

Bermúdez y Morales se miraron entre sí.

—Pepe, seré franco contigo —dijo Bermúdez—. No estamos ahondando en una investigación oficial porque no queremos generar un ambiente de pánico y sospecha en el pueblo. Efectivamente, esto lo hizo alguien. No sabemos quién ni cómo, pero es alguien que conocía bien las rutas al igual que Don Daniel. Y considerando dónde fue encontrado el cadáver, sospechamos que si es alguien del pueblo.

—¿Por qué sospechan eso? —preguntó José.

—Porque nadie en su sano juicio —dijo Morales— iría cordillera arriba sin saber hacia dónde iba. Don Daniel conocía bien esa geografía. Quien lo haya herido antes de botarlo por el barranco debe tener ese nivel de experiencia para seguirlo y tomarlo desprevenido en su territorio. Es alguien de aquí. Es uno de nosotros me atrevería a decir.

Tras mencionar esto, era la primera vez en su vida que José sintió que Morales estaba siendo sensato. Su razonamiento era lógico, y por el tono de su voz intuía no solo que estaba diciendo la verdad, sino que estaba preocupado respecto al tema de forma genuina. Tras esta situación, José miró fijo a Bermúdez para confrontarlo.

—Bermúdez, si usted sospecha también que esto es un asesinato, ¿por qué le dijo a los hijos de Don Daniel que esto fue un accidente?

Bermúdez suspiró. José evidentemente no era el muchacho que dejó el pueblo hace diez años. Era un hombre que lo estaba increpando como autoridad respecto a dar una versión distorsionada de un crimen a sus personas allegadas.

—Creo que tu tío te puso al tanto de la situación actual. ¿O me equivoco, Pepé? —preguntó Bermúdez mirándolo fijamente a los ojos, buscando algo de complicidad de su parte.

—En efecto, teniente. De hecho, por eso estoy aquí —dijo José, quien luego se quitó los guantes, los arrojó al basurero y procedió a lavarse las manos.

—¿Tiene entrenamiento militar? —preguntó Bermúdez.

—No, teniente, pero no se necesitan solamente soldados en una guerra —dijo José con voz firme.

—En eso tienes toda la razón, Pepé. Pero que eso no te exima de pensar de forma estratégica —dijo Bermúdez.

José empezó a secarse las manos sin quitarle los ojos a Bermúdez.

—¿Qué me quiere decir con esto, teniente? —preguntó José.

—La Junta de San Miguel, doctor —respondió Bermúdez—. No podemos soltar información que genere desconfianza en el pueblo, y mucho menos sobre la Junta. Si la Junta no está unida, difícilmente podremos organizarnos para defendernos. Si lanzamos la versión de que fue un asesinato, la Junta posiblemente se disuelva, y ahí sí, estamos a merced del Señor.

—¿Pretende mantener la Junta de San Miguel mintiéndoles sobre la verdadera naturaleza del crimen de Don Daniel? —increpó José.

—No estamos mintiendo —respondió Bermúdez.

—Pues están dando información a medias —dijo José, con tono calmado y no por ello menos severo frente a la respuesta del teniente.

—Pepé... —el tono de Bermúdez cambió. De repente ya no era el policía que se alegraba de ver al sobrino de su amigo de vuelta en el pueblo, sino que momentáneamente se volvió alguien que debía ejercer su autoridad frente a los cuestionamientos de un civil—. El tema es grave. No es momento de ser detective ahora. Al menos no hasta que pase el ataque del cual debes estar al tanto. Como me dijiste, por algo estás aquí. Quien haya tenido motivos para matar a Don Daniel, ya lo hizo. Y tienes mi palabra, lo buscaremos. Pero ahora mismo no es el momento. Ahora la gente de San Miguel debe confiar entre ellos.

—¿Aun si hay un asesino entre nosotros? —preguntó José.

—Pensé que tu tío te había explicado la complejidad del asunto —dijo nuevamente Bermúdez.

—Espere, ¿qué quiere decir con eso? —preguntó José—. ¿Que mi tío está al tanto de que están ocultando información y confiando en que el asesino no vuelva a atacar de nuevo?

—De hecho, doctor —dijo Morales—, puedo dar fe de que eso fue idea de su tío.

José apenas lo entendió. A todas vistas, era una decisión implícita de la Junta, precisamente para no ahondar en una complejidad que ahora mismo no podían gestionar. La decisión no era ética, sin embargo, la medida era racional. José sabía que le esperaba una larga conversación con su tío, pero no sabía qué decirles a los hermanos Alvarado. Alonso y Ana Laura tenían razón, habían asesinado a su padre y, por temas propios de la situación actual, los estaban silenciando. José dio un respiro profundo.

—Creo... creo que lo entiendo, teniente —dijo José—. Por ahora tenemos una prioridad bastante compleja. Ya será momento de encontrar quién fue el que hizo esto, quizás cuando la vida de todo el pueblo no esté en juego.

—Me alegra escuchar esto Pepe —dijo Bermúdez.

—¿Cómo van los preparativos para la defensa? —preguntó José, a fin de aliviar el ambiente.

—La verdad, estoy bastante preocupado, doctor —respondió Bermúdez—. Yo confío en que el ejército vendrá. Como sabe, San Miguel es el último sitio antes de llegar a la capital. Dejarnos a merced de los liberales sería bastante torpe. Aquí somos cazadores y ganaderos, algo de experiencia tenemos en el manejo de armas, pero una cosa muy diferente es una guerra..

—Los liberales tampoco están entrenados —dijo José—. Es gente armada con mucho ímpetu, y quizás esa es su debilidad. Son campesinos siguiendo a algún radical que les prometió lo que nadie les ha podido dar. No son más que eso.

—Comparto su fe, doctor —respondió Bermúdez—. Sin embargo, es importante que mantengamos al pueblo unido en caso de que los liberales lleguen, y justamente por eso estamos asumiendo un costo adicional para que eso pase.

Fue en ese momento que José sintió náuseas. No solo por volverse parte implícita de la mentira que había sido dicha a sus amigos cercanos —y que él prometió desmontar si llegaba a enterarse del caso—, sino también porque el recuerdo de su primo, por algún motivo, estaba más presente que nunca en sus interiores y no llegaba a entender por qué.

## Capítulo segundo

### El Funeral

José estaba profundamente contrariado. Entendía los motivos por los cuales no podía divulgar sus hallazgos, pero al mismo tiempo sospechaba que no podría guardar ese silencio por mucho tiempo. No había logrado hablar con su tío a solas desde que volvió de la morgue, y si lo hubiera hecho, no sabría cómo abordar lo que pasó. Mientras se vestía para el velorio, se miraba en el espejo. Antonio, su tío, iba a officiar la misa antes del entierro, y la recepción del funeral sería luego en la casa de los Alvarado. José iba cargado de suposiciones al encuentro con su tío, Alonso y Ana Laura. Sabía también que no era bueno para ocultar sus emociones, y eso le preocupaba. Era cuestión de tiempo que alguno de los hermanos le hiciera preguntas. ¿Qué se suponía que debía responder? Era fundamental encontrar un espacio para hablar con su tío durante el transcurso de la ceremonia. Sentía que no quería comprometer ningún plan que hubiese sido puesto en curso de forma imprudente. José pensaba en todo esto mientras se acomodaba la corbata del traje negro. Estaba incómodo. Entendía los motivos para ocultar la verdad y, al mismo tiempo, sentía que debía ser sincero con Alonso y Ana Laura. Por otro lado, recordó que Antonio siempre había sido astuto para estas cosas, y eso le daba algo de confianza. Su tío había mantenido a San Miguel en pie. A pesar de sus gobernantes, de las plagas... y no solamente a su pueblo, lo había mantenido en pie a él desde la muerte de sus padres. José revisó que tanto su vestimenta como su bigote estuvieran pulcros frente al espejo de su cuarto mientras pensaba todo esto, tomó sus anteojos y fue con paso firme hacia la iglesia.

El transcurso hacia la plaza central de San Miguel fue profundamente lúgubre. Si bien el día apenas comenzaba, estaba bastante gris y nublado. Ideal para usar ropa negra. Daniel Alvarado era bien conocido en el pueblo, y también bastante querido. Su formación militar se remontaba a los primeros intentos del gobierno por establecer un ejército profesional. Tanto Daniel, como Antonio, sufrieron al enterarse del estallido de la guerra civil. Les parecía que la intransigencia de ciertos líderes opacaba el costo real de haber construido un país, o al menos de haber intentado hacer uno. José recordaba haber mencionado esto en una de las tantas discusiones que tuvo con Rafael mientras

volvían de recibir clase a sus viviendas. Las memorias se le venían a la cabeza en su camino al funeral.

—Si no se permite otro tipo de sociedad —decía Rafael— la guerra será inevitable.

—Si este país es posible, es porque nos hemos apegado a las pocas instituciones que tenemos —respondía José.

—De acuerdo —respondía Rafael— pero esa forma de hacer país afecta a demasiada gente, José.

—Pienso que es mejor tener un país imperfecto a no tener uno—dijo José.

—Difiero, pero puedo entender porque crees eso —decía Rafael, con algo de incomodidad al ver que no podía convencer a su amigo, y dándose cuenta de que no tenía sentido seguir discutiendo.

Curiosamente, José lo apreciaba por eso. Siempre pensó que Rafael era alguien con ideas férreas, en ocasiones apasionadas, pero nunca podría afirmar que fuera un sujeto dogmático. Fue bastante duro para José enterarse de que, al final, Rafael sí optó por el camino de las armas, y que estaba a cargo de la división que posiblemente atacaría a su pueblo.

Varias personas vestidas con ropas oscuras comenzaron a congregarse en la plaza. La variedad de presentes era amplia: campesinos, arrieros, mercaderes, y todos los hijos de las familias pudientes de San Miguel. José se abrió paso entre la muchedumbre, y por primera vez sospechó que varios de los presentes empezaban a reconocerlo. En medio de los susurros y las conversaciones, las puertas de la estación de policía se abrieron, y una guardia de seis hombres salió cargando un ataúd. Entre ellos estaban Bermúdez y Alonso, ambos vestidos completamente de negro. El resto eran miembros activos de la policía de San Miguel, quienes llevaban su traje formal. La muchedumbre se acomodó de tal forma que dejó paso libre entre la compañía y la puerta de la iglesia, que estaba justo al frente. Los seis hombres comenzaron a caminar, y un silencio lúgubre llenó el ambiente de repente. No había pájaros en el cielo. A lo lejos se escuchaban relámpagos, anunciando una posible tormenta que venía de los llanos del norte.

Detrás de la compañía que cargaba el féretro iba Ana Laura, con un vestido negro ancho y un velo que le cubría el rostro. Parecía una novia, excepto por el color de sus ropas. Era imposible distinguir su cara. Aun así José podía suponer que había pasado llorando gran parte de la madrugada anterior. No era común ver a Ana Laura

vestir ropa formal. Si bien era hija de una de las familias más poderosas de San Miguel, usualmente pasaba sus días en el campo, arreando ganado o yendo de caza, siempre junto a su padre, a quién tristemente ese día le decía adiós. La compañía entró a la iglesia, y casi de forma profética se escuchó un trueno proveniente de las montañas que rodeaban San Miguel, las mismas donde encontraron a Daniel muerto. De a poco empezaron a caer gotas del cielo, era un buen momento para entrar a la iglesia.

Una vez que el difunto y sus familiares más cercanos ingresaron, también lo hicieron los miembros de las familias más importantes de San Miguel, entre ellos José. El grupo avanzó hasta las primeras filas de la iglesia. Esta, si bien era pequeña, tenía labrados de pan de oro en el altar, junto con reliquias que habían permanecido allí desde su fundación. Los cuadros alrededor de la iglesia también tenían una particularidad. Lejos de contar la pasión de Cristo antes de ser crucificado, narraban la historia de la fundación de San Miguel, en la que su pariente lejano, Luis Arroyo, rogaba al arcángel del mismo nombre que no los dejara al desamparo de los impulsos malignos cuando la compañía no encontraba el paso por las montañas. La iglesia se fue llenando poco a poco, y ambas puertas del templo quedaron abiertas para que aquellos que estaban afuera pudieran escuchar la misa desde allí. José volvió la vista hacia la entrada y logró distinguir a Ángel, el jefe de los criados de su hacienda, y a Lourdes, su esposa, quienes lo saludaron apenas notaron que los había visto. José sonrió. Hubiese preferido estar con ellos, o dejar que se acercaran más, pero San Miguel tenía sus normas y sus costumbres, y desde el inicio mismo de su existencia, el pueblo había sido profundamente conservador.

Cerca del altar principal, el cuerpo de Don Daniel se encontraba en un ataúd negro en el centro del pasillo de la iglesia, con Ana Laura y Alfonso a cada lado. Las campanas sonaron, y poco después los monaguillos salieron a esparcir palo santo antes de la entrada del cura principal. José recorrió la iglesia con la mirada. Diría que, sin contar a los niños, casi todo el pueblo estaba allí. Incluso los más ancianos habían hallado la forma de darse cita para el último adiós a Don Daniel.

—Sean todos bienvenidos hermanos míos —dijo Antonio— a esta ceremonia especial por la partida de nuestro querido hermano, Daniel Alvarado. Jefe de la casa Alvarado, y profundo servidor de nuestro Señor, así como de nuestro querido pueblo.

Antonio Arroyo debía rondar los sesenta años. No obstante, la fuerza y proyección vocal que tenía eran envidiables. José siempre se preguntaba cómo hacía para mantenerse tan sano, una situación que despertaba curiosidad no sólo en él, sino en

todo aquel que llegaba a conocer su edad. Su presencia en ocasiones le llegó a causar más temor que su mismo padre, aun cuando este solía ser más severo que su tío cuando aún vivía.

Durante la misa, Alonso estaba bastante tranquilo, pero su mirada estaba perdida, como si, producto de la tristeza, su mente estuviera en otro lugar. De Ana Laura no se escuchó un solo lamento ni llanto, lo que, a los ojos de José, evidenciaba que su herida ante la pérdida de su padre era mucho más profunda de lo que había supuesto el día que la encontró disparando en el campo. La ceremonia transcurría según los rituales habituales de una ceremonia funeraria, hasta el momento de la oración de cierre, cuando Antonio tomó nuevamente la palabra antes de dar por terminada la misa:

—Hermanos, creo que nunca he estado en una situación más compleja que la que enfrentamos —dijo Antonio—. No solo hemos perdido a uno de nuestros miembros más queridos, sino que cada noche, cuando vamos a dormir, luchamos para que la angustia del conflicto que vivimos no nos carcoma en demasía la calma que hemos logrado alcanzar en cada uno de nuestros días. Como bien saben, los rumores de que los liberales vendrán a San Miguel no son falsos. Contamos con información de que una campaña atacará nuestro pueblo en las próximas semanas. Les cuento esto porque hemos enviado misivas a la capital con el fin de contar con la protección adecuada del ejército nacional, situación que ya hemos tramitado por el proceso debido. Es menester nuestro, y en honor a la memoria de quien no solo fue un gran líder, sino también un gran amigo, que estemos organizados para cuando dicha situación se presente. Para tales propósitos, mis queridos hermanos, hago un llamado para que la Junta de San Miguel se ponga a las órdenes de esta empresa necesaria. Así mismo, también he tomado medidas a nivel personal, y con gran orgullo y alivio quiero contarles que he llamado a mi sobrino, el doctor José Arroyo, a fin de contar con un galeno más para las actividades pertinentes, en adición a la valiosísima acción del doctor Morales, médico principal de San Miguel.

Tras haber mencionado esto, Antonio señaló a José con ambas manos, lo que de forma inesperada provocó que varios de los presentes comenzaran a aplaudir. Ante ello, Antonio pidió con delicadeza que se detuvieran, a fin de continuar con su mensaje.

—Me temo, sin embargo, mis hermanos, que no todas son buenas noticias. Y ahora mismo debo contarles algo, para que tanto sus ojos como sus oídos estén atentos frente a lo que estamos viviendo.

Al escuchar este anuncio, José intuyó lo que estaba a punto de suceder.

—Vuestro hermano Daniel, quien Dios tiene en su gloria —continuaba Antonio— temo que se encuentra en ella debido a la posible acción de alguien infiltrado entre nosotros. Quiero ser enfático. Mi objetivo no es fomentar una desconfianza que nos destruya. Por el contrario, hago un llamado para que estemos unidos frente a los embates liberales contra nuestros seres queridos que ya han generado consecuencias. En honor a la verdad, y lejos de tratarse de un accidente, Don Daniel falleció por la acción de alguien a quien la policía aún está intentando identificar...

Los murmullos y las expresiones de sorpresa inundaron el templo. Se sentía un aire de temor repentino. ¿Había sido prudente que Antonio revelara semejante información? Sin embargo, José jamás subestimaría la habilidad política de su tío en estos temas. Él conocía demasiado bien a San Miguel, así que decidió confiar en su acción, además de que no estaba mintiendo respecto a lo que decía.

—...nuestro Don Daniel, que a sus sesenta y pico de años conocía mejor que nadie estas cordilleras, no muere por un accidente en ellas. Temo, mis hermanos, que esto fue obra de alguien. Por ello, la mejor manera de honrar su memoria es haciendo frente a quienes buscan poner en peligro nuestra forma de vida, y que, no conformes con ello, pretenden ponernos en riesgo. Eso, como bien saben, no lo vamos a permitir. Respecto a esto, quiero enfatizar mi llamado: San Miguel debe estar unido, como un puño sólido en las montañas, y no permitir que ningún liberal nos tome desprevenidos... ¡nunca más! —culminó Antonio.

José comprendió el propósito de su tío y cómo supo aprovechar el momento. La culpa ahora recaía en los enemigos, y aunque uno posiblemente estaba dentro del pueblo, era más conveniente pensar que se trataba de un agente infiltrado, y no de un lugareño de San Miguel. No estaba mintiendo del todo. Los liberales, en efecto, venían, y alguien había asesinado a Don Daniel. El problema era que Antonio proclamaba desde el púlpito que ambos hechos estaban vinculados, sin tener evidencia para probarlo. Sabiendo que no podía ocultar la verdad sobre la muerte de Don Daniel por mucho tiempo, lo más sensato era aceptar públicamente el hecho. Crear una narración donde la responsabilidad recae en un supuesto agente liberal no solo era conveniente para generar cohesión, sino que, de forma implícita, avalaba al pueblo para responder legítimamente por las armas. Esto, sin embargo, no lo distraía del tema fundamental. No había pruebas de lo que Antonio había dicho. Lo que narró era un orden de hechos que el pueblo deseaba creer, pero eso no significaba que fuese cierto. José tenía sus dudas respecto a la calidad ética de lo que había hecho Antonio. Sin embargo, dos situaciones parecían

haberse resuelto con su intervención: no tenía que oponerse al plan, el cual, de un modo u otro, era necesario; y ya no se encontraba en una situación complicada con sus amigos cercanos, ya que, después de la declaración de Antonio, José podía estar completamente seguro de que tanto Alonso como Ana Laura confiaban plenamente en su familia. Se avecinaban dos situaciones complejas, sin embargo: había que unir a la Junta de San Miguel y, posteriormente, tras el ataque de los liberales, encontrar quién había asesinado a Daniel Alvarado.

\*\*\*

La procesión desde la iglesia hasta el cementerio fue bastante ceremoniosa. La lluvia leve continuaba acompañada por un viento de páramo bastante fuerte. El aire olía a humedad, y el gran contingente de personas se movía lentamente hacia el camposanto del pueblo. Tanto Alonso como Ana Laura no decían nada. José caminaba cerca de ellos, acompañado por Antonio. Si bien su intervención había sido altamente controversial, sabía que era lo que los hermanos esperaban de alguna forma, que no quede en el silencio el hecho de que su padre había sido asesinado. Mientras caminaban, la banda de la policía tocaba una melodía fúnebre, propia de las festividades del solsticio de verano. Daniel Alvarado había sido militar, y como tal, había que rendirle honores.

Mientras la muchedumbre cruzaba la plaza, José notó que Antonio se quedaba mirando una de sus esquinas. Aunque no todos los habitantes de San Miguel tenían relación directa entre sí, se conocían al menos de vista. Notar a alguien extraño siempre causaba impresión. En la esquina de la plaza había dos jinetes en una carreta que José nunca había visto antes. Ambos llevaban ponchos gruesos y sombreros amplios. El mayor tenía un fusil cruzado en la espalda, mientras que el segundo, de edad similar a la de José, usaba anteojos, al igual que él. Con una distancia prudente, no se unieron a la procesión fúnebre, sino que la observaban desde lejos.

—¿Son liberales, tío? —preguntó José.

—No José —respondió Antonio—. Si lo fuesen, no habrían llegado hasta el centro. Parte de la guardia de la policía cuida el perímetro.

—¿Quiénes son entonces?

José alcanzó a observar con más detalle y discreción a ambos sujetos que los miraban fijamente mientras avanzaba con la muchedumbre. Debían salir de la plaza por la esquina donde se encontraban ambos. El rostro de Antonio era confuso. Parecía molesto, pero al mismo tiempo no encontraba motivo alguno para actuar de forma

hostil. Cuando la procesión pasó, el hombre del fusil, de edad aproximada a la de Antonio, lo miró fijamente y se retiró el sombrero en un claro gesto de saludo. Su rostro poseía una amplia cicatriz en la mejilla que era imposible ignorar. Antonio respondió bendiciéndolo desde lejos. El gesto desubicó a José. Lo que al inicio parecía el encuentro con un enemigo, culminó en un saludo entre viejos conocidos apenas tuvieron oportunidad de intercambiar miradas.

—Es el coronel Torres, José —dijo Antonio—. Una de las figuras clave del ejército conservador.

—¿Es decir, del ejército nacional? —preguntó José.

—Sí. No entiendo por qué vino solo. —respondió Antonio.

—¿Cómo es que lo conoces? —dijo José, susurrando—. ¿No es bueno que esté aquí entonces?

—Es muy bueno que esté, más ahora que Daniel ha muerto —dijo Antonio—. Lo que me llama la atención es que esté solo... o bueno, solo con ese muchacho.

—¿Cómo es que nunca me has hablado de él? —preguntó José.

—La vinculación de Torres con San Miguel es controversial, José—dijo Antonio—. Yo la conozco por mis labores de confesión. Entenderás que no puedo contarte todo. Torres tiene una familia ilegítima en San Miguel, y no me sorprendería saber que está aquí para cuidar de ella.

José comenzó a pensar en el motivo por el cual un coronel activo del ejército vendría por cuenta propia a proteger a su familia ante una posible invasión. La situación lo remitió de forma casi inmediata a su propio caso. La marcha estaba casi llegando a la entrada del cementerio, y antes de perder de vista a su tío, José le preguntó:

—¿Crees que tenga noticias de la ciudad, tío?

Antonio se detuvo justo en la entrada del cementerio. Llovía con mayor intensidad, el bombo de la banda sonaba al fondo, y fue entonces cuando volvió la mirada hacia su sobrino, lo tomó por los hombros y, sonriendo, dijo:

—Espero que ese sea el caso, querido José. Como bien sabes, la fe es lo único que se pierde.

Y tras decir esta frase, entró al cementerio con paso firme, siguiendo el ataúd de Daniel mientras el resto de la muchedumbre entraba tras el párroco.

\*\*\*

La recepción después del funeral se llevó a cabo en la casa de los Alvarado. Era una edificación ubicada en el centro de San Miguel con un patio interno de grandes

proporciones. Los criados de Don Daniel habían preparado humitas, tamales y quimbolitos, junto con varias ollas llenas de aguardiente con canela para la gran cantidad de invitados que habían llegado. Era una noche extremadamente fría en la cual por suerte había dejado de llover. Ana Laura estaba sentada junto a Alonso frente a la entrada del salón principal de la casa. La mayoría de la gente se encontraba en el patio central, tomando aguardiente y comiendo. La élite, por su parte, estaba en el salón del interior, intentando entablar conversación con alguno de los hijos tras darles el pésame, y siendo despachados rápidamente por estos ya que no tenían mucho que decir. Ana Laura no daba apertura a conversaciones extensas. No obstante, su actitud nunca fue apática con quienes se le acercaban. Su padre tenía un profundo aprecio por San Miguel, algo que ella también terminó aprendiendo. El trato con ella, aunque breve, siempre era cálido. Siempre hacía un esfuerzo por tratar a los presentes por su nombre, y con una sonrisa de amplia resignación y fortaleza saludaba y despedía a quienes se le acercaban. Por otro lado, Alonso, aunque más tímido y reservado que su hermana, tenía una mirada gentil. Y aunque ahora estaba marcada por una profunda tristeza, nunca perdía la compostura de sus modales.

Dado que ambos estaban en una situación de duelo, tanto José como Antonio asumieron, de forma implícita, el rol de anfitriones en la casa de los Alvarado, ya que los criados solían acudir a ellos en busca de instrucciones. Este rol fue mejor desempeñado por Antonio, quien había pasado más tiempo en San Miguel. Las antorchas estaban encendidas en el centro del patio y, como era costumbre en la arquitectura colonial, una pila de agua ocupaba el centro. Los invitados cuchicheaban, se reían y comenzaban a hacer bromas sobre los liberales, como una forma de aliviar la tensión tras la noticia de Don Daniel. Hacía poco Antonio había declarado lo que varios sospechaban, así que había mucho por digerir y podía ser poco delicado hablar de esto con los hijos de la persona que había sido asesinada. En medio de la reunión, Ángel, el jefe campesino de la hacienda de José, finalmente pudo acercarse a él.

—¿Está con tiempo, patrón? —preguntó Ángel, aunque su mirada denotaba una gran alegría al verlo.

—Por supuesto que sí, hombre —respondió José—. De hecho, te pido disculpas por no haberte podido dar un abrazo antes... Aún no entiendo bien cómo es que nos encontramos en medio de todo esto.

—Lo importante es que no estamos solos, patrón —dijo Ángel—. El discurso del padre Antonio estuvo potente. A mí me llegó, la verdad. Como le digo, no solo en la hacienda, sino en el pueblo andamos todos inquietos.

—Entiendo perfectamente lo que me quieres decir, Ángel —respondió José—. Y en buena hora, como tú dices, no estamos solos. Tenemos que apoyarnos entre nosotros. De repente José pudo ver en la mirada de Ángel que estaba a punto de contarle algo que lo iba a incomodar. Notaba esa mirada cuando tenía que dar malas noticias, así que dando un sorbo de aguardiente se dispuso a escucharlo con atención.

—Joven José, yo estuve en la compañía que encontró a Don Daniel —dijo Ángel con cautela—. Con el joven Alonso salimos a buscarlo. Fue muy feo encontrarlo así. Mi mujer dice que no es solo asesinato, y por eso quería conversar con usted... por la confianza que le tengo.

Tan pronto terminó la oración Ángel, el coronel Torres hizo su entrada junto con su acompañante al patio central de la casa de los Alvarado. Ambos aún conservaban el poncho rojo rayado con el que habían sido vistos en la tarde, aunque ya sin sombrero. Cuando entraron, José pudo notar que la energía del patio cambió. Era evidente que más de uno en San Miguel sabía que Torres tenía otra familia en la capital. Sin embargo, lejos de lo que se habría esperado en otros tiempos, cuando hubiesen intentado disimular la naturaleza de su presencia, Torres entró al patio de la casa y se acercó primero a saludar a su familia, antes de dar el pésame a los Alvarado. La señora Maldonado era viuda, y su hija, bastante joven, vivía con ella en San Miguel. José pudo notar el parecido que tenía esta con su padre, quien se acercó a ambas y las saludó como si no se hubieran visto en largo tiempo. Torres se quitó el poncho y lo colocó en los hombros de su hija. Ella sabía que estaba siendo observada por todos en el patio, pero fue indiferente a la reacción del resto mientras tomaba su agua de canela. Torres se acercó a Ana Laura y a Alonso, dio su pésame. José pudo leer en sus labios una frase muy común entre las personas criadas en el páramo:

—A sus órdenes —dijo.

Tras entablar una breve conversación con ellos, José vio cómo Torres lo miró de reojo y se acercó de forma decidida a conversar con su tío.

—El coronel Torres sirvió con Don Daniel en el ejército —dijo Ángel, desviándose del tema anterior—. De hecho, era un viejo amigo de su papá.

—¿Por qué nadie me había contado de él hasta hoy? —preguntó José.

—Debe ser porque la familia de aquí no es reconocida. —explicó Ángel— La oficial vive en la capital. Torres siempre estuvo enamorado de la señora Maldonado, pero no se acercó a ella hasta después de que enviudó. La wawa sí es hija de ambos. A veces viene a visitarla.

—Tengo entendido que es parte del ejército —dijo José.

—Sí, seguro trae noticias de la capital. —respondió Ángel— Ojalá nos ayuden. Como le decía, estamos todos inquietos acá.

—Volviendo a eso, Ángel...—dijo José. — Estabas por contarme algo sobre el cadáver de Don Daniel, antes de que llegara Torres.

Ángel miró a su alrededor y tomó de un solo trago su aguardiente.

—Patrón, sí. —dijo Ángel— Como le venía diciendo, yo me encontré con el cadáver de Don Daniel durante la misión de avanzada. Cuando lo encontramos ya estaba muerto, pero tenía señales de haber botado espuma por la boca antes de morir.

José sabía que existían múltiples causas que podían provocar eso. Él era médico. Sin embargo, la descripción de Ángel le recordó nuevamente a su primo, una situación familiar para ambos, ya que Ángel también estuvo en la misión para encontrar a Juan.

—¿Me quieres decir lo mismo que dijo Lourdes? —preguntó José.

—Usted sabe que mi mujer es supersticiosa —respondió Ángel— pero yo sé lo que vi. Eso no fue un asesinato normal, patrón.

—¿Normal cómo? —dijo José—Tenemos una infinidad de leyendas en San Miguel, Ángel. Sin embargo, ahora mismo estamos frente a la presencia real de un asesino.

—Es por eso mismo que quería contarle, patrón —dijo Ángel, mirándolo a los ojos con cierto temor de no ser creído—. No es para echarle cuento. Cuando vi el cuerpo, las marcas en el cuello, y el hecho de que haya botado espuma por la boca, supe que eran parte de un ritual.

—¿Ritual? ¿Ritual de qué? —dijo José.

—Puede que Don Daniel haya sido una ofrenda —dijo Ángel, esta vez sosteniendo la mirada en José.

—¿Una ofrenda a quién? —preguntó José, mientras sentía un escalofrío recorrerle la espalda.

—Las marcas de Don Daniel —dijo Ángel— son parecidas a las que se hacen cuando uno ofrenda al Supay, señor.

—¿Supay?—dijo José—Ese nombre... mi tío alguna vez me habló de esto.

—Me imagino. —dijo Ángel—Es un demonio, patrón. Es el que celebramos en fin de año, pero no todos los rituales son iguales. Hay unos que si son oscuros. Hace mucho que no veía un muerto por ofrenda. En las comunas donde me crié mi papa me enseñó a distinguir, por eso estoy seguro de que Don Daniel fue ofrenda, y mi mujer también me dió la razón.

La afirmación le generó mala espina, José reflexionó sobre el tema, y la hipótesis de un espía liberal en San Miguel cobró fuerza. Al fin y al cabo, todos ellos eran enemigos de la Iglesia. ¿Qué tan lejos se puede estar del paganismo si uno no cree en la gracia de la fe?, pensó. Los habitantes de San Miguel eran profundamente católicos. Habría que prestar más atención a aquellos que, en sus prácticas regulares, no se comportaban de esa forma porque, como afirmaba Ángel, el asesino de Daniel tenía otro tipo de creencias. No había nadie nuevo en San Miguel, salvo los forasteros que vio en el funeral, que curiosamente sí estaban allí. No obstante, esto incrementó su desconfianza con ambos jinetes.

Del otro lado de la plaza, Ana Laura comenzó a tomar aguardiente con firmeza, aunque en pequeñas cantidades, mientras conversaba con varios invitados en la mesa central de su casa. Alonso se había quedado en la entrada para recibir los pésames y no interrumpir a su hermana, quien dialogaba con la señora Eugenia Vásquez, madrina de bautizo de Ana Laura, dueña de una de las haciendas más grandes del poblado y miembro clave de la Junta de San Miguel.

—¿Cómo lo vas llevando, hija? —preguntó Eugenia.

—No sé bien qué responder, Eugenia —dijo Ana Laura—. Si por mí fuera, pediría que arresten a cualquier desgraciado que tenga un mínimo de evidencia de estar vinculado con la muerte de mi padre. Pero no. Resulta que tengo que ser paciente y aguantarme que primero los liberales no nos hagan pedazos. Creo que es el peor momento para ser paciente... así es como me siento.

—Tranquila, hija —le dijo Eugenia, mientras le tomaba la mano—. Vos sabés mejor que nadie que la verdad siempre termina saliendo a la luz. Confía mucho en la providencia respecto a esto —le dijo Eugenia, mientras le tomaba la mano.

Doña Eugenia usaba un vestido negro de cuerpo entero. Debía tener alrededor de sesenta años, y llevaba su cabello blanco recogido en un moño cerrado en la nuca. Usaba pendientes de plata que evidenciaban su riqueza, al igual que el único anillo que llevaba. Su presencia generaba autoridad y pulcritud dondequiera que estuviese. Conociendo el carácter de su ahijada, más aún en momentos de dolor, fue muy delicada

en la selección de sus palabras al expresar cómo estaba leyendo la realidad de lo que ocurría en ese momento.

—Creo que estás al tanto de que el puesto que ocupaba tu padre en la Junta será ocupado por ti, ¿verdad? —dijo Eugenia.

—Creo que es Alonso quien debería ir, Eugenia —respondió Ana Laura—Lo más probable es que el consejo de la Junta esté de acuerdo con eso también. No tengo cabeza para nada ahora mismo

—Hija, sabes que quiero profundamente a tu hermano. —dijo Eugenia— Te consta eso. Ahora bien, no solo eres la mayor entre ambos... Alonso es un soldado, tú no, por más que en ocasiones te creas una. Te necesito en la Junta.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó Ana Laura.

—Tu padre no solo era uno de los hombres más poderosos de este pueblo, hija. —dijo Eugenia, con mucha calma y a la vez con seguridad en lo que afirmaba—También fue una de las voces más sensatas de por aquí. Tú, como la representante mayor de tu casa, llevas ese legado en ti de alguna forma. Acudo a ti porque no creo que deba ser la única mujer en el consejo. Los hombres, salvo circunstancias bastante puntuales, son como caballos desaforados. Llenos de fuerza, sí, pero si van en la dirección incorrecta, pueden arrastrarnos a todos a vivir las consecuencias de su estupidez.

—¿Es por eso que no quieres que Alonso asuma el lugar de papá en la Junta? —preguntó Ana Laura.

—No es solo por eso. —dijo Eugenia, mirándola a los ojos—Tu hermano está profundamente herido desde que tu madre murió, y la partida de tu padre solo empeorará las cosas. Su tristeza no lo deja pensar, mientras que tú si puedes pensar incluso estando triste. Esa es una gran diferencia cariño. Considero que mucho de su dolor se ha ido sublimando en el ejercicio de cuidarte y de mantener la hacienda en orden. Pero el tema es que, para que tu casa se mantenga a flote, necesitas más que solo gestionar bien la cotidianidad. Es necesario saberse manejar astutamente. Y ante esa situación, ahora mismo, donde tú ves a varias personas dándote el pésame y demostrando su respeto por tu duelo y el de tu hermano... yo veo una jauría de lobos que están viendo cómo repartirse tu legado.

—Creo que esa apreciación es bastante desatinada. —respondió Ana Laura.

—Desatinado es pensar que todos son buenos, hija —dijo Eugenia.

—¿Supongo que tú sí eres buena, verdad? —preguntó Ana Laura con cierta ironía.

—Yo soy buena contigo, y también con tu hermano, cariño —respondió Eugenia—. Respecto a cómo debo ser con mi pueblo... esa es otra historia. Ahora mismo, lo que debemos ser es astutas. Estamos ante un problema que nos atañe a todos con esto de los liberales viniendo.

—¿Qué es lo que ha decidido el consejo sobre eso? —preguntó Ana Laura.

—El consejo no se ha reunido en mucho tiempo —dijo Eugenia—. Justamente por eso el cura Antonio hizo el llamado hoy, en la misa de tu padre. Si bien él ha sido un aliado leal, también se sabe solo. No hay garantía de contar con más apoyos. Aquí la pregunta de fondo, hija, es por qué habríamos de cuidarnos... Me refiero a cuidar San Miguel de una invasión. Bien podríamos esperar que venga el ejército que pidió el alcalde y ya.

—Sí, Eugenia, efectivamente, ahora que lo mencionas... ¿por qué no hacemos solo eso?—preguntó Ana Laura.

—Bueno, Ana, respóndeme tú, y demuéstreme que no estoy equivocada respecto a ti, hija mía —dijo Eugenia en tono desafiante.

Ana Laura tomó un sorbo de aguardiente. ¿Iba a tener más encuentros de esta naturaleza?, se preguntó. Era lo más probable, se dijo. Después de todo, tanto ella como su hermano estaban ahora expuestos a la vida pública de San Miguel, donde cargaban con la reputación y el legado de su familia, junto con las ambiciones y los enemigos que pudiesen aparecer.

—Supongo porque es más cómodo pensar que van a venir y no hacer nada... —respondió Ana Laura, luego de dar otro sorbo a su trago.

—Casi, hija mía. —dijo Eugenia— El razonamiento no está mal hecho. La mayor parte del pueblo confía en que los conservadores y su ejército los van a proteger, porque ellos se dicen conservadores, que en parte es verdad. Aun así, si eso pasa, y esos hombres vienen a este pueblo olvidado en las montañas, la pugna con los liberales no será fácil. Pero bueno, digamos que no sería imposible.

—Si ese es el caso, ¿por qué no simplemente confiar en lo que todos deben hacer? —preguntó Ana Laura.

—Bueno, hija, eso es algo en lo que todos están esperanzados que ocurra. Ahora, aquí yo te lanzo otra pregunta ¿Por qué el ejército habría de venir, si su prioridad es defender la capital? ¿Por qué cuidar el viejo y olvidado San Miguel?

—Porque no quieren perder más territorio. Ya han perdido toda la costa. Perder más territorio es poner a Veintimilla contra las cuerdas —dijo Ana Laura.

—Válido, hija, muy válido. —dijo Eugenia— Pero si perdieron toda la costa, sospecho que es porque no la pueden defender. De lo contrario, habrían actuado antes. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Crees que el ejército no venga? —preguntó Ana Laura.

—El ejército debe venir y proteger todas las ciudades y poblados que reconocen a Veintimilla como máxima autoridad. —dijo Eugenia— San Miguel lo ha hecho. Ahora bien, estar en la capacidad de poder hacer eso que dicen que deberían... eso es otro cantar.

—¿Eso dónde nos deja a nosotros, entonces? —preguntó Ana Laura.

—Ese es precisamente el motivo por el cual necesito tu ayuda en la Junta. Si bien el ejército va a venir —y esperemos que lo haga— no hacemos mal en organizarnos entre nosotros, poniéndonos en buena fe, para poder ayudarlos en caso de que lleguen. Esta conversación contigo, que tomé apenas dos tragos y una dosis clara de sinceridad, es mucho más difícil de sostener en el consejo, donde cada uno de los jefes de casa piensa que tiene la razón. Con todo, Ana Laura, me acabas de confirmar que no estuve equivocada contigo. Si no estamos listas, todo esto se lo lleva Alfaro y sus montoneras. Y si esperamos sentadas a que los conservadores nos cuiden, el futuro no va a ser muy distinto. Tenemos que estar listas —dijo Eugenia, y tras terminar su oración, tomó un trago completo de aguardiente de golpe.

Mientras la conversación se desarrollaba, del otro lado de la plaza, Torres, tras el encuentro con su familia, se acercó a saludar a Antonio de forma frontal. Su ayudante, por otro lado, se encontraba comiendo una humita a la luz de una antorcha, sin que nadie se le acercara. La gente de San Miguel no era muy abierta con los extraños, motivo por el cual el joven tuvo que encontrar la manera de pasar el tiempo estando solo, mientras observaba a Antonio y al coronel hablar a lo lejos.

—Padre —dijo Torres.

—Coronel Torres, qué gusto verlo. Espero que venga con buenas noticias. Como vé, estamos viviendo momentos lúgubres —respondió Antonio.

—Yo también tenía afán de traerlas, padre. —dijo Torres con voz grave— Temo que necesito hablar de un tema bastante serio.

—Suena a que no son buenas noticias —dijo Antonio, consternado.

—Me temo que no lo son, padre —respondió Torres de forma casi inmediata.

—Bueno, Emilio, como bien sabes, soy todo oídos. Te escucho.—dijo Antonio.

—Hay un motivo puntual por el que estoy aquí, padre. —dijo Torres, visiblemente angustiado y arrinconandolo de a poco para que nadie más entrase en la conversación —Uno por el cual no tuve reparo alguno en abrazar a mi hija frente a todo el pueblo. Estoy profundamente preocupado por su porvenir, padre, y he venido yo mismo a hacerme cargo de que nada les pase.

—Bueno, creo que ya iba siendo hora de hacerte cargo de eso de una vez, ¿no te parece, Emilio? —respondió Antonio.

—Creo que no estoy siendo lo suficientemente claro, padre. —dijo Torres, como si le costara pronunciar cada sílaba de lo que mencionaba—He venido yo mismo a ayudarlos en su defensa porque el ejército que ustedes tanto esperan no va a venir.

Antonio, por la naturaleza de su profesión, había escuchado muchas confesiones que lo defraudaron, otras tantas que lo sorprendieron, y algunas que incluso lo llegaron a asustar. Sin embargo, apenas Emilio Torres terminó su oración, sintió un profundo sentimiento de indignación que le fue difícil de disimular. Cualquiera que hubiese visto la conversación desde lejos pensaría que estaban a punto de irse a los golpes por el gesto que puso Antonio. No obstante, asumiendo la madurez del caso el cura sabía que esto no era responsabilidad del forastero. De hecho, él mismo había venido al pueblo a ayudarlos.

—¿Por qué estás tan seguro de esto, Emilio? —preguntó Antonio con tono severo.

—Porque escuché al alto mando discutir este tema tras bastidores, en el cuartel donde se reunieron. —dijo Torres—Luego de una reunión extraordinaria con el general Vega, están al tanto de que el ejército no posee la capacidad de poner orden en todo el país. Esperan, sin embargo, que una vez llegue el apoyo de los ingleses, puedan empezar a dar respuesta de forma paulatina, confiando en que la superioridad tecnológica en el armamento les permita imponerse sobre las montoneras. Ahora, en lo que respecta a las decisiones vigentes, han escogido perder la costa y dejar que cada pueblo en la sierra se defienda solo. La prioridad es proteger la capital. Lo demás es dispensable.

—Siempre hemos confiado en el gobierno. San Miguel nunca dejó de reconocer su autoridad. Somos conservadores, por Dios santo, nos regimos por los mismos principios. ¡No nos pueden dejar así! —dijo Antonio, con signos de clara rabia.

Estaba tan molesto que tanto José como Ángel, desde el otro extremo del patio, miraban con cautela cómo iba la interacción, por si tenían que intervenir. Para amainar las alarmas, Antonio puso su mano sobre el hombro de Emilio, gesto que bajó las alertas no solo de su sobrino y Ángel, sino también de gran parte de la gente que los observaba conversando en el patio.

—Entiendo que todo esto se te escapa de las manos, Emilio. Es evidente que estás aquí para proteger a tu familia —dijo Antonio, en tono comprensivo.

Emilio bajó la cabeza.

—Son unos desgraciados, padre. —dijo Torres. —Poco después de la reunión, Vega y otros lugartenientes estaban tomando y hablando como si no hubiese nadie más en el cuarto. Yo tardé en salir del baño, y pensaban que estaban solos. Alcancé a escuchar, por pura coincidencia, cómo ven la situación. “Que los de San Miguel los frenen y se hagan hombres de una vez”, dijeron. “Después, cuando intenten llegar a la ciudad los liberales, les damos bala y solitos han de volver a la costa.” Uno dijo que mucha fe le tenían a ese pueblo “donde solo hay viejos y putas”, pero que era mejor así, porque cuando lleguen los liberales a la capital ya estarán cansados, y entonces podrán atacarlos sin tregua con las nuevas armas. Apenas escuché eso, fui a mi casa a pensar qué podía hacer. Mi hija vive en San Miguel. Su madre vive aquí también. Mi plan era elaborar una estrategia con Alvarado. Como bien sabe, él y yo servimos juntos en nuestra juventud. Pero de camino acá me enteré de su muerte... y vine tan pronto como pude.

—¿Qué dijiste en tu casa para poder venir, Emilio? —preguntó Antonio.

—Mentí, padre. —respondió Torres— Dije que debía partir en una misión de avanzada por si los liberales decidían atacar. Lo cual, bueno... viéndolo bien, no es una completa mentira. Dije a mi familia que venía con el ejército, no por cuenta personal.

—Entiendo. ¿Y el muchacho con el que vino, es hijo suyo también? —preguntó Antonio.

El coronel miró al padre y rió. Sabía que el comentario era una crítica bastante sutil, pero efectiva, a su forma de hacer vida.

—No, padre. Remigio es uno de mis hombres más leales y brillantes. Está aquí porque es una pieza fundamental para defender San Miguel —dijo Emilio, con algo de orgullo y esperanza tras hacer la descripción.

—¿Qué habilidades tiene este muchacho, Emilio? —preguntó Antonio.

—Ahora se lo presento, padre. ¡Remigio! —gritó Torres—Ven para acá, que te quiero presentar con el padre Arroyo. ¡Remigio, hombre, ven acá!

Remigio había terminado de comer y estaba pasando frío en una hacienda donde no conocía a nadie. De alguna manera, el llamado del coronel Emilio Torres era lo que había esperado toda la noche. Se levantó, sacudió su poncho y se aproximó. Tenía el pelo algo ondulado y las antorchas se reflejaban en sus anteojos haciendo difícil ver su mirada. Con la postura encorvada y cargado de una timidez indescriptible, Remigio se acercó a Antonio, quien lo miraba de pies a cabeza como si fuese un monaguillo al que acababa de descubrir robando limosna.

—Padre, quiero presentarle al joven Remigio Cabrera —dijo Torres.

—El gusto es mío, joven Cabrera —dijo Antonio.

—Mucho gusto, padre —respondió Remigio.

—El coronel me dice que usted encarna la esperanza de San Miguel frente a lo que se nos avecina en las próximas semanas. —dijo Antonio con un tono intimidante—Ahora, si soy muy franco con usted, no termino de entender bien el motivo.

Remigio bajó la mirada en señal de recelo. No hubiese esperado tal comentario incisivo por parte de una persona que apenas conocía.

—¡Oh, padre! Es que aquí viene el detalle de por qué este joven es tan excepcional —exclamó Torres—. Aquí donde lo ve, el cadete Cabrera es una de las mentes mejor educadas y de las más escasas en el manejo de explosivos.

—¡Jesucristo! ¿Explosivos? —dijo Antonio.

—En efecto. —dijo Torres— Remigio y yo llegamos con una carreta llena de explosivos a San Miguel. La misma se encuentra bajo buen recaudo. Remigio es una de las personas más habilidosas en su manejo

—Remigio, disculpa que pregunte, pero mi curiosidad no me permite frenarme. ¿Cómo fue que aprendiste a manejar ese tipo de instrumentos? —preguntó Antonio.

—Bueno, padre, a mi me gusta la geología, pero mi papá quería que me hiciera militar —respondió Remigio con mayor seguridad en su voz.

—Remigio es la mente más lúcida que conozco respecto a estos temas, padre. —dijo Torres— En la academia su reputación es bien conocida. Sin embargo, no ha tenido suficiente espacio para desarrollar sus dotes de forma adecuada. Como verá, la academia aún se piensa en el siglo anterior, motivo por el cual Remigio ha accedido a acompañarme por la posibilidad efectiva de poder usar explosivos en... bueno...

—En situaciones reales, padre —dijo Remigio.

Antonio y Emilio miraron fijamente al joven, quien continuó con su diálogo.

—La avanzada liberal debe doblar en número a cualquier fuerza que pueda lograr reclutar San Miguel padre —dijo Remigio— Eso sin mencionar todas las reservas que están bajo el mando del general Alfaro. Es imposible vencerlos en el campo...digo si dependemos solo de los fusiles y las armas cortopunzantes. Ahora bien, con el uso adecuado de nitroglicerina o dinamita, la situación puede cambiar a favor nuestro. Hemos traído un arsenal bastante amplio para poder enfrentar el ataque que podría llegar a recibir San Miguel.

Antonio suspiró, miró a Emilio y puso su mano en el hombro de Remigio.

—Bueno, Remigio querido, —dijo Antonio— creo que el coronel ha hecho bien en tenerte de nuestro lado, y de seguro el ejército no notará que le faltan las cargas que ambos se han traído. Creo que es importante que te presente a alguien que comparte tu evidente vocación intelectual. Es mayor que tú por unos pocos años, pero creo que es bueno que se conozcan... digo, en caso de que necesites cualquier tipo de ayuda. ¡José! Ven aquí, hombre, tienes que conocer a este caballero...

Desde la ventana del interior de la casa, Eugenia observaba cómo el cura Arroyo y su sobrino se hacían amigos de Torres y del joven que había venido con él. Podía ver la alegría de quienes empezaban a entablar amistad. No obstante, su sentido de suspicacia no disminuía. Si Torres estaba en servicio activo, ¿por qué vino solo con un hombre y una carreta? La combinación no le daba buena espina, pero no tenía evidencia para probar nada.

## Capítulo tercero

### Preparativos de guerra

*Zambrano sostenía una tabla con apuntes donde constaba la lista final del inventario de la división de la sierra. Cuando decidió unirse en armas contra el régimen, todo le parecía efímero e improvisado. De hecho, en el primer asalto en el que participó, poco después de las elecciones, tuvo que robar él mismo armas del ejército, junto con sus primos, en el pueblo donde había nacido y vivido siempre. Mucha de la economía en la región se había movido desde que empezaron a comprar cacao de forma masiva en el pueblo, motivo por el cual no le parecía nada lógico que se estuvieran muriendo de hambre. Resultaba que, para plantar en la tierra que le pertenecía a uno, había que pedir permiso y, encima, dar una parte al gobierno como impuesto por todo lo que se enviaba. Eso era normal en un país, se dijo. De hecho, varios miembros del partido habían comentado que así se manejaba en otras geografías. No obstante, lo que no era normal era que dicho permiso y dicho impuesto aseguraran entrar en quiebra en menos de un año a los productores. Era como si los conservadores quisieran que se murieran de hambre teniendo comida enfrente. El impuesto fue decretado por el actual presidente para frenar la migración campesina de la sierra a la costa. Ante el boom de productos agrícolas y la posibilidad de sostenerse por sí mismos fuera de la hacienda, varios criados escapaban con sus familias de donde siempre habían vivido para probar suerte en la costa. En ese lugar también había haciendas, pero al no tener el mismo volumen de personas viviendo en la región, y ante la masiva necesidad de mano de obra para cubrir la demanda de productos agrícolas, los dueños empezaron a ser más generosos respecto al manejo de salarios. Esta situación, si bien era ínfima, era sin duda mucho más favorable que las condiciones de la sierra.*

*—Aquí manda el mercado. Allá arriba, en la montaña, la iglesia —decían los dueños de las plantaciones costeras.*

*Sin embargo, el problema empezó cuando los de la montaña quisieron dar órdenes a los de la costa, porque se estaban empezando a quedar sin gente. El Partido Liberal buscaba fomentar una reforma para que fueran los propios campesinos quienes decidieran qué hacer con su vida, moción que rápidamente fue objetada por los*

conservadores, afirmando: —¿Desde cuándo en este país se ha dejado hacer lo que la gente quiere hacer?

*La tensión por la reforma agraria fue el tema de mayor disputa en las elecciones presidenciales, donde aparentemente los conservadores encontraron la forma de hacerse con la victoria. Decimos “aparentemente” porque la mayor parte del país vive efectivamente en la sierra, y muchos de ellos no estaban completamente al tanto de lo mucho que podían ganar si abandonaban la forma de vida que habían conocido hasta entonces. Durante el primer año, las ciudades y poblados de la costa aceptaron tanto el impuesto exigido por los conservadores como el resultado de la elección. Sin embargo, poco a poco la medida fue mostrándose más discrecional. Había una clara intención de usar al Estado en favor de los hacendatarios, imposibilitando cualquier tipo de crecimiento y competencia para la gente de la costa. Dicha situación acarrearía serias consecuencias. Un error gravísimo por parte de los conservadores fue asumir que sus criados se mantendrían fieles por costumbre y por la imposición de la tradición. Los conservadores dejaron de lado el hecho de que una gran masa popular ya vivía en la costa y se daba medios para vivir por cuenta propia, en gran medida según cuánto trabajaban, no por el apellido con el que nacían ni por el grupo étnico al que pertenecían. Consecuentemente, posicionar a los conservadores como enemigos del progreso no fue difícil. No obstante, su poder e influencia en el Estado central eran, de lejos, más fuertes que los del Partido Liberal.*

*La primera vez que Zambrano le metió un tiro a un soldado del ejército fue después de haber pasado casi un año trabajando en los sembríos de cacao, con el objetivo de pedir la mano de quien entonces era su prometida. Había ganado buen dinero, y lo que resultara de la venta de la cosecha le daba suficiente liquidez como para tener una dote holgada y hacer la petición. Cuando los oficiales conservadores retuvieron la mercancía de su cultivo en la aduana, no la dejaron salir del puerto y dejaron que gran parte de ella se dañara únicamente para demostrar que tenían poder sobre él. Ni la policía, ni la ley, ni sus contactos políticos pudieron ayudarlo. Intentó llegar a un acuerdo con los oficiales, pero estos no tenían intención de pactar, sino únicamente de humillarlo. Ante tal situación de impunidad, su rabia pudo más que el deseo de seguir intentando hacer las cosas por “el camino correcto”.*

*Zambrano sabía que no era el único en esas circunstancias, así que encontrar a otros que estaban en una situación parecida no fue difícil, ni tomó tanto tiempo. El plan inicial consistía en amedrentar a los oficiales para recuperar la mercancía y el dinero*

*decomisado que, en justa lid, les pertenecía. Sin embargo, la mala combinación de circunstancias, en la que una de las partes intentaba por primera vez ejercer justicia por mano propia, mientras que la otra venía de una tradición de abuso de autoridad, generó consecuencias inesperadas. Zambrano no quería matar a nadie, pero cuando uno de los soldados capturados osó gritar el nombre de su prometida, diciéndole que la iba a encontrar, hizo que este no dudara en meterle un tiro en la frente sin titubeo alguno. Después de recuperar lo que era suyo y devolver lo que había sido de sus aliados, Zambrano se volvió un referente en su pueblo. Lejos de ser un bandolero, era alguien a quien la gente le pedía ayuda. A diferencia de los representantes del gobierno, Zambrano era percibido como un hombre justo.*

*Los rumores sobre su autoridad y reputación llegaron a oídos del gobierno central. Una misiva enviada desde la capital mencionaba que tenía una orden de captura y que una división del ejército había sido enviada para arrestarlo a él y a sus primos con el fin de ser juzgados por asesinato y hurto a propiedad del Estado. Tras leerla, Zambrano pasó días en vela. Sus amigos le decían que se escondiera, pero se había vuelto un personaje tan público en su comunidad y en los alrededores que sabía que, eventualmente, lo iban a encontrar. Después de sopesar a fondo sus posibilidades, optó por hacerles frente. No sabía cómo enfrentar a una división militar. Sin embargo, y teniendo como único armamento los fusiles de los soldados que había asesinado, sabía que estaba en clara desventaja. Gabriel Zambrano tenía miedo, pero no estaba dispuesto a claudicar ante quienes habían normalizado un abuso deliberado contra su gente. Sabía que el enfrentamiento que se avecinaba no se trataba únicamente de ser capturado o no, sino de impedir que, una vez más, los conservadores volvieran a hacer de las suyas en el pueblo costero donde él había logrado mantener las cosas en orden.*

*La mañana en que supuestamente iba a ser aprehendido, le llamó la atención la llegada de una brigada militar que lo buscaba. Sin embargo, no eran los conservadores. El comandante Vargas, uno de los principales lugartenientes de Alfaro y oriundo de las provincia de Esmeraldas, lo buscaba expresamente a él, diciéndole que ponía a sus hombres a su disposición para protegerlo. Zambrano no tenía idea de quién era Vargas. Algo había escuchado sobre él y su liderazgo dentro del Partido Liberal. Dentro de este apoyo sorpresivo, Zambrano conoció también a quien sería su comandante en jefe: el teniente Rafael Osorio. Si bien era algo más joven que él, Osorio tenía una carrera militar consolidada dentro del ejército liberal, debido a la cercanía que poseía con Vargas. Había estudiado medicina un tiempo en la capital. No*

*obstante, las condiciones sociopolíticas del país lo apremiaron a volver al lugar donde, según sus propias palabras, necesitaba estar.*

*Derrotar a la compañía que buscaba apresar a Zambrano fue sencillo. Los hombres de Vargas emboscaron a las fuerzas conservadoras en la madrugada, poco antes de que llegaran a su pueblo. No hubo sobrevivientes. Era importante —decía Vargas— que los serranos pensaran dos veces antes de volver a enviar soldados a la costa. Tras haber enterrado los cuerpos y tomado el armamento de la compañía conservadora, Vargas personalmente le pidió a Zambrano que se uniera al ejército liberal, conocido más comúnmente como las montoneras.*

*—Estamos reuniendo fuerzas para declararnos en rebeldía —dijo Vargas — y, posteriormente, tomarnos el gobierno. Los abusos que tú y tu familia han vivido los siguen viviendo muchos. Necesitamos personas como tú y tus primos, Gabriel. Gente sin miedo, cuyo sentido de justicia sea mayor que la ingenuidad de esperar que las cosas cambien sin hacer nada.*

*Zambrano respondió que lo iba a pensar. A los pocos días, y sin pedir permiso a nadie, se casó con su prometida. Teniendo en cuenta la naturaleza de los días venideros, se reunió con el ejército de Vargas junto con sus primos. Sabía que podía morir. Sin embargo, algo en su interior tomaba más fuerza. Para Gabriel, era inadmisibles que sus hijos, cuando los tuviese, estuvieran expuestos a esa forma de vida, y cuanto más pronto se deshiciera de esa gente, mejor.*

*Era casi un año desde que Zambrano se había unido al ejército de Alfaro y el registro de armas daba cuenta de cómo había ido creciendo la empresa de los rebeldes. El inventario incluía donaciones de aliados políticos extranjeros que luchaban por la misma causa, principalmente desde Colombia. Ahora, la situación era distinta. Esta vez estaban moviendo hombres y recursos sierra arriba. Ya no serían locales en el campo de batalla, ahora ellos serían sus enemigos. La División del Norte, el ejército encargado a Osorio por el tiempo que vivió en la capital, dependía principalmente de las fuerzas de infantería. Esto era de esperarse. Si bien el ejército contaba con armamento pesado, subirlo montaña arriba y montarlo era una pericia logística que, de solo pensarla, causaba pesadez. Por ello, no tenían intención de usar su artillería fuerte en San Miguel. Lo ideal era tomárselo de la forma que conocían. A punta de ímpetu, sorpresa y machetazos, porque las balas iban a hacer falta cuando intentasen tomar la capital. Ahora bien, lo que resultaba conocido en las ciudades que se fueron tomando de la costa, quizás no serviría en la sierra. La presencia del ejército*

*conservador es mucho más numerosa, los criados son fieles a las haciendas, había posibilidad de pactar con los indios se decía, pero de ellos también se escuchaban leyendas las cuales preferiría no alimentar al pensar que eran cuentos de las personas que no estaban acogidas en la fe.*

*Zambrano dio el último vistazo al inventario final. Tenía una guarnición de 150 jinetes y poco más de 200 soldados a pie. La división no era la más extensa de las montoneras, pero parecía tener lo necesario para hacer de San Miguel su campamento base hasta que llegara Alfaro. Tras haber tomado parte del último soldado del campamento, Zambrano fue a la carpa maestra a dar el reporte final a Osorio. Al entrar, lo encontró revisando cartas y documentos. Había un mapa de la sierra en la mesa central, donde Osorio había trazado varias líneas. No obstante, por la energía del ambiente, podía decirse que Rafael Osorio estaba leyendo reportes de inteligencia, lo cual podría implicar que lo que había hecho hasta ahora ya no sirviese de nada.*

*—Teniente —dijo Zambrano.*

*—Adelante, Zambrano, siga por favor. ¿Cómo van esas guarniciones?*

*—preguntó Osorio.*

*—Todo está listo, teniente. —respondió Zambrano— Partiremos montaña arriba al amanecer.*

*—Perfecto, le agradezco. Puede retirarse —dijo Osorio.*

*—¿Alguna noticia del poblado, señor? —preguntó Zambrano.*

*—Pues ahora que lo menciona, Zambrano, —dijo Osorio—sí hay noticias. Nuestro informante en la capital dio parte de que el sobrino del cura Arroyo ya llegó a San Miguel. Como sabrá, él fue mi compañero en la facultad de medicina. Si están enviando médicos al pueblo, quizás la prioridad de hacernos frente sea distinta de lo que hemos asumido. La estrategia que ejecutaremos será la misma. Tenemos que hacer de San Miguel nuestra base antes de tomarnos la capital, solo que sospecho que nos tomará algo más de esfuerzo. Sabremos manejarlo de la forma debida .*

*—Lo noto bastante confiado, teniente —recalcó Zambrano.*

*—Lo estoy, Zambrano. Si bien la gente de San Miguel son aliados del régimen, no creo que el ejército se desgaste en cuidarlos. Es un pueblo de cazadores y campesinos. No son soldados, Zambrano.*

*—Señor, en teoría nuestro ejército también es de campesinos —recalcó Zambrano.*

*Osorio se quedó pensando. Zambrano tenía razón, y uno de los motivos por los cuales era uno de sus hombres de confianza era precisamente por esa capacidad de ponerle los pies en la tierra cuando era necesario.*

*—Es correcto lo que dice Zambrano—respondió Osorio con calma— Lo que quiero decir es que no son soldados profesionales como el ejército que nos espera cuando llegemos a la ciudad. Le diría incluso que intentaría persuadirlos para que se unan a nuestra causa, pero tengo entendido que no darán el brazo a torcer por su cercanía al régimen. Además, el hombre que representaba el mayor riesgo en el pueblo murió hace pocos días. Alguien lo asesinó.*

*—¿Fue uno de los nuestros?—preguntó Zambrano.*

*—Ya quisiera, Zambrano. Como bien sabe, esta es la primera ofensiva que enviamos a la sierra. Lo sabemos porque tenemos espías en la ciudad, pero ninguno de ellos tuvo que ver con este incidente. Lamentablemente, no tenemos amigos en San Miguel—dijo Osorio.*

*—¿Qué hay de su compañero de la facultad?—preguntó Zambrano.*

*—¿José? No, hombre.—dijo Osorio, tratando de alejar la idea de un posible diálogo o pacto con José y su familia— José es uno de los hijos emblema de ese pueblo. Su tío es el párroco de ahí. Ambos son profundamente conservadores. Mi relación con él está en segundo plano dadas las circunstancias. Ni él ni su tío traicionarían a los conservadores, Zambrano. Es más, no me sorprendería que fueran ellos quienes estén detrás de una posible defensa, si se diera el caso. San Miguel es su hogar, y bueno, nosotros, Zambrano, dentro de todo, seremos invasores del mismo dentro de poco*

*—¿Qué cree que pase si se lo cruza en el frente?—preguntó Zambrano.*

*—Demonios, Zambrano, qué pregunta.—dijo Osorio de forma tajante.—Si soy muy sincero, espero que eso no llegue a suceder. Puede retirarse ahora, ha hecho un gran trabajo.*

*—A sus órdenes, mi teniente—dijo Zambrano, y tras chocar sus botas en señal de saludo, se retiró de la carpa.*

\*\*\*

Era la primera vez que la junta de San Miguel se reunía por motivos bélicos. Usualmente, las reuniones se daban para organizar las festividades del pueblo. La reunión más trágica que se había dado hasta entonces fue cuando Juan Arroyo, primo de Jose, desapareció. La versión sobrenatural del relato siempre mantuvo un espacio de ambigüedad en los rumores del pueblo que con el paso del tiempo se volvieron más

folclóricos. La misma era una especie de leyenda local que todos sabían, pero de la que nadie hablaba. De hecho, el único testimonio de aquella noche fue el de José, y gran parte de su reputación giraba en torno a ser aquel niño que, por pura casualidad, sobrevivió a un asesinato.

La sesión fue convocada por Antonio después del llamado público que hizo en la misa de Daniel, tres días después de su entierro. Habría sido más delicado hacerlo a la semana. Sin embargo, recibieron reportes de que la compañía de Rafael Osorio había comenzado su ascenso hacia la sierra. La sesión se dio en el salón solemne del cabildo y fue presidida por el alcalde de San Miguel, un anciano pomposo llamado Francisco Borregales. Tenía la reputación de ser agradable al trato pero profundamente clasista. La caja torácica de este personaje bien podría haberle servido para ser tenor en algún coro, si se hubiese criado en otras circunstancias, motivo por el cual tenía buena proyección de voz, característica que lo ayudó a ganar las elecciones del pueblo. Eugenia solía mencionar que Borregales era alguien a quien le gustaba la pompa del poder, pero que no tenía olfato ni iniciativa alguna para trabajar con la gente.

—Es un viejo que quiso ser alcalde para que los nietos digan que tuvieron eso: un abuelo alcalde —decía Eugenia a sus amigos más cercanos.

Este mensaje se vio reforzado dado que, antes de realizar cualquier tipo de obra para San Miguel, Borregales había colocado una placa con su nombre en el cabildo, declarando que él, bajo los ojos de Dios, fue electo para que el poblado avanzara hacia el camino del progreso. De hecho, se rumoreaba que estaba pensando en poner un busto de sí mismo en la plaza central. La verdad es que esto iba a suceder, solo que se quedó sin fondos ante el surgimiento de la guerra civil y el desamparo completo del Estado central. Parecía que la posibilidad de una invasión era lo que Borregales siempre había esperado. En cierto sentido, esto era entendible. Después de todo, si algo iba a quedar en la historia de San Miguel, no solo sería que él fue uno de sus alcaldes, sino que fue él, Borregales, quien ostentó el cargo durante la guerra. La mesa del salón contaba con ocho sillas. Seis eran para las familias más pudientes de San Miguel, y tanto el alcalde como el párroco ocupaban las cabeceras opuestas de la misma. De las seis sillas, una era para Eugenia, otra para Ana Laura, la tercera para José, y las tres restantes pertenecían a los representantes de las familias tradicionales de San Miguel: los Ascázubi, los Chiriboga y los Yerovi. Si alguien se preguntaba por qué ocho personas estaban decidiendo el destino de todo un pueblo, precisamente eso condensaba la naturaleza de ese sitio. Las siete haciendas que lo componían daban empleo o eran propietarias de la

mayor parte de San Miguel, con excepción de aquellos que lograron hacer vida mediante la creación de algún negocio particular pero estos, no eran mayoritarios, y tampoco formaban parte de la Junta.

—Damas y caballeros —dijo Borregales— sean todos bienvenidos a esta reunión de carácter urgente, debido a la grave situación que nos acontece. Como bien saben, he extendido mi invitación a las familias tradicionales a fin de que elaboremos un plan, considerando la pronta venida del ejército nacional a nuestras tierras.

—No hay garantía de que eso pase. ¿O acaso ya les respondieron? —preguntó Eugenia.

—Puede tener la completa seguridad, señora Eugenia, de que, debido a mi excelente relación con el presidente... —farfulló Borregales, antes de ser interrumpido de forma tajante por Eugenia.

—¿Han respondido o no? —preguntó Eugenia.

—Como le mencioné... —se apresuró Borregales.

—Responda la pregunta, Borregales. ¿Sí o no? —dijo Eugenia con impaciencia y firmeza.

—Aún estamos a la espera —dijo Borregales, bajando el tono de voz.

—Gracias. Ese es precisamente el problema, y no me refiero a su falta de síntesis, Borregales. En fin... dama —dijo Eugenia, mirando a Ana Laura—, caballeros. Necesitamos un plan de defensa propio para proteger a San Miguel. Puede que el ejército venga. Ojalá que sí. Pero el hecho es que no han respondido a nuestro llamado, y nos estamos quedando sin tiempo.

—¿A qué se refiere con un plan de defensa propia, doña Eugenia? —preguntó Ascázubi.

—A que debemos actuar como si el ejército no fuese a venir, señor Ascázubi —respondió Eugenia.

Antonio sintió una gran impresión en su interior. La intuición de Eugenia era un don que él admiraba. Nadie en la mesa hubiese sabido lo que él ya conocía, así que era prioritario apoyar dado que era la persona que tenía la situación más clara en su mente.

—Creo que es fundamental que el comandante Torres esté aquí —dijo José.

—¿Quién? ¿El forastero? —preguntó Chiriboga.

—Torres no es ningún forastero —dijo Eugenia—. Es bien sabido que tiene familia fuera del matrimonio en San Miguel.

Chiriboga alzó las cejas en señal de sorpresa, buscando complicidad de miradas con alguien en la sala, situación que no encontró. Fue rápidamente increpado por Eugenia.

—Vamos, Chiriboga, deje de pretender que no conoce lo que se sabe a voces—dijo Eugenia—No tenemos tiempo para eso. Subir de la costa a San Miguel toma alrededor de dos semanas. Si esa compañía ya partió, y teniendo en cuenta que son más, quizás estén aquí en tres, si somos optimistas. Realmente estamos con el tiempo muy justo.

—Quizás en ese tiempo el ejército ya responda y venga —dijo Yerovi.

—O quizás no —dijo finalmente Antonio—. Si viene y estamos listos, la posibilidad de derrotarlos aumenta. Si no viene, podremos frenarlos por un tiempo, quizás el suficiente para que sopesen ir por otra ruta y dejen de ser un problema para nosotros.

—Torres es un militar experimentado. —dijo José—Debemos contar con él para armar una estrategia. Tenemos suerte de que haya aparecido después de la muerte de don Daniel.

—¿Qué es lo que tienen en mente, precisamente, entonces? —preguntó Ascázubi.

—Vamos a necesitar hombres, armas y recursos para ejecutar este plan de defensa, Jorge —dijo Antonio—, y para ello necesitamos la ayuda de todos ustedes.

—Insisto, caballeros —dijo Borregales— nos estamos adelantando de forma apresurada e innecesaria frente a esta situación. El ejército vendrá a cuidar San Miguel porque estamos alineados con el presidente. Yo mismo he mandado las cartas, y no está por demás recordarles mi relación con él...

—Sinceramente, Antonio, ¿qué hace este hombre aquí? —dijo Eugenia, indignada, refiriéndose a Borregales.

—La policía está a cargo suyo, Eugenia, —respondió Antonio —y vamos a necesitar a todo hombre posible si no queremos dejarnos tomar por los liberales.

Eugenia torció los labios en señal de desaprobación. Sin embargo, sabía que Antonio tenía razón. La policía de San Miguel era el personal armado mejor capacitado en el pueblo. El resto eran cazadores. Ante ello, Eugenia optó por ser más astuta frente al comentario de Antonio.

—Señor alcalde, —dijo Eugenia con un tono de gentileza—¿no le parece que si usted tiene una milicia de San Miguel ordenada para cuando llegue el ejército nacional,

su liderazgo no será reconocido sólo a nivel político, sino también militar? Quién sabe, y su forma de ser un líder para nosotros no se vuelve un ejemplo para las demás ciudades y pueblos que no buscan alinearse con la revolución. El pueblo está con los conservadores dirán. Miren lo que ha pasado en San Miguel con Borregales. ¿No le gustaría ser recordado de esa manera de ahora en más? Porque le comento, señor alcalde, si usted busca entrar en la historia, este es el momento de hacerlo.

Borregales se sobó el bigote de forma pausada. La sala estaba en silencio, y acto seguido hizo llamar a uno de los guardias del cabildo.

—Traiga al coronel Torres, soldado —dijo Borregales.

—Enseguida, señor —respondió el soldado.

—Mmmm... creo que tienes razón, Eugenia. —dijo Borregales— No podemos solo esperar a que lleguen y no hayamos hecho nada. ¿Qué van a pensar de nosotros entonces?

Ana Laura miró de reojo a José, tratando de aguantarse la risa. Le parecía impresionante cómo, en la mente de Borregales, en lugar de hacer un plan de defensa para su pueblo porque era necesario, optaba por hacerlo para no quedar mal frente a autoridades de mayor rango. A su vez, José se dio cuenta de lo astuta y sagaz que era Eugenia.

—En efecto, señor alcalde. ¿Qué vamos a hacer para que no nos vean mal? ¿Qué cree que podamos hacer al respecto? —preguntó Eugenia.

—Bueno, tenemos algo de armamento de reserva en el cabildo, junto al armamento de la policía —dijo Borregales.

—Los hacendados también poseen armas, señor alcalde. Las usan para la cacería de forma cotidiana —dijo Ana Laura.

—Eso es cierto, señorita —respondió Borregales—. Bueno, señores Arroyo, Ascázubi, Chiriboga y Yerovi, ¿qué piensan de esto? ¿Están dispuestos a ayudarnos con sus hombres para poder cuidar sus haciendas y al poblado de San Miguel?

—Ese es el tema por el cual he venido a ayudar a mi tío —dijo José

Ascázubi pensaba. Chiriboga y Yerovi estaban asustados.

—Torres es un militar retirado, si mal no recuerdo. —dijo Ascázubi—. En tanto él tenga injerencia en el desarrollo del plan final, yo estoy de acuerdo

—¿Este ejército que se viene... qué es lo que quiere, precisamente? —preguntó Chiriboga.

—Tomarse San Miguel, Clemente —dijo Eugenia—. Si vienen, usted se queda sin su hacienda y su propiedad. Si lo encuentran y convencen a sus criados, quizás ellos mismos sean quienes lo arrastren y lo cuelguen. ¿No ha escuchado las historias? El objetivo de los liberales es deshacerse de personas como tú Clemente. Por eso necesitamos tu ayuda.

Chiriboga se sintió acorralado. De las seis familias, era el más tacaño y avaro. Eugenia sabía que debía visibilizar el costo más alto de no invertir para que lo hiciera.

—Cuenten con nosotros también, entonces —mencionó Chiriboga, con una mezcla de escepticismo e incomodidad.

Tras haber mencionado esto, el guardia enviado por Borregales entró a la habitación, anunciando que Torres y Cabrera se encontraban en el despacho.

—Háganlos pasar, por favor —dijo Borregales.

La junta quedó en silencio mientras Torres y Cabrera entraban a la sala. En esta ocasión no llevaban los ponchos con los que habían llegado al pueblo. Estaban vestidos con el uniforme militar del ejército nacional.

—Caballeros, tomen asiento, por favor —dijo Antonio, y tras esperar que ambos se sentaran, comenzó a presentarlos—. Damas y caballeros, presento ante ustedes al coronel Torres, a quien ya conocen, y a su asistente, el cadete Cabrera.

—¿Es fundamental que él esté aquí, padre? Yo mandé a llamar solo a Torres —dijo Borregales.

—Lo es, mi estimado Francisco. Si alguna posibilidad tenemos de disuadir el embate de los liberales, será gracias a este muchacho. Cabrera es un experto en explosivos, motivo por el cual Torres lo ha traído con él —dijo Antonio.

—¿Explosivos? —preguntó Yerovi.

—Sí, dinamita y nitroglicerina, señor —respondió Cabrera.

—Yerovi, joven. Vicente Yerovi, a tus órdenes —dijo el hacendado.

Yerovi miró a Eugenia, luego a Antonio y finalmente a Borregales.

—Bien, creo que frente a esta circunstancia en particular, bastante inesperada... Coronel Torres, mis hombres quedan a vuestra disposición. Creo que se ha ganado un pequeño ejército aquí en San Miguel, estimado —dijo Yerovi.

Torres sonrió. Era la primera vez que Yerovi le dirigía la palabra, a pesar de habérselo cruzado muchas veces en San Miguel. Precisamente porque tenía la reputación de ser el más interesado y quisquilloso de los siete. De hecho, si Torres no

tuviera incidencia alguna en la protección de sus tierras, lo más probable es que Yerovi ni siquiera lo hubiese saludado, al no verlo como un igual.

—El coronel Torres me ha contado cuál es su plan para defender San Miguel —dijo Antonio—. No sé si quieres compartirlo con todos, Carlos, a fin de que estés al corriente de los nuevos apoyos que acabamos de concretar.

—Seguro, padre —respondió Torres quién tomo un respiro y optó por presentarse a fin de ganarse la confianza de quienes lo escuchaban—. Estimados, buenas tardes. Soy el coronel Carlos Torres del ejército nacional. Me encuentro en servicio activo y estoy aquí para ayudarlos a hacer frente al ataque liberal, hasta que las órdenes de mis mandos superiores autoricen el envío de unidades a San Miguel, lo cual —como ustedes me comentaron— ya se encuentra en trámite.

Torres sentía que la presentación del plan era determinante para asegurarse de tener una tropa medianamente decente con la que hacer frente a los liberales. Sabía que Ascázubi, Chiriboga y Yerovi apenas habían aceptado, y su plan debía ser la corroboración de que tomaron una decisión adecuada, al igual que Borregales. Torres continuó con su explicación.

—... El enemigo nos supera en número, pero no en capacidades bélicas. La mayor parte de las montoneras son campesinos armados, en cuyo caso, como me comentó Antonio, la gente de San Miguel estaría más preparada para hacerles frente de lo que pensamos. Adicionalmente, la artillería pesada que utilizan debe subir la montaña. Sospecho que, por esta dificultad, el primer ataque no contará con ese armamento, lo cual representa una ventaja enorme para nosotros. La estrategia que planteo es una extensión del plan de Daniel Alvarado, mezclado con el aporte del cadete aquí presente. Si esto resulta, no debemos limitarnos a repeler, sino a obligar al ejército liberal a buscar otra ruta de ingreso a la capital. Una donde San Miguel ya no corra peligro —culminó Torres.

—¿En qué consiste esto? —preguntó Borregales.

—Vamos a disparar desde los puntos altos del cañón —dijo Remigio—y cuando intenten pasar por el paso, los volamos. Aquellos que sobrevivan e intenten dirigirse al pueblo serán enfrentados por la artillería que armemos. Ese sería el último recurso. Nuestra ventaja es la altura y los explosivos.

—¿Supongo que usted va a instalar los explosivos, verdad?—dijo Ascázubi—Nadie en este pueblo sabe de eso. Fíjese que, a duras penas, hay dos médicos

—Efectivamente, señor. Por eso estoy aquí —respondió Remigio.

—Bien. ¿Qué hay de la infantería? —preguntó Chiriboga.

—Esos hombres serán la suma de la policía —dijo Torres— junto con la asistencia obligatoria de todos los mayores de edad de las haciendas. De ese modo, tendremos varios hombres para hacerles frente.

—Si el plan sale bien —dijo Remigio— una tercera parte de la primera ofensiva podrá caer abatida como resultado de los tiradores en la cordillera. Después de la explosión, gran parte de la ofensiva quedaría comprometida. El sobrante quedará a merced de los hombres de San Miguel.

—No creo que tengamos suficientes hombres —dijo Ascázubi —aun si el plan llega a funcionar como lo describe el joven

El comentario desinfló momentáneamente el entusiasmo generado por el plan de Torres y Cabrera. Sin embargo, lo que se dijo después rompió con cualquier predicción que alguien en la Junta hubiese podido especular.

—¿Quién dijo que solo van a ir hombres? —dijo Ana Laura, mirando fijamente a Ascázubi.

—Espere... ¿no pretenderá que vayan mujeres y niños a esto? Es un sinsentido —exclamó Borregales.

—No, alcalde —dijo Ana Laura con voz firme—. Nunca dije niños. Solo mujeres. Las que estén en capacidad de disparar bien. El plan del coronel Torres es bastante claro. Se necesitan tiradores a ambos lados del cañón del Arcángel. Bien, podemos reunir un grupo de varias mujeres, sumadas a los hombres, y disparar desde ahí.

—¿Usted pretende estar ahí entonces, señorita Alvarado? —dijo Ascázubi, esbozando una sonrisa irónica.

—Sí, Ascázubi. Y lo más probable es que haga un mejor trabajo que usted —dijo Eugenia, mirándolo de forma desafiante—. No he escuchado en qué parte del frente pretende estar, por cierto. ¿O acaso espera que solo los indios, los negros y ahora las mujeres pongan el pecho para que usted siga viviendo como vive?

Ascázubi estaba a punto de arremeter, cuando Antonio interrumpió la conversación de forma serena pero tajante.

—Estarán las personas que tengan que estar—dijo Antonio.

—¿Qué? ¿No estará de acuerdo con esto, padre? —mencionó Borregales.

—El ejército que se aproxima —dijo Antonio —no está compuesto tampoco solo por hombres alcalde. Es lo que sabemos por las noticias de la costa. Necesitamos la mayor cantidad de manos posibles. No podemos obligarlas a ir al frente, así que esto será voluntario, al menos para ellas. Las demás estarán en el hospital y en las divisiones de atención médica

—Entonces, no contaremos con su sobrino ni con Morales en el frente, padre—dijo Eugenia— Son los únicos médicos en San Miguel. ¿De qué nos sirven muertos? Digo...

El sentido común de Eugenia en ocasiones era demoledor e irrefutable. Efectivamente, Morales y José eran los únicos médicos aptos para hacerse cargo de los heridos luego del enfrentamiento que se avecinaba, motivo por el cual no podían estar expuestos a los peligros del frente. La revelación fue bastante potente e inusual, especialmente después de que Ana Laura manifestara su intención de estar en el frente con los tiradores.

—Eugenia, tienes razón. Yo, sin embargo, estaré en el frente en representación de los Arroyo —dijo Antonio enérgicamente—. José, tu deber es este. Por eso estás aquí, hijo mío.

—Yo no sé manejar fusiles ni armas, caballeros, —dijo Eugenia— pero estaré junto al joven José y al doctor Morales, esperando la llegada de los heridos. Mis hombres irán al frente, al igual que las mujeres que decidan unirse. Las que no, estarán conmigo dando apoyo en el hospital. Espero contar con este nivel de compromiso de ustedes también caballeros. Como se pueden dar cuenta, al menos tres familias de la Junta ya nos estamos jugando el pellejo.

—Cuatro —dijo Chiriboga—. Lo que plantean es coherente, y hay posibilidades de victoria. Los liberales quieren tomarse nuestras tierras de la misma manera que se han tomado la costa, caballeros. Esa tierra no les pertenecía, mucho menos esta, que es nuestra desde mucho antes de que hayamos nacido. ¿Vamos a dejar que entren campantes a tomarse lo que no es suyo? Yo creo que no. Cuenten con nosotros.

Borregales, al verse arrinconado y no queriendo mostrarse como un cobarde, se apresuró a intervenir apenas Chiriboga terminó su intervención.

—Cinco, caballeros. —dijo Borregales— No dudo que pronto recibiremos buenas noticias por parte de la ciudad y, bueno, la hacienda Borregales hará su parte en esta empresa por defender San Miguel, en conjunción con las fuerzas de la policía, que son funcionales a tal propósito.

Yerovi pensaba a fondo. Sentía que la estrategia era coherente, pero estaba muy idealizada.

—¿Quién estará a cargo de las divisiones de infantería en el cañón? —preguntó con calma.

Torres tomó la palabra.

—Bueno, dado que lo ideal es tener divisiones por cada lado del cañón —dijo Torres—yo estaré en una de ellas. Diría que, en términos de preparación, el oficial Bermúdez debería estar a cargo de la división del otro extremo.

—¿Quién va a cuidar al joven de los explosivos? —preguntó Eugenia.

—Una vez que los explosivos estén instalados, puedo volver al frente, señora. Yo también soy soldado —dijo Remigio.

—Error, muchacho. —dijo Eugenia—Tú no eres cualquier soldado, y mucho menos ahora, donde tu habilidad es la que ha hecho posible toda esta coordinación. Consideraría que Bermúdez y su guardia estén contigo. Si te matan, ¿luego quién va a instalar los explosivos? Hubo un silencio profundo en la sala. Nuevamente, Eugenia tenía razón.

—Entonces, yo estaré a cargo de la otra división, caballeros —dijo Antonio—. Como bien saben, el tema militar no me es ajeno, y he tenido la oportunidad de servir con Carlos anteriormente. Efectivamente, el joven Remigio no puede estar expuesto a las vicisitudes de una pelea campal. De él depende, en gran medida, cuánto tiempo podemos resistir los embates de los liberales. Dicho esto Jorge, creo que todos estamos a la expectativa de tu respuesta. Lo más importante es contar con tu aprobación declarada. Caso contrario, pues... quizás la Junta deberá tomar otras medidas contigo.

La amenaza de Antonio a Ascázubi fue clara. No obstante, generó una gran confusión debido al tono amable con la que fue dicha. Ascázubi se aclaró la garganta y finalmente se pronunció.

—Somos siete entonces. Los siete de la Junta de San Miguel —dijo Azacazubi.

—Enhorabuena, Jorge —dijo Antonio..

La presión sutil pero explícita de Antonio en la sala hizo que Borregales sintiera la necesidad de hablar, para declarar que quien tomaba las decisiones era él, aunque todos sabían que ese no era el caso.

—Damas y caballeros—dijo Borregales—parece que tenemos un consenso bastante claro respecto al plan de defensa del poblado. Considero que debe ser ejecutado en un plazo de una semana y media, a fin de que podamos limar cualquier detalle

adicional. Nuevamente, espero que el ejército haga su pronunciamiento lo antes posible. Sin más que añadir... ¡Oh, José! Tú quieres decir algo, te escuchamos.

José tomó la palabra después de haber pasado la mayor parte del tiempo callado.

—Quiero mencionar una situación que no podemos dejar pasar por alto.—dijo José— No para discutirla ahora, porque como menciona mi tío, hemos podido llegar a un acuerdo. Simplemente quería sentar el precedente de una situación. Una vez que la amenaza de los liberales sea disipada de forma apropiada, será menester y prioridad de la Junta, en conjunción con los respectivos órganos de justicia saber quién fue el responsable de la muerte de Daniel Alvarado. Su muerte es una herida que lastima la confianza de nuestro pueblo.

José sintió cómo la mano de Ana Laura lo apretaba brevemente en señal de agradecimiento por debajo de la mesa. Por un momento, la Junta quedó en silencio. El tema era incómodo, pero no por eso menos real o válido. Borregales tomó la palabra y, contrario a lo que la mayoría podría haber pensado de él, dijo algo sensato.

—Así será, joven Arroyo. Tiene mi palabra respecto a este tema desde la alcaldía. Bien, señores y damas, creo que debemos poner manos a la obra. Considero que es fundamental hacer un recuento de con cuánto personal contamos, a fin de que el coronel Torres tenga información suficiente para generar las divisiones. Por otro lado —Borregales volvió a mirar a Remigio, quien estaba haciendo lo posible por contener los nervios del rol que el pueblo había depositado en él—, joven Cabrera, creo que no está de más pedirle que no se embriague ni vaya a sitios en solitario. Como se ha podido dar cuenta, contamos con usted en gran medida.

—Descuide, alcalde, así lo haré. —dijo Remigio.

—Señor alcalde —dijo Torres— solicitamos gentilmente si podemos disponer de un grupo de exploración con hombres de Bermúdez para ir al paso del Arcángel. De ese modo, sabremos dónde situar a las tropas de forma efectiva.

—Seguro, coronel —dijo Borregales—. Podemos hacerlo en la mañana de mañana.

—Temo que eso no es posible, señor alcalde. Lo más probable es que los liberales ya hayan enviado tropas de avanzada a observar el paso. Debemos ir en la noche. No pretendo ir solo, justamente por lo que sucedió con Alvarado. Por eso necesito su ayuda —mencionó Torres.

—Cuenta con ella entonces —dijo Borregales—. San Miguel cuidará de quien, y creo que hablo por todos, parece ser el soldado clave para poder enfrentar esta situación. Joven Cabrera, noto mesura en su mirada. Espero no estar equivocado.

—En absoluto, señor —dijo Remigio.

—Bien, damas, caballeros, creo que hemos concluido por el día de hoy —dijo Borregales.

Una vez que la sesión había cerrado, los representantes de las haciendas se acercaron a saludar formalmente a Remigio. Unos con distancia, y otros con algo de confianza. Bromeaban respecto a sus habilidades en contraste con su aspecto físico. Hubo un buen sentido de fraternidad hacia el muchacho. Después de todo, el soldado experto en explosivos parecía llevar algo de esperanza al pueblo frente al pesimismo generalizado en el que vivía. Lastimosamente, y lo que nadie sabía en aquel entonces, era que esa sería la última vez que lo encontrarían con vida.



## Capítulo cuarto

### El Jinete a Medianoche

La mañana de la primera exploración del cañón del Arcángel, José tuvo la oportunidad de conversar de forma distendida con Remigio en su hogar, mientras Antonio y Torres planeaban la ruta que iban a seguir según los planos que Daniel Alvarado había dejado. La guardia personal de Remigio se encontraba en el patio de José sentados alrededor de la pila fumando y jugando cartas. José estaba en su estudio con él en una conversación donde tanto lo metódico se entrelazaba con lo personal.

—Entonces —dijo José.—si entendí bien, ¿la batería hace que los cables se pongan al rojo vivo y generen una chispa para que el explosivo detone?

—Casi, doctor Arroyo. —respondió Remigio. —El cable al rojo vivo es la chispa en sí. Imagínese, la batería permite que el cobre se caliente, y apenas entra en contacto con la pólvora y la nitroglicerina, explota.

—¿Cuánto tiempo pasa desde que se prende el cable hasta que explota? —preguntó José.

—Es inmediato —dijo Remigio.

—¿Cuáles suelen ser los errores más comunes en la instalación? —insistió José.

—Que el cable esté cortado en algún punto y no llegue hasta la punta del fusil para generar la chispa, o que el fusil esté húmedo. —explicó Remigio.— Ahí, aunque llegue la energía, no se prende. Ese es el error más común.

—¿Y qué se hace en ese caso? —preguntó José.

—Hay que cortar la punta del fusil y conectar una parte anterior del cable que esté seca. —dijo Remigio— Se necesita algo de malicia para detectarlo. Hay cables que parecen secos, pero al final... detonan o no detonan. Con la práctica uno lo va aprendiendo.

—¿Me repites cómo fue que aprendiste esto? —preguntó José.

—Bueno —dijo Remigio —siempre he sido muy curioso sobre cómo los aparatos, con algo de ingenio, tienen un efecto superior al que podemos lograr como personas. Es una mezcla entre tener sentido común y ser sensible. Uno detecta la necesidad, y piensa, seguramente hay algo más efectivo que puede hacerse. Usualmente es algo que ya existe, y uno le va dando forma.

—¿Por qué no entraste a la Politécnica, Remigio? —preguntó José.— Me enteré poco antes de venir que incluso llegaron profesores alemanes. Tienes una curiosidad propia de quien debería entender esto más a fondo. ¿Qué haces en el ejército?

—Mi padre es militar —respondió Remigio.— y bueno, como todos lo ven, físicamente no tengo una presencia fuerte como la mayoría espera. Mi papá decía que era falta de disciplina, que él y los genes de la familia me harían fuerte inevitablemente si solo me dedicara más a mi en lugar de perder el tiempo.

—¿Cuántas horas al día estudias para hacer tus inventos, Remigio? —preguntó José.

—Yo diría que antes de entrar a la academia, unas ocho, a veces más, depende de lo que tuviera en mente... —dijo Remigio.

—Pero según tu padre, lo que te falta es disciplina, muchacho... Dios mío —rió José.

—Sí, bueno, —dijo Remigio —mi papá no estaba muy a favor de que yo fuera lo que realmente quería ser. Él esperaba algo más de mi. Lo curioso es que uno no puede escapar de ser quien es, no importa dónde esté. Mi padre y el teniente Torres son amigos, y fue así que empecé en la academia. Por suerte, Torres se dio cuenta muy pronto de mi vocación por el conocimiento práctico, y como hay intentos en el ejército por tener expertos en explosivos, por eso he podido encontrar un espacio donde seguir estudiando esto más a fondo.

—Ojalá la guerra termine pronto y puedas usar tu cabeza para algo que no sea destruir, Remigio —dijo José con tono melancólico.

—Yo espero lo mismo, doctor —dijo Remigio. —Sabe que esto de los explosivos no es solo para matar gente. Creo que ese es el propósito más básico. Como le decía, es una herramienta para no estar completamente subyugados a la naturaleza. Si la usamos bien, no pesarían tanto las circunstancias, sino más bien nuestra voluntad. ¿Ha escuchado cómo piensan la vida las comunidades fuera de la capital? Es como si su decisión y voluntad no valieran nada... son como mi padre, buscan estar del lado de la naturaleza, como si fuéramos solo eso. Ahora bien, si puedo volar una montaña y eso me permite alterar el curso de un río para que llegue agua a un lugar necesario, o crear caminos entre los pueblos, ya no dependeríamos tanto de resignarnos, ¿no cree? Creo que podemos usar esto para no ser víctimas de la vida. Pero curiosamente doctor, usamos este conocimiento y este poder para ser víctimas de nosotros mismos.

José estaba impresionado por el nivel de profundidad del joven Cabrera. Quizás ese grado de reflexión era producto de haber pasado muchas horas en soledad, por suerte, cultivando aquello que despertaba su curiosidad. Una situación posible gracias a que Torres le permitió ese espacio donde, aparentemente, debía volverse menos de lo que era, y transformarse en algo más acorde a lo que la sociedad necesitaba que sea. Ojalá la guerra acabe pronto, pensó nuevamente José. Ojalá tuviéramos más espacio para pensar en cómo ayudarnos en lugar de matarnos como decía Remigio. Sin embargo, esos no eran los tiempos que les había tocado vivir.

—¿Dónde está José y el Sr Cabrera soldado? —preguntó Antonio al salir al patio central de su vivienda.

—Están en el despacho del doctor Arroyo, señor —dijo uno de los policías.

José y Remigio salieron a recibirlos en el patio posterior después de terminar con su charla.

—Veo que estas dos mentes doctas están haciendo amistad —dijo Torres al verlos acercarse.

—Qué sería de nosotros sin el conocimiento, Carlos. —comentó Antonio.—Menos mal están en nuestro bando

—Remigio me estaba explicando cómo funcionan las cargas de dinamita. —dijo José— Lo hace sonar muy sencillo. No niego que me dio curiosidad intentarlo incluso.

—Toda acción es sencilla para quien sabe prestar atención —respondió Remigio.

—A veces olvido la edad que tiene este muchacho, padre —dijo Torres con orgullo.

La guardia de Bermúdez se puso en pie. Eran seis hombres encargados de custodiar más a Remigio que al propio Torres. El cielo tenía un tono rojizo, propio del atardecer, anunciando el momento en que pronto tendrían que encender fogatas para poder verse cuando cayera la noche.

—Caballeros, el teniente Torres está al tanto de los planos esbozados por el señor Alvarado antes de su muerte —dijo Antonio, dirigiéndose a la guardia de Bermúdez—. Yo mismo se los he compartido. Él inspeccionará con ustedes los puntos donde podemos ubicar tiradores efectivos para cuando los enemigos aparezcan al subir la cordillera. Asimismo, escoltarán al joven Cabrera para que sepa en qué puntos es pertinente colocar las cargas de explosivos. La misión es exploratoria. Sin embargo, los senderos que van a recorrer son aquellos donde Daniel Alvarado fue asesinado. Así que

máxima cautela respecto a este punto. Tanto Cabrera como Torres deben volver con vida.

—Sobre todo Remigio —añadió Torres mirando fijamente a cada uno de los soldados, como si pasase revista para asegurarse de que cada guardia tuviese claro la importancia de la vida de Cabrera.

—En segundo lugar, no pueden encender ninguna antorcha. —dijo Antonio.— Es posible que haya espías liberales patrullando. No podemos revelar posiciones. Cuiden a estos hombres y, con la bendición de Dios, nos veremos a más tardar en la mañana siguiente para discutir el plan a la luz de la información que ellos puedan traer. Es responsabilidad de ustedes, caballeros, que estos hombres regresen con vida. Confiemos en que todo salga en orden. Que la bendición del Señor los acompañe.

—Antonio, agradezco mucho tus palabras. —dijo Torres.— Con toda seguridad nos veremos en la mañana sin novedad

—Que así lo disponga el Señor, mi buen amigo —respondió Antonio.

—Doctor Arroyo, he disfrutado de nuestra conversación. Gracias por su generosidad. Estoy seguro de que seguiremos aprendiendo el uno del otro —dijo Remigio.

—Yo también comparto lo que dices, Remigio —respondió José, y de forma natural y espontánea, abrazó al muchacho antes de su partida—. Ve con cuidado, y nos veremos en la mañana

Tras despedirse, la división de ocho hombres, montados en sus caballos, salió de la hacienda de los Arroyo justo cuando los criados empezaban a encender las antorchas que marcaban el inicio de la noche, mientras el cielo rojizo se iba volviendo más oscuro.

\*\*\*

Las diabladas eran fiestas que se celebraban en la serranía al inicio de año. Eran bastante populares, al menos antes de la guerra. Cada año, en San Miguel, los distintos pobladores se acercaban a la plaza central para bailar al ritmo de la banda de la policía, en medio de disfraces, aguardiente y algarabía. De hecho, los festejos de las diabladas eran tomados con mayor seriedad que el comienzo del año en sí. Se les llamaba diabladas porque en medio del baile aparecían cinco o siete personas disfrazadas de diablos, irrumpiendo en el festival para asustar a los desprevenidos o a aquellos que ya estaban pasados de copas. José y Juan sintieron mucho miedo la primera vez que los vieron, pero Antonio, en una de las fiestas, les explicó que se trataba de formas rituales

de las comunidades indígenas para demostrar que no habían sido evangelizadas completamente.

—Son personas disfrazadas que juegan con aquello que a los cristianos nos da miedo, muchachos. —les decía Antonio— No les harán daño. Al final, son personas del pueblo usando un disfraz. Vayan y jueguen, solo no se alejen mucho de nosotros.

Mencionar esa frase era bastante sencillo para un adulto. No obstante, José recordaba el tamaño de la cabeza del disfraz abriéndose paso entre la gente. Le parecía como un espectro moviéndose tratando de escoger a quién devorar primero. Juan, en cambio, parecía más tranquilo, y tras la breve explicación de su tío, se unía al baile con el resto del pueblo, formando un círculo rítmico al son de la banda.

No era la primera vez que veía a su primo en sueños. Sin embargo, en esta ocasión, el diablo se colocaba en el centro de la fiesta mientras los demás se movían alrededor, y veía cómo Juan, solo, se iba acercando al diablo al interior de la ronda. En ese momento, el sueño se volvió turbio, pues la imagen era extremadamente similar al momento en que Juan desapareció. El diablo lo miraba fijo mientras el resto de la gente empezaba a bailar como una especie de círculo ritual alrededor de ambos. El sonido que emitía el diablo era peculiar y estridente a pesar del ruido de la banda y los gritos de quienes estaban bailando en la plaza. Era como una tos grave con eco, posiblemente por la dimensión de la máscara que servía como caja de resonancia. Juan se quedaba quieto en el centro mientras el diablo le daba vueltas con su particular sonido “acha-chay, achu-chuk, acha-chay, aaaaaachu-chuk.” En medio de la algarabía José vio como el diablo empezó a alzar los brazos donde identificó tres garras en cada extremidad con una extensión descomunal acercándose a su primo, quien ya no bailaba solo se queda inmóvil en el centro del círculo. José al darse cuenta que eso ya no era un danzante sino otra cosa corrió a socorrerlo, y venciendo su miedo, entró al centro de la ronda a espaldas del diablo para sacar a su primo. Sin embargo, al estar casi cerca de darle la mano a Juan, el diablo se dio la vuelta y lo miró de frente haciendo que este se despertara con una sensación de pánico y mal presagio en medio de la madrugada. Al despertar, para sorpresa suya escuchó que varias personas en la hacienda estaban despiertas e inquietas. Poco después, Lourdes entró a su cuarto repentinamente con un candelabro en mano.

—¡Patrón! ¡Se escuchan tiros en la montaña! —dijo Lourdes.

—¡Carajo! —exclamó José.—. ¿Ya le avisó a mi tío?

—No le encuentro al patrón. —respondió Lourdes.

Mientras José se ponía los pantalones podía escuchar los disparos a lo lejos, en la cordillera. Son los liberales, se dijo, seguro emboscaron a Torres y Cabrera, y ahora iban a meterse en San Miguel. No había un plan claro para ese escenario, pero recordaba que, tras la discusión en la junta, lo fundamental era juntarse en la plaza central. Seguramente Antonio se había adelantado. Después de todo, él era responsable de cuidar la iglesia. Tras vestirse, José tomó su fusil y salió al patio central de su casa. Allí, un grupo numeroso de sus criados estaba armado y listo, bajo el mando de Ángel.

—Patrón, buenas noches. Estamos listos para lo que usted disponga —dijo Ángel.

—¿Has visto a mi tío? —preguntó José.

—No, quizás está en la iglesia patrón —respondió Ángel.

—¡Andando! —ordenó José— no debemos dejarlo solo.

José se subió a uno de sus caballos y tras un chiflido de Ángel una decena de hombres armados a caballo partieron en dirección a la plaza central de San Miguel. En el camino, José vio cómo varios pobladores se alistaban, encendían antorchas y se aglutinaban en la plaza. Los tiros no cesaban de sonar en las montañas. Al llegar, había unos cuarenta jinetes y una veintena de personas. Todos estaban confundidos, sin saber qué hacer, pero reunidos y preparados en el centro de la plaza. El alcalde Borregales salió en pijama, escoltado por la guardia de la policía. Bermúdez llevaba el uniforme desacomodado pero el fusil preparado.

—¿Qué es lo que está pasando?—preguntó Borregales, lleno de miedo pero atento a la llegada de Arroyo.

—Escuchamos los tiros en la montaña, alcalde. Vine con los hombres que logré reunir a esta hora tan pronto como pude —respondió José— ¿Ha sabido algo de mi tío?

—Lo que menciona Pepe, señor alcalde. —dijo Bermúdez.— Tenemos que estar listos. Póngase a buen recaudo y déjeme organizar esto

—Haga lo que tenga que hacer, Bermúdez. Confío en usted. —dijo Borregales—

Poco después, llegaron a la plaza Ana Laura y Alonso junto a sus hombres. A la par, también arribaron los criados de Yeroví, Chiriboga y Ascazubí. La plaza pronto se llenó. La milicia compuesta por campesinos y hacendados estaba lista para tomar acción tras escuchar los disparos en medio de la noche. Bermúdez comenzó a poner orden a la multitud apoyado en las tropas de la policía, dividiéndolos según la hacienda a la que pertenecían. Desde su caballo, se ubicó en el centro de la plaza y se dirigió a todos los presentes:

—¡Caballeros! —dijo Bermúdez.—Como bien saben, hemos escuchado tiros en la montaña. Presumimos que los liberales han emboscado a la misión de exploración que enviamos esta noche y pueden llegar en cualquier momento. Antes de dar disposiciones sobre cómo nos vamos a organizar, les pido que acaten las instrucciones de mis hombres en cada una de sus respectivas divisiones. No está de más decir que agradezco su compromiso con la defensa de este pueblo en esta noche. Con los hombres de Bermudez dispersos en cada una de las milicias de cada hacienda, el improvisado ejército se dispuso a esperar órdenes para recibir el aparente ataque de los liberales. Pero este no sucedió.

De repente en medio de la expectativa se empezaron a escuchar cascos a lo lejos que se iban acercando, pero los mismos correspondían solamente a un caballo. Todos comenzaron a rastrillar sus fusiles y a estar atentos al sonido que cada vez se volvía más cercano. En ese momento, el alcalde Borregales desde su balcón en el cabildo alcanzó a ver un caballo negro montado por alguien que llevaba una capa del mismo color. Eran dos hombres en el mismo animal. El segundo, con un poncho rojo, se sujetaba con un solo brazo al caballo.

—¡Entrada este, Bermúdez! ¡Entrada este! —gritó Borregales.

Conforme el animal se acercaba, pudo distinguir quiénes estaban sobre el caballo y gritó a viva voz apenas los reconoció:

—¡Es el cura Arroyo con Torres!

José miró hacia la entrada de la plaza, completamente confundido, cuando Madero entró en medio de la plaza, dirigiéndose a Bermúdez quién se encontraba en el centro rodeado por la milicia que tampoco terminaba de entender que estaba sucediendo.

—¡Médico! ¡Necesitamos un médico! —gritó Antonio.

José se acercó al centro de la plaza. Se bajó de su caballo y corrió hacia Madero. Tan pronto se detuvo, Antonio descendió del caballo y, junto con José, lograron bajar con cuidado a Torres, quien tenía el brazo fuera de su posición normal.

—Parece que solo es una dislocación. —dijo José. — Pero qué fue lo que pasó? Tío estás bien? Descuide, teniente, para mañana estará bien.

—No es por mí que deben preocuparse. —dijo Torres mientras lo bajaban con cuidado—. De no ser por su tío, habría corrido con la misma suerte que el resto. José se percató de que la última vez que vio a Carlos Torres salir de su hacienda fue junto con siete hombres, incluido Remigio.

—¿Dónde está Remigio? —preguntó José.

—Nadie de la compañía sobrevivió —dijo Antonio .

Bermúdez y un grupo de sus hombres se acercaron para ayudar a Torres.

—¿Qué fue lo que sucedió, padre? —preguntó Bermúdez.

—Escuché los tiros en la madrugada y partí con Madero en busca de la compañía. —respondió Antonio— Sabía bien los puntos donde iban a estar, pero para cuando llegué, ya era tarde. Apenas pude encontrar a Carlos huyendo de la emboscada y lo traje hasta aquí tan rápido como pude.

—¿Los liberales están aquí entonces? —dijo Bermúdez. —Señor, debo poner a los hombres a punto

—Espere —interrumpió Torres —Esto no fue una emboscada. Me van a creer loco después de que se los cuente, pero eso que nos atacó en el monte... no parecía ser humano.

\*\*\*

Había cuatro cadáveres despedazados en la morgue. A tres les faltaba la cabeza. Todo el cuerpo policial y la Junta de San Miguel sentían pánico al ver los cuerpos. Trataban de racionalizar lo ocurrido, pero ninguna explicación parecía suficiente. Era como si la realidad se impusiera a la razón, y cualquier justificación era incompleta. La Junta se encontraba reunida dentro de la morgue de San Miguel, junto con Bermúdez, en la misma habitación donde José había examinado a Daniel Alvarado. El doctor Morales había ingresado a la sala. Era demasiado pronto para tener un diagnóstico oficial de los muertos, además de que eran demasiados fallecidos para procesar en tan poco tiempo. Varios miembros de la policía, dirigidos por Bermúdez y acompañados por Antonio y Torres, habían encontrado los cuerpos al día siguiente. El silencio en la sala era sepulcral. Borregales mandó a llamar a los miembros de la Junta. La primera en hablar fue Eugenia:

—Coronel Torres, ¿nos puede contar qué pasó, por favor? —dijo con un tono cargado de un profundo temor tratando de mantener la compostura.

Torres aún tenía el brazo herido por la dislocación sufrida durante la huida. Se había caído del caballo, pero José lo había recolocado hace poco. Torres respiró despacio y comenzó su relato:

—Al anoecer fuimos a los puntos que había esbozado Alvarado y que discutí con el cura Arroyo. El objetivo era identificar con claridad dónde ubicar a los tiradores y dónde colocar los explosivos. Atravesamos el paso del Arcángel, y Remigio

determinó el lugar más adecuado para poner las cargas de dinamita. Tengo los registros anotados. Luego de eso, fuimos con la guardia a las montañas del lado izquierdo, y pude identificar y marcar sin problema los lugares más óptimos para ubicar a los tiradores. Todo iba con relativa calma. El problema surgió cuando bajamos de nuevo al paso del Arcángel. Uno de los policías nos pidió que lo esperáramos porque iba a orinar, y se metió en los arbustos de la ensenada para tener privacidad. Tras tomarse demasiado tiempo, dos de sus compañeros fueron a buscarlo. Mientras los cinco que quedábamos comenzábamos a inquietarnos por su tardanza. Luego escuchamos una bandada de pájaros cruzando el cañón en medio de la noche, lo cual es inusual.

—¿Es este detalle relevante, Torres? —interrumpió Eugenia.

—No lo sé, señora. —respondió Torres.— Solo sé que los pájaros no vuelan de noche, y estoy seguro de que vi decenas de ellos sobrevolándonos antes de ser atacados.

El detalle generó un estremecimiento agudo en José. Él también había visto pájaros volar de noche... los vio el día que su primo desapareció.

—¿Cómo fue el ataque? —preguntó Eugenia.

—Es difícil recordarlo. —respondió Torres. —Uno de los cabos de la guardia volvió sujetándose el cuello con la mano llena de sangre. Apenas logró alcanzarnos balbuceo “corran” mientras se ahogaba. Murió poco después. Los pájaros que nos sobrevolaron empezaron a graznar y a volar en círculos sobre nosotros. Le dije a Remigio que subiera rápido a mi caballo, y comenzamos a galopar a paso firme en dirección al pueblo, junto con los otros tres cabos. El otro cabo nunca volvió.

—¿Qué diablos pasó teniente? —preguntó Remigio mientras iban galopando fuera del cañón.

—Es una emboscada. —respondió Torres.— El desgraciado seguro fue macheteado. He escuchado historias de que la gente de la costa hace cosas así...

Mientras nos alejábamos del lugar, los tres cabos comenzaron a abrir fuego contra algo que nos estaba persiguiendo. No me detuve a ver qué era, estaba con Remigio y su seguridad era prioridad. El intercambio de balas fue decreciendo. Primero eran ráfagas, luego disparos esporádicos, ya al final se escuchaba un solo fusil. Cuando los disparos cesaron, no paramos a verificar qué había sucedido. Lo más probable era que hubieran sido eliminados por los atacantes, y teníamos que llegar rápido al pueblo. Estábamos cerca de salir del cañón pensando que habíamos conseguido huir, cuando de

repente sentí como un manotazo golpeó el costado al caballo logrando que ambos nos fuéramos de cara al suelo.

—¿A qué se refiere con manotazo? —preguntó Eugenia.

—Las patas traseras del caballo se fueron de golpe hacia un lado. No es común que un animal tenga ese tipo de desequilibrio —respondió Torres. —Al caer al suelo fue cuando me disloqué el brazo, motivo por el cual no estaba en capacidad de usar mi fusil. Cuando me reincorporé, el animal estaba tirado a un costado, sin poder levantarse, y no lograba encontrar a Remigio por ninguna parte.

—¡Remigio! ¡Remigio, hombre, ¿estás ahí?! ¡Remigio, responde, carajo! —gritaba Torres en medio del cañón, sin poder mover el brazo por la dislocación y con el fusil colgado a la espalda. Ante la incertidumbre de ser atacado y sin poder encontrar al joven soldado, Torres empuñó la bayoneta de su fusil con el brazo que aún podía mover sujetándola como si fuera un puñal. Los pájaros volaban por encima del cañón, y Torres sentía que algo lo estaba observando. Sin embargo, en la oscuridad no podía distinguir si su intuición era real o era su imaginación. Estoy rodeado, pensó. Lo que no lograba entender era cómo no había rastro alguno de Remigio después de la caída. Era como si algo, en medio de la confusión del accidente, se lo hubiera llevado sin que el pobre alcanzara a decir una sola palabra. El caballo, maltrecho, comenzó a relinchar de dolor pero su quejido fue interrumpido de golpe. Se escuchó un crujir de huesos que acabó de golpe con los gemidos del animal pero Torres no alcanzaba a ver nada salvo la salida del cañón frente a él. Algo estaba ahí. No estaba muy lejos de salir del paso, así que comenzó a caminar de espaldas retrocediendo con pánico por si algo decidía atacarlo. Pensó en gritar el nombre de Remigio, sin embargo, hacerlo delataría su posición, pero ¿y si Remigio estaba ahí, y lo estaba buscando? Sin dudar por mucho y arriesgándose, Torres gritó con todas sus fuerzas.

—¡Remigio!

No hubo respuesta, y poco después ocurrió lo que más temía. Alguien lo había escuchado y ahora se acercaba a él montado en un caballo, cuyo galope se hacía cada vez más cercano. Tenía que correr y esconderse.

—Entonces sí fue una emboscada, teniente Torres —dijo Eugenia.

—Es lo más seguro, pero la forma del ataque es poco común —respondió Antonio.

—Pero nos acaba de decir que un jinete fue a darle caza después de haber delatado su posición—insistió Eugenia.

—Sí Eugenia. —dijo Antonio. —Pero ese jinete era yo.

Antonio desde su caballo se dirigió al cañón cuando escuchó la primera ráfaga de tiros. Sospechó que alguien pasó información a los enemigos y que intentaban asesinar a Remigio. Recordó los planos discutidos previamente. Sabía con precisión dónde iba a estar su compañero lo cual podía representar una ventaja. Con prisa, subió a las faldas del cañón para intentar divisar desde allí la ubicación de la compañía. No obstante, al llegar, la escena fue macabra. Se encontró con varios cuerpos inertes a lo largo del recorrido, varios de ellos descabezados. Los cuerpos estaban frescos, así que quien fuese el autor aún estaba allí con él en el canal. Avanzó con cautela mientras una bandada de pájaros cruzaba el cielo. Fue entonces cuando lo encontró. Remigio estaba tendido a un costado del canal. Tenía los ojos abiertos y el cuello cortado de un solo tajo. Quien lo haya asesinado fue rápido, porque el cuerpo aún conservaba la expresión de pánico en la mirada. Antonio levantó la cabeza del cuerpo por unos momentos, cuando de repente escuchó que los gemidos de un caballo maltrecho en el canal cesaban de golpe. El asesino no estaba lejos. Acto seguido, corrió hacia Madero dispuesto a perderse en la montaña, cuando de repente escuchó un grito:

—¡Remigio!

El muy idiota de Torres había delatado su posición, pensó. Si él no lo alcanzaba a tiempo, el asesino lo haría. Sin dudarlo, se dispuso a correr con su caballo por el cañón para alcanzarlo con vida. Mientras iba tomando velocidad, sentía que algo más se encontraba dentro del cañón con la intención de alcanzar a su amigo antes que él. Torres, en pleno estado de pánico y desesperación, se puso a correr fuera del cañón.

—¡Emilio! —gritó Antonio.

Torres no pudo estar más agradecido de escuchar su nombre. Poco después el galope lo alcanzó y subió a Madero con la ayuda de Antonio.

—Remigio, padre... hay que ir por Remigio —dijo Torres, jadeando por el cansancio y la desesperación.

—Remigio está muerto, hombre. Lo acabo de ver tirado en el cañón. Y si no nos vamos pronto, seremos los siguientes, Emilio —respondió Antonio, mientras galopaba fuera del paso con la clara sensación de que lo que había asesinado a la compañía estaba cada vez más cerca de ellos.

—No puede ser... el muchacho... no... —dijo Torres, en una mezcla de pánico y llanto.

—Te contaré lo que vi cuando estemos a salvo, hombre. —dijo Antonio.— Ahora no te sueltes de mí, que Madero se sacude fuerte cuando va en velocidad .

El caballo partió a toda velocidad hacia el centro de San Miguel. Conforme se iban acercando, escuchaban cómo varios jinetes se incorporaban en el centro, preparados para un posible ataque. Escuchar a los hombres reunirse en la madrugada fue dando algo de calma a Antonio debido a que ya no estaba solo. Si lo que los perseguía era una avanzada enemiga, a estas alturas debía darse cuenta de que enfrentaba un pequeño ejército medianamente organizado. Al entrar a la plaza, pudo corroborar que así era. Vio a los hombres de las siete casas dando parte a las fuerzas de la policía. Vio a José acercarse apenas escuchó que pedían por un médico, convencido de que el estado de Torres podía ser mucho más grave de lo que realmente era. Ambos estaban a salvo.

—¿Cuántos en San Miguel sabían que Remigio era un experto en explosivos? —preguntó Eugenia en voz alta.

—Es difícil saberlo. —respondió Torres. — Como verá, para convencer al pueblo de que él era la persona indicada para organizar la defensa, tuve que ser bastante público respecto a sus habilidades.

—Bueno, un poco más de discreción no hubiese venido mal.—dijo Eugenia.— Casi se muere por no saber mantener la medida, y ahora no tenemos al soldado que sabía cómo ponernos en ventaja contra los liberales.

—Con todo respeto, doña Eugenia —respondió Torres.— y hablo incluso por usted ¿quién hubiera dado dos pesos por Remigio sin haber dicho nada sobre sus habilidades? ¿Iban a confiar en él porque sí? Ustedes en San Miguel no confían en nadie. Y, aparte, por el prejuicio que tienen, nadie vio a Remigio como lo que realmente era. Entonces, disculpe usted, pero decirlo sirvió de algo.

—¡Insolente! —exclamó Eugenia.

—¡Eugenia, basta! —intervino Antonio—. Torres tiene razón. El pueblo no es fácil. No haber dicho nada no resolvía la situación. Debemos pensar cómo vamos a defendernos ahora que Remigio está muerto. Eso es lo que nos debe ocupar.

La sala quedó en silencio. La tensión de tener los cadáveres frente a ellos, la pérdida de Remigio y la posible llegada de los liberales a los bordes de San Miguel era extenuante.

—¿Qué es lo que vamos a hacer ahora, entonces? —preguntó Eugenia, con un tono más controlado, intentando dominar su estado de ánimo.

—El plan debe ser el mismo, señora —respondió Torres.

—Pero... ¿y los explosivos? —insistió Eugenia.

—Bueno, después de haber estado tanto tiempo con Remigio y haber recibido algo de entrenamiento básico, creo que puedo hacer la instalación. —dijo Torres— Por suerte, no estoy herido de forma seria... ¿o no, doctor Arroyo?

—En absoluto —respondió José.

—¿Y qué hay de los muertos? —preguntó Eugenia.

—Hay que echarle la culpa a los liberales —dijo Antonio.

—Pues evidentemente lo hicieron ellos —dijo Eugenia—. Entiendo que, por el susto del ataque en la oscuridad, el coronel y usted hayan creído ver cosas, pero me parece más razonable pensar que esto lo hicieron personas. ¿Quién más, si no? ¿No dicen eso las leyendas de las montoneras? Que la gente de la costa ataca en emboscadas y, a filo de machete, despedaza a quien se les enfrenta. ¿Que su moralidad está lejos de las buenas costumbres del Señor? Caballeros, no hay muchas vueltas que darle a ese asunto.

—Los puestos de tiro y de carga están asignados. —dijo Torres—. Pude hacerlo solo de un lado del canal, pero por emulación repetiré lo mismo en el otro. No podemos arriesgarnos a salir en la noche. Creo que están esperando que lo hagamos. Seré yo quien ponga las cargas. Lo haré apenas cuente con su aprobación.

La tensión en la sala iba disminuyendo poco a poco. Dentro de la trágica situación, aún había un plan que podía ejecutarse pese a los percances ocurridos la noche anterior. Enviar misiones aisladas solo significaba exponerlos a la muerte, por lo que debían actuar pronto, sin tanta premeditación. En ese momento, uno de los policías entró a la sala y entregó un pequeño papel a Bermúdez. Este lo desenrolló, lo leyó, y su rostro se tensó.

—¿Qué sucede, oficial? —preguntó Antonio.

—Es un reporte de inteligencia, padre —dijo Bermúdez—. Los liberales están a dos días de llegar a San Miguel.

—Eso sin contar a los que nos atacaron ayer —añadió Antonio—. Carlos, entiendo que por el miedo viste cosas difíciles de comprender, pero en relación con lo que acaba de exponer Eugenia, y dado que yo estuve allí contigo, creo que es sensato sospechar que fuimos víctimas de una emboscada. Más aún porque las tropas liberales están mucho más cerca de lo que pensábamos. Es razonable pensar que fueron ellos. Lo adecuado, considero, es que procedamos con el plan. Sugiero que hoy instalemos las cargas en cuanto te sea posible.

—De acuerdo, padre —respondió Torres.

—Teniente Torres —dijo Eugenia.

—Señora —respondió Torres.

—Sepa disculparme por haberlo insultado. —dijo Eugenia—Yo, al igual que usted, estoy preocupada. Hay alguien que nos está matando y moviendo fuerzas para deshacerse de nosotros. Confío plenamente en su capacidad para dirigirnos, sabiendo que es su misma familia está en juego.

—Descuide, señora. Yo vine precisamente para defender al pueblo por ellos. —respondió Torres.

Las narraciones acordadas por los miembros de la Junta eran coherentes, y las decisiones, racionales. —pensó José— Sin embargo, había un detalle que lo acongojaba de forma recurrente. Era posible que un grupo de liberales estuviese atacando en las montañas para infundir miedo y desarticular al pueblo antes de la llegada del ejército. De hecho, era lo más probable. No obstante, ¿cómo se explica el hecho de que haya pájaros volando en la noche cuando ocurren estas situaciones? Y más aún... ¿por qué aparecieron también cuando desapareció Juan?



## Capítulo quinto

### El asalto del Arcángel

La noche anterior al ataque de los liberales fue una de las más torrenciales en San Miguel. La madrugada en que la milicia partió hacia sus posiciones olía a lluvia por doquier. José estaba extremadamente ansioso. No solo tenía en mente la presión del enfrentamiento inminente con los liberales, sino que la imagen del cadáver de Remigio volvía con frecuencia a su memoria. La naturaleza no puede ser tan malintencionada, se decía. No puede existir tanta mala suerte. Alguien lo hizo, pero ¿quién? Las heridas eran las mismas que las de Daniel Alvarado, zarpazos en la garganta, como los de una fiera. ¿Qué humano es capaz de hacer eso? Y al mismo tiempo, ¿qué animal tiene el nivel de astucia y premeditación para escoger a sus víctimas con tanto tino? Las víctimas eran piezas clave para que San Miguel pudiera defenderse, eso a sus ojos no podía ser una coincidencia, pensaba. Los espías locales habían reportado que el campamento de los liberales estaba a pocos kilómetros de la entrada del paso del Arcángel. El sitio era bastante irregular, pero se encontraban en una ensenada desde la cual subirían montaña arriba al amanecer.

José salió armado de la iglesia en medio de la madrugada junto a Ángel y su tío, quien vestía el hábito de cura completamente negro, con el cuello blanco. La plaza estaba llena de los hombres de la milicia de San Miguel, y Torres se encontraba al otro lado con toda la guardia de la policía. Los tres caminaron hasta el centro de la plaza, donde estaban reunidos los dirigentes de la Junta: Chiriboga, Ascazubi, Yeroví, Borregales, Alonso y Ana Laura. Eugenia también se encontraba allí junto con sus hombres, aunque ella no estaba armada. Llevaba un chal vino que le cubría los hombros y se notaba lo nerviosa que estaba porque el humo de su aliento se veía con frecuencia. José sentía una mezcla de miedo e incertidumbre. No obstante, el espíritu de determinación se percibía en el aire. No era ético flaquear.

—Tranquilo, patrón, tómese esto —dijo Ángel, quien le ofreció un té extremadamente azucarado. Él también estaba armado, llevaba el poncho que siempre usaba cuando cuidaba la hacienda, el cabello recogido en una trenza, y dos cinturones cruzados llenos de munición. Daba la impresión de que iba a una reunión formal.

—Pero qué elegante estás, Ángel —dijo José.

—Uno siempre debe estar bien vestido cuando se trata de la muerte, patrón —respondió Ángel con una sonrisa.

El susurro presente en la plaza iba cesando entre todos los hombres presentes. Se sentía la tensión de lo que estaba por suceder. La mayor parte de los niños y ancianos de San Miguel se encontraban resguardados. Adaptaron las habitaciones del clero y algunas celdas del cabildo para dar cabida a la mayor cantidad posible de refugiados. Torres camino al centro de la plaza central e iluminó con su antorcha a cada uno de los jefes de la Junta, como si estuviera pasando revista. Dentro de la milicia de San Miguel, si bien la mayoría eran hombres, había varias mujeres vestidas con su indumentaria de caza. Algunas llevaban pasamontañas, otras, ponchos, y dado que casi todos eran miembros de diferentes haciendas, no había uniformes, aunque sí prendas similares. Se notaba que eran personas del páramo, y que no era la primera vez que salían de caza. Sin embargo, esta situación era diferente.

—Necesito que las mujeres vayan a ambas puntas del paso —dijo Torres—. Tendrán la ventaja de la altura. Los varones estaremos en la parte baja, divididos en dos batallones para no dejar que los costeños pasen del canal. Como saben, vamos a dinamitar la primera avanzada. La altura es nuestra mayor ventaja, así como los explosivos que ya instalé. El objetivo es ganar tiempo hasta que llegue el ejército.

Cuando Torres mencionó esto, José dejó de sostenerle la mirada. De forma inmediata, y con un gesto sutil, se percató de que Ana Laura también lo estaba observando en ese mismo momento. La sensación de verse así era similar a cuando ella le mentía a su padre. José dio a entender implícitamente a sus amigos que Torres no decía la verdad. Sin embargo, no era una mentira traicionera, sino una de esas que buscan generar ilusión para no enfrentar la magnitud de lo que podía ocurrir. José miró su fusil, lo cargó y sintió que iba a ser un día bastante, bastante largo.

—Caballeros —dijo Torres— pido que la primera división siga al padre Arroyo. La segunda estará conmigo. Manténganse cubiertos y no olviden, lo fundamental es apegarse al plan. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

Tanto el círculo inmediato de Torres que recibió las órdenes como la plaza donde estaba la milicia quedaron en un silencio sepulcral. Antes de que cualquier emoción en aquel silencio pudiera asociarse al miedo, Torres se colgó el fusil al hombro y gritó:

—¡No los escucho, carajo! ¿Alguien tiene alguna pregunta!?

—¡NO, MI CORONEL! —gritó al unísono la guardia de Bermúdez.

—¡Eso! —respondió Torres, y tras decir esto, se abrió paso hacia el centro de la plaza, donde la milicia estaba organizada por haciendas y continuó con su discurso—Caballeros y damas, que los liberales sepan hoy que el peor error de su vida fue haber venido aquí, a San Miguel. Dicen que se tomaron toda la costa. Dicen que no han perdido ninguna batalla desde entonces. ¡Pero este, este es el páramo, carajo! ¡Que sea aquí donde les falte el aire cuando ustedes no se cansen! ¡Que les zumben los oídos, que les maree la altura, y que sientan que nunca fueron bienvenidos aquí, carajo! ¡Porque nada de eso nos pasa, ni nos pasará a los que somos de acá! ¡Aquí se acaban las victorias de los costeños, aquí empieza y termina el monte para ellos! ¡De aquí no pasan, y aquí se quedan! ¿¡Me entendieron!? —exclamó Torres.

—¡SÍ, MI CORONEL! —El grito de la plaza fue tan fuerte que el caballo de Torres relinchó del susto.

—¡División derecha conmigo! ¡División derecha conmigo! —gritaba Antonio, mientras la milicia se dividía en diferentes direcciones al interior de la plaza.

José tomó su fusil, y antes de seguir a su tío por el paso, buscó entre la multitud a Alonso y Ana Laura, quienes se iban agrupando dependiendo si eran de infantería o tiradores. Cuando los encontró, los hermanos se estaban despidiendo. Ana Laura lo reconoció al instante.

—Asegúrate de darles a ellos y no a nosotros —dijo José.

—Ya quisieras tener mi puntería, José Arroyo —respondió Ana con seguridad y una sonrisa de plena confianza.

—Supongo que tenemos que resistir hasta que lleguen los soldados, ¿verdad? —dijo Alonso con cierto aire de esperanza.

José, a estas alturas, hubiese esperado que Ana le mencionara algo sobre sus sospechas, pero fue entonces cuando se dio cuenta de que incluso Alonso estaba convencido de que el ejército eventualmente iba a llegar. José miró a Ana Laura, pero lejos de increparle algo que pudiera interpretarse negativamente por Alonso, optó por desearles buena suerte.

—Pase lo que pase, manténganse con vida y vuelvan al pueblo —dijo José.

—Obvio, Pepé. Yo cuidaré de ambos desde el monte —respondió Ana Laura.

—¡Tiradores del flanco derecho, conmigo! —gritó uno de los hombres de Torres, mientras la milicia comenzaba a agruparse detrás de él. Esa era la división de Ana Laura, así que, de forma pronta y decidida, José se acercó y la abrazó antes de que ella montara su caballo.

—Si esto fracasa, vete a la iglesia—dijo José.

—¿Por qué habría de fracasar, Pepé? —respondió Ana Laura— ¿Tú mismo hiciste la estrategia con Torres, no? Ánimo, hombre. Un poco de fe.

—Yo no soy un soldado, Ana. Al menos no como tú o como tu hermano —dijo José.

—En eso sí tienes razón, Pepé. Pero, ¿quién nos va a curar si nos disparan? —dijo Ana en tono de broma—. Además, no es la primera vez que Alonso te va a cuidar, ¿o no?

—¡Calla! Que él se puede cuidar solo, ¿verdad Pepé? —dijo Alonso, y acto seguido abrazó a su hermana hasta levantarla.

—Sin miedo, hermana. Sin miedo, carajo —le dijo Alonso a Ana Laura.

—¡División de infantería izquierda, conmigo! —gritó Torres.

—Supongo que aquí nos separamos —dijo Alonso.

—Suerte, muchachos —dijo Ana Laura— Tras subirse a su caballo y alinearse con su división, los regresó a ver y, acto seguido, levantó los dedos índice y medio en forma de v, poniéndolos bajo sus ojos, haciendo mímica de que los estaría observando. Alonso se había integrado a la infantería de Torres, y José debía unirse al pelotón de su tío. En primera instancia no hubiese querido estar en el frente, pero estaría protegido por sus hombres y él debía responder en caso de que alguien necesitara atención urgente. Sus amigos y su familia iban a pelear, y no quería dejar la posibilidad de que alguien muriera, no después de lo que le pasó a Remigio. Al alejarse de Alonso y Ana Laura, José sintió un vacío desgarrador en su interior. ¿Y si no los volvía a ver? La posibilidad existía pero ahora no tenía sentido pensar en eso... o quizás, por el contrario, tenía todo el sentido del mundo hacerlo. José avanzó hacia la división de Antonio. Vio a su tío, a Ángel, y a todos los criados de su hacienda armados. Estaba con su gente. Unidos en el flanco de infantería derecha, la compañía debía contar con alrededor de cincuenta jinetes. José montó su caballo. Su tío lo miró fijamente, y él asintió, dándole a entender que estaba listo. Antonio entonces alzó su antorcha y, moviéndola de lado a lado, exclamó con la voz grave con la que daba sus sermones:

—¡Derecha conmigo! ¡Infantería derecha conmigo!

Y la marea de jinetes comenzó a moverse con él. Cuando esto sucedió, José sintió, por un breve momento, que no necesitaban al ejército conservador. Vio, al otro lado del cañón, cómo los cincuenta jinetes de Torres mantenían la formación por cuenta propia, y al alzar la vista, observó cómo los tiradores tanto de izquierda y derecha

subían montaña arriba. Ver aquel espectáculo le quitó el miedo por un instante. ¿Era posible detener a los liberales? Después de la primera sesión de la Junta de San Miguel, lo que sus ojos veían ahora lo habría considerado imposible. Sin embargo, ahora todo estaba ocurriendo. Lo único que deseaba era que esto terminara de una buena vez, y poder estar con su familia y amigos en paz mientras veía como los cuatro batallones se iban disperansado en el canal como luciérnagas en la noche.

\*\*\*

*Las montoneras eran ejércitos campesinos cuyo armamento consistía, en un inicio, en herramientas de cosecha como el machete o la hoz, además de las armas que lograban robar a las fuerzas del Estado. Eran milicias formadas por campesinos de todas las provincias de la costa, aunque también contaban con varios soldados serranos que se unían a la causa liberal. El armamento se fue volviendo cada vez más sofisticado a lo largo de la campaña, pues Alfaro, comandante en jefe del ejército liberal, en ocasiones conseguía armas provenientes de Colombia o de Cuba. Ambos países se hallaban en sus propias luchas: los primeros, al igual que los liberales ecuatorianos, contra los conservadores, y los segundos, buscando finalmente su independencia de España.*

*La ofensiva hacia San Miguel implicaba varios desafíos, entre ellos una geografía adversa. Acampar en la costa resultaba relativamente sencillo por el clima y la escasa logística que requería. Sin embargo, ascender hacia la sierra demandaba mayores recursos para evitar que los soldados enfermaran de resfriados o, peor aún, de hipotermia. Estaban ingresando en territorio hostil, por lo que toda experiencia previa sobre cómo eran los serranos resultaba valiosa. Fue por eso que Alfaro depositó su confianza en Osorio: no solo por su demostrada lealtad a la causa y su determinación para hacer lo necesario por ella, sino también por el tiempo que había pasado en la capital cuando estudió medicina y conoció a José Arroyo.*

*La Compañía del Norte —aquella que se dirigía hacia San Miguel— contaba con un amplio contingente de infantería ligera. Sus soldados eran una mezcla de cholos, montubios y negros, quienes buscaban la manera de conservar el calor ahora que se internaban en la sierra. Calentar los pies era lo más difícil, sobre todo porque la mayoría nunca había usado zapatos. Aquellos que sufrían de dolor de garganta lo apaciguaban con tragos de caña. Muchos habían amarrado un cordel a sus sombreros de paja, ya que, aunque necesitaban cubrirse del sol, el viento de los páramos había hecho que más de uno perdiera el suyo sin remedio. Fuera de esas dificultades, la*

*campana estaba lista para marchar montaña arriba. El objetivo era pactar con las comunidades indígenas y rebeldes de la cordillera. Podían ser culturalmente distintas, pero tanto para ellos como para los liberales, los conservadores eran el enemigo común.*

*El campamento consistía en carpas tendidas a lo largo de una llanura. Algunos afilaban sus machetes o bayonetas, otros conversaban a la luz de las fogatas. Zambrano caminaba entre los soldados hasta llegar a la carpa maestra, donde su superior lo había mandado a llamar. Al entrar en la tienda de Osorio, este se dirigió a él de golpe.*

*—Adelante, teniente. —dijo Osorio—Cuéntame la estrategia que vamos a ejecutar mañana.*

*—Seguro, comandante—respondió Zambrano—. La clave es tomarnos San Miguel lo más rápido posible, debido a que estamos en una geografía hostil. No podemos hacer uso de artillería pesada, así que es fundamental que utilicemos a los jinetes de forma contundente. Avanzaremos con una división de aproximadamente ciento cincuenta con el objetivo de tomar la plaza central del pueblo. Seguramente habrá tiradores en el canal, por lo que es esencial cruzarlo rápido. Inteligencia nos informó que la gente de San Miguel está esperando al ejército conservador. Si actuamos con premura, para cuando ese ejército llegue, ya estaremos posicionados con la artillería pesada. Esperamos tener pocas bajas, comandante. Tal como nos indican los espías, San Miguel es un poblado de paso sin ejército profesional. A lo sumo, si hay resistencia, no debe ser demasiada. Por eso usaremos la división más numerosa para repeler cualquier escaramuza que pudieran organizar.*

*—¿Han sabido algo de Arroyo? —preguntó Rafael.*

*—¿El cura o el médico, comandante? —respondió Zambrano.*

*—El médico, teniente —dijo Rafael.*

*—Nada, mi comandante.*

*—Bien...den ración doble a todos los soldados esta noche. —dijo Rafael— Que se acuesten temprano, porque si todo sale según lo previsto, al mediodía estaremos almorzando en San Miguel.*

*—Como disponga, comandante —respondió Zambrano.*

*Gabriel Zambrano salió de la tienda de Rafael Osorio, quien se puso a redactar una carta describiendo la acción militar que iba a tomar, dirigida a sus superiores. La tienda donde se encontraba era amarillenta y estaba iluminada por una lámpara de aceite sobre la mesa desplegable que llevaba dentro. Por un momento, Rafael recordó*

*el tiempo en que estudiaba medicina, y las veces que José lo ayudaba a repasar anatomía. Había dado la orden de capturarlo vivo. Sabía que no podía desobedecer sus órdenes, pero bajo ninguna circunstancia iba a dejar a José a su suerte. Alguna forma encontraría de mandarlo fuera del país, pensaba. Algo que podía permitirse únicamente con él. Ya lo habría hecho si no fuera tan terco el desgraciado, se decía mientras redactaba la carta. Pero así era José. Poco después de palpar su resignación, su hermana entró a la carpa.*

*—¿A qué hora salimos mañana? —preguntó Milena.*

*—Mis hombres saldrán a eso de las seis. No pueden atacar en la oscuridad con estos barrancos a los lados, sería suicida. Vamos a sorprender a los serranos, pero necesitamos luz. Tú puedes descansar todo el día, pero después de que tomemos el pueblo, seguramente te necesitaré cuidando de los heridos Milena.*

*—Yo salgo con ustedes —dijo ella, mirándolo fijamente.*

*Rafael dejó de escribir y regresó la mirada a su hermana. Ambos no solo tenían los ojos verdes, sino también la misma forma intimidante de mirarse cuando tomaban una decisión cuyo efecto solo podía compararse cuando uno de los hermanos actuaba así contra el otro.*

*—Milena, ya hablamos de esto. No me puedo concentrar si sé que estás en medio de un tiroteo, carajo. No quiero que te pase nada —dijo Rafael.*

*—Así me siento yo siempre que sales tú. Capaz y te acostumbras —respondió Milena.*

*—Es diferente... —sostuvo Rafael.*

*—¿Por qué es diferente? —preguntó Milena.*

*—¡Porque son mis hombres, Milena, y tú eres mujer, carajo! —dijo Rafael, perdiendo la paciencia y tratando de disfrazar su miedo con indignación ante la pretendida desobediencia de su hermana.*

*—En tus filas hay mujeres desde que empezó la revolución, Rafael —respondió Milena—. ¿O acaso no conoces a tu propio ejército? Suenas como un conservador cualquiera.*

*—No Milena, te quedas aquí. No necesito que me sumes más presión ahora mismo, te pido por favor —dijo Rafael, intentando mantener la calma.*

*—Siempre me has dicho que la próxima vez sí voy a estar en el frente. —dijo Milena con furia. —Yo disparo, soy fuerte, entiendo tus estrategias. Tenemos la misma sangre. No necesito tu autorización.*

—No Milena, de hecho sí la necesitas —dijo Rafael, muy serio, sosteniendo la mirada en su hermana—. Y esto lo digo no como tu hermano, lo digo como el comandante de la División del Norte

—Es solo un poblado, Rafael. Déjame ir —dijo Milena en un tono más disuasivo.

Rafael lo sopesó. En efecto, el ataque a San Miguel, para él, iba a ser poco más que una escaramuza. En medio de las decenas de jinetes que componían la compañía, Milena, a lo sumo, dispararía un par de veces, pensó. Además, si no le permitía ir ahora, le pediría estar en el frente cuando les tocara la ofensiva contra los conservadores, una situación mucho más peligrosa que la de tomarse San Miguel. Conociendo el carácter de su hermana, decidió decirle la verdad.

—La verdadera pelea será después de tomarnos San Miguel, Milena. Si te dejas estar con la compañía. Prométeme que cuando llegue ese enfrentamiento no me vas a pedir ir, porque te juro que te encierro yo mismo para que eso no pase —dijo Rafael.

—¿Por qué no lo haces de una vez ahora, entonces? —respondió Milena.

Rafael miró a su hermana de frente. Tenía el ímpetu de su padre, a quien muchas veces enfrentó cuando sentía que algo injusto había ocurrido. Había sido así desde que eran niños. Fue entonces cuando entendió que, de ganar la guerra, el no haber estado en ninguna ofensiva era algo que su hermana nunca le iba a perdonar. Milena había estado de forma incondicional en la campaña de la costa, curando enfermos, preparando comida, asegurándose de que todo marchara según lo necesario. Además, muchas integrantes del ejército liberal eran mujeres, y conociendo a Milena, bien podría ser mejor tiradora que varias de ellas. Rafael la miró fijamente y suspiró. El comandante Osorio era temido en varios sectores del país por lo fulminante que eran sus ataques y su capacidad de liderazgo, pero ahí estaba su hermana, mirándolo sin titubear, sabiendo que no tenía otra opción excepto ceder frente a ella. Bajó la mirada, suspiró y se metió la mano en la camisa, sacando una cruz de madera que llevaba puesta. Milena supo que lo había convencido.

—¿La cruz de mamá? —preguntó Milena—. Pensé que no creías en eso. Digo, con todo esto de pelear contra los curas, pensé que...

—¿Que la había arrojado? No. Seré laico, pero esto es distinto. Ayúdame a sacarla. Te la voy a dar.

—No... —dijo Milena.

—Carajo, ¿en esto también me quieres decir qué hacer? Vamos, ayúdame. Si mañana vas con la compañía, que al menos cargues el amuleto que me ha mantenido vivo hasta ahora —dijo Rafael, molesto pero decidido.

Milena ayudó a su hermano a zafar el collar de su cuello y acto seguido se lo puso en el de ella.

—Bien. No estés en el frente, ¿va? Mantente en la retaguardia. Aunque San Miguel esté lleno de pueblerinos, son conservadores convencidos y no van a dudar en dispararte. Zigzaguea, ve a un lugar donde no te puedan alcanzar y cúbrenos desde ahí. Apenas veas que los jinetes se toman el centro, ve detrás de ellos con cautela.

—Sí, mi comandante —respondió Milena, decidida.

—Bien. Ve a descansar ahora. Se viene un día largo —dijo Rafael.

Milena hizo un saludo militar y se fue de la carpa. Mientras se alejaba, Rafael sentía que había cometido un error. El presentimiento de que algo malo iba a suceder era muy fuerte. Sin embargo, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

\*\*\*

Los cuatro frentes de la milicia de San Miguel se encontraban posicionados a ambos lados del cañón. La oscuridad de la noche comenzaba a tomar tintes azules que se iban aclarando poco a poco. Olía a humedad, pero el cielo estaba tan despejado que daba claras señales de que sería un día soleado. Cuando las tropas del cañón estaban ubicadas en los costados, José vio cómo Torres se bajaba de su caballo y se acercaba al centro del cañón junto con tres soldados. Tras una extensa caminata dentro del canal, este llegó a la mitad y revisó que la instalación estuviese lista. Lo más probable era que los liberales atacaran con caballería, así que esconder las cargas no sería difícil. Lo complicado era activarlas en el momento justo. Torres se tomó su tiempo para revisar los explosivos. Antonio del otro lado observó cómo uno de los soldados regresaba con Torres a su flanco, mientras los otros dos arrastraban un cable hasta acercarse a su división, cargando una caja.

—¿Qué es esto? —preguntó Antonio cuando los soldados estaban ya cerca de su división.

—El coronel menciona que es mejor tener dos detonadores en caso de que alguno de los flancos sea atacado. —respondió el soldado.—Solo hay que aplastar la palanca para activar la carga.

Antonio miró la caja con escepticismo. Esto no se había discutido antes. Sin embargo, tenía mucho sentido lo que Torres planteaba a través de su subordinado. Al

ver que Antonio no se acercaba al soldado para tomar el detonador, José se bajó de su caballo y fue él quien lo recibió, colocándolo en el suelo. Acto seguido, el soldado, con algo de temor entregó el detonador, saludó militarmente a José, luego a Antonio, y se juntó con su compañero para volver a su flanco.

—Hijo, yo no entiendo de estas cosas, así que agradezco que tú estés pendiente de esto mientras nosotros seguimos con el plan —le dijo Antonio.

José tragó saliva y aceptó. No tenía planeado en absoluto estar a cargo de la detonación, pero al mismo tiempo sentía que si él no se hacía cargo, nadie más en su división lo haría. De repente, un silbido desde la cima de la montaña lo sacó de su lapso reflexivo. Miró hacia lo alto del cañón, donde pudo ver a las tiradoras del lado izquierdo haciendo señas. Alguien se estaba acercando.

—Es momento —dijo Antonio—. Soldados, carguen sus fusiles. Nos están avisando que se acercan.

A José le temblaban las manos. No encontraba la manera de ir colocando las balas dentro de su arma. No sabía si era el hecho de estar pendiente de la carga o el estar, por primera vez, en una situación donde una ofensiva militar se acercaba. Antonio, al verlo en apuros, se acercó y le dijo,

—Tranquilo, José. Dios está con nosotros. Tú confía.

*Frente al cañón, con paso lento pero firme, Osorio se iba acercando con sus jinetes apenas tuvo visión de la entrada a la cordillera gracias a la luz de las primeras horas de la mañana. El paso del Arcángel parecía mucho más grande, o quizás era la situación la que sobredimensionaba su percepción. Se sentía particularmente tenso, ya fuera porque su hermana estaba en la segunda brigada, o por el presentimiento de que había pasado algo por alto. No era la primera vez que dirigía un ataque. Pero sí era la primera vez que lo hacía en la sierra, en una geografía distinta a la suya, y contra gente que, si bien no le era ajena, sí lo era en el campo de batalla. De forma paulatina, su ejército iba subiendo con paso firme hasta la ensenada donde se abría el canal.*

José observaba cómo las tiradoras miraban al horizonte y se ponían en posición de espera. Intentaba ver desde su flanco si alguien se acercaba a la entrada del cañón, pero era imposible. Debido al desnivel, el ejército de Osorio aún estaba demasiado abajo para que pudiera verlo desde su línea de visión. Esa situación lo hacía sentir incómodo y lleno de ansiedad. Miró a sus costados. Había criados que se aferraban al

fusil y, con los ojos cerrados, se ponían a rezar, otros miraban al vacío. Cada uno trataba de manejar la mezcla de emociones en ese suspenso infernal que parecía eterno.

José revisó su fusil. Estaba cargado. Volvió a mirar el detonador, estaba listo. Era cuestión de tiempo para que comenzaran con el plan. Trató de ubicar a Ana Laura en la altura del canal, y alcanzó a verla a lo lejos, apuntando al horizonte. Dos silbidos. Esa era la señal. Estaban subiendo. Nunca antes había estado tan nervioso. Sintió ganas de orinar, más por miedo que por frío. Si lo hacía ahora, dejaría de ser una molestia, así que lo ideal sería hacerlo pronto. Sin embargo, al tratar de abrirse paso entre los pajonales mojados, ya fuera por los nervios o por el terreno, resbaló. De forma instintiva, intentó sostenerse de algo aplastando el detonador por accidente. En una fracción de segundo se dio cuenta de la estupidez que había cometido y retiró la mano de golpe. Sin embargo, tras volver a sus sentidos, se dio cuenta de algo mucho más grave, había aplastado el detonador... y este no había explotado. Se escucharon dos silbidos en la montaña. Los liberales estaban cerca del cañón con su ejército.

—¡División, atentos! —gritó Antonio, y luego se percató de que José estaba anonadado, sentado en el piso, cubierto de lodo.

—¡Párate firme, hombre! —le recriminó Antonio—. ¿Qué es eso de estar en el suelo, José? ¡Carajo! Es ahora cuando tienes que estar firme

—No funciona, tío —dijo José, mirando al vacío y luego fijando los ojos en los de su tío.

—¿¡No funciona qué, carajo!?! —exclamó Antonio.

—La dinamita... acabo de caer sobre ella y no explotó —dijo José—. Debo arreglarlo, de lo contrario todo esto será una masacre.

José se levantó de golpe, se sacudió el lodo y corrió en dirección a la carga en el centro del cañón. Una nube de polvo comenzó a levantarse en el otro extremo. Los liberales debían estar cerca de la entrada del cañón. Antes de que pudiera escuchar la respuesta de Antonio, José pensaba, es la mecha seguro, debe estar húmeda, por eso no funciona. Fue precisamente lo que Remigio le había enseñado la última vez que lo vio.

*Rafael había llegado a la ensenada con su ejército antes de entrar al cañón. Estaba vacío, y eso no le daba buena espina. Quizás los serranos estaban escondidos en el pueblo. Iban a dar pelea. Sin embargo, la presencia de los jinetes podría disuadirlos de mantenerse en el frente.*

—¡Primera división, conmigo! —gritó Rafael.

—*¡Sí, mi comandante!* —respondió la división al unísono.

*Rafael se desprendió con este grupo del ejército total, donde también se encontraba Milena, a fin de dar instrucciones antes de lanzarse a la carga.*

—*Caballeros, firmes y rápidos hasta cruzar el canal. Quizás los estén esperando, pero ya saben lo que les pasa a todos los que esperan por nosotros. Sean firmes, sean rápidos. Tómense este pueblo con decisión, que la verdadera lucha es la que viene después. Hemos llegado hasta aquí, y detrás de San Miguel está la capital. ¡Vamos a poner de rodillas a Veintimilla! ¡Viva Alfaro! ¡Viva la Revolución, carajo!* —gritó Rafael, con el machete en mano, agitándolo en el aire mientras daba la orden de ataque.

—*¡¡¡Viva!!!* —gritó la primera división, y formando un triángulo, se dirigieron con ímpetu y velocidad dentro del cañón.

Cuando Ana Laura vio cómo José corría desesperadamente hacia el canal. Supo de inmediato que algo no andaba bien. Siempre tan meticulado, siempre tan calculador, ahora lo veía improvisando, expuesto a que lo dispararan. Los nervios le jugaron en contra a este imbécil, se dijo. Y sin pensarlo dos veces, tomó su caballo y, dejando su posición, descendió por el monte para darle alcance. La serranía de San Miguel era el hogar de Ana Laura. Sabía perfectamente por dónde moverse. Solo esperaba llegar a tiempo. Tomando en cuenta la distancia, era un margen muy apretado, pero en su interior sabía que si no alcanzaba a recoger a José, éste moriría.

Mientras José corría con desesperación hacia el lugar donde Torres había colocado la carga, alcanzó a escuchar el estruendo del grito de “¡Viva!” a lo lejos. Los liberales habían soltado su primera ofensiva. Sabía que no tenía mucho tiempo. Mientras corría bajando la ensenada, antes de llegar al cañón, se dio cuenta de que debió haber hecho esto a caballo, pero ya estaba demasiado lejos de su división. Los nervios no lo dejaban pensar con claridad. Más valía calmarse. De lo contrario, no podría reemplazar las mechas húmedas de la dinamita.

—*¡José! ¡Vuelve aquí, carajo!* —gritaba Antonio.

—*¡Arroyo, vuelva a su posición!* —gritaba Torres, quien logró identificar cómo José se acercaba al centro desde el otro extremo del cañón.

Los frentes de ambos lados del paso estaban confundidos. No entendían qué estaba pasando. Por un lado, escuchaban cómo una horda de caballos se acercaba al canal, y por otro, en medio del canal, estaba José corriendo hacia el centro por algún

motivo que nadie llegaba a entender. Fue en ese momento que comenzaron a escucharse los primeros disparos desde las montañas. El ejército liberal estaba ya en el rango de las tiradoras. José alcanzó a ver de reojo, en el horizonte, cómo los primeros rayos del sol revelaban la sombra de una estampida de caballos que se acercaba directamente hacia él. Varios zumbidos empezaban a sonar a su alrededor. Los jinetes lo estaban disparando. José zigzagueaba. Estaba muy cerca de llegar a la carga. Si lograba cortar la mecha en una parte que estuviese seca, esperaba que la carga funcionara y así detonar a los jinetes antes de que lo alcanzaran.

Al llegar, se lanzó al suelo. Los disparos eran cada vez más frecuentes, y el sonido de la estampida se hacía más cercano. José desenterró el fusible, cortó la punta de los cables y conectó los extremos secos, esperando que esta vez sí funcionaran cuando activase la carga. Tras haber instalado las mechas como le había enseñado Remigio, José comenzó a correr con todas sus fuerzas hacia un costado del canal. Sin embargo, no podía ir en línea recta. Sería muy fácil que lo dispararan si lo hacía. Tenía que moverse en diagonal, lo cual lo ponía en riesgo de ser alcanzado por los caballos, ya que la distancia que debía recorrer era más extensa. Mientras corría alcanzó a escuchar a Torres.

—¡Fuego!

José pensó por un momento que Torres había dado la orden de volar el canal con él adentro. Cerró los ojos mientras corría, pero acto seguido comenzó a escuchar los tiros desde ambos lados de la montaña. El cruce de balas había comenzado ¿Y si la carga no vuelve a funcionar? Pensó. Su familia, sus amigos, Ana Laura... todos morirían. Pero ahora no podía alimentar esas ideas. Ahora tenía que confiar en que había puesto atención a Remigio, y que la carga detonaría. Con el corazón saliéndose del pecho por el cansancio, por un momento sintió que era cuestión de tiempo para que lo mataran, ya fuera por un disparo o aplastado por la carga de los liberales. Volteó a ver. El sol ya había salido, y los caballos de Osorio estaban muy cerca de él. Sin embargo, se percató que otro caballo se acercaba a gran velocidad. Ana Laura, zigzagueando en su caballo, le tendía la mano para que trepara al vuelo, como tantas veces lo había hecho cuando eran niños. Una vez que José estuvo encima del caballo, Ana Laura, con ambas manos en las riendas, emprendió la corrida, moviéndose de lado a lado hacia una de las ensenadas del costado mientras las balas les iban zumbando en el trayecto.

—Definitivamente no eres un soldado, José Arroyo. ¡Qué clase de estupidez fue esa! —dijo Ana Laura mientras sostenía las riendas y se movía a toda velocidad. José, tosiendo y aferrado a Ana Laura, respondió.

—El detonador, Ana... cof, cof... debe funcionar ahora. Hay que dar la orden cuando estemos lejos, si no moriremos.

Las fuerzas de Osorio entraron al paso del Arcángel con muy pocas bajas por parte de las tiradoras en los peñascos. La estrategia de Alvarado no tuvo mucho éxito en ese punto, quizás porque estaban demasiado lejos y las balas no alcanzaban a llegar con la fuerza necesaria para ser efectivas. Rafael observaba la escena desde la segunda carga, afuera del canal. Vio cómo las fuerzas de la primera división entraban al cañón y sintió que algo no estaba bien. Recordó, de forma aleatoria, aquella vez que, tomando aguardiente después de haber dado un examen de fisiología, estaba en una cantina con José.

*—¿Y si te gusta, por qué no le dices nada, hombre? ¿Crees que va a estar toda la vida esperándote o adivinando que sientes cosas por ella? ¿Qué tienes en la cabeza, Arroyo? Tienes que ir de frente, así como en mi tierra. Sin medias tintas, ¿me oyes? La vida no va a durar siempre, carajo —decía Rafael.*

*José se tomó su trago de aguardiente de golpe. Sabía que Rafael tenía razón, y no sabía cómo responderle. Rafael, en medio de la cháchara, se sinceró y volvió a hablar:*

*—Igual, compadre, no te culpo. No se le puede pedir peras al olmo. Todos en esta bendita ciudad son así. Nadie es frontal, carajo. Uno no sabe si es amigo o si lo quieren arruinar cuando se descuida. Qué coraje me da esto. No lo tomes personal, hombre. Tú eres mi amigo, y así de frente te lo digo, deja esa mierda —dijo Rafael.*

*—Creo que tienes razón.—dijo José— Solo que es tan normal aquí, que yo no sé del todo qué es ser frontal. Ahora bien, si soy sincero, también creo profundamente en algo.*

*—Dime, compadre —respondió Rafael.*

*—No siempre es inteligente mostrar de golpe las intenciones de uno —dijo José.*

*—Ah, mierda. No sé si esté alguna vez de acuerdo con eso, pero ¡salud! —dijo Rafael.*

*—¡Salud! —respondió José.*

José regresó la mirada. No estaba del todo seguro si la carga los iba a alcanzar, pero era un hecho, los liberales estaban encima de la carga explosiva que Torres había instalado. Mientras subían la ensenada de su frente, trató de gritar para que alguien activara la carga, pero tosía, le faltaba el aire por la corrida que apenas ejecutó. Ana Laura entendiendo lo que pasaba, gritó:

—¡Ahora, carajo! ¡Aplasten esa cosa ahora!

¡¡¡PLAM!!!!

*El estruendo que se escuchó fue algo que en la vida de San Miguel jamás se había presenciado. Muchos pensaron que el mundo se estaba acabando. Rafael observaba desde el frente anterior cómo una nube de polvo se levantaba por todos lados, como si una masa de aire y tierra se devorara a toda la división de su ejército. Como si la cordillera, con un rugido, se hubiera tragado a quienes no pertenecían a ella. Todos quedaron en silencio, contemplando el macabro espectáculo. Una vez que el polvo comenzó a asentarse y salieron del estado de shock, Osorio, en un arranque de furia, se colgó el fusil al hombro y sacó el machete.*

—¡Vamos a matar a estos serranos hijos de puta! —gritó con furia Rafael.

—¡Comandante, no los podemos vencer si tienen dinamita! ¡Necesitamos arsenal pesado! ¡Comprenda! —le dijo Zambrano.

—¡Nada de prudencia, Zambrano! Acaban de matar a nuestros hombres, y conociendo a estos malparidos, seguro esa era toda la dinamita que tenían. ¡Segunda división, conmigo! —gritó Rafael.

*En un ejercicio irracional de ira e impulsividad, alzó su caballo en dos patas y arrancó contra la polvareda, seguido por Zambrano y el resto de sus hombres. Mientras se acercaba, empezó a sentir miedo, pero la adrenalina le pudo más. Esa siempre había sido su reacción ante todo lo que lo había hecho recular, ir con todos los fueros y el ímpetu que podía. Le había funcionado antes. Tenía que funcionar ahora. Era su forma de entender la vida. La segunda división era más pequeña, pero era su división de élite. Se acercaba con poco más de treinta caballos, esperando de que alguno de los de la primera división hubiera sobrevivido semejante embate. Esto seguramente fue idea de José, pensó. Rafael sabía que él no era un soldado, pero siempre encontraba la forma de generar el máximo impacto con lo que tenía a su disposición. ¿Por qué no lo vio antes, maldita sea? ¿Cómo pudo haberlo subestimado así? Osorio empezó a escuchar los tiros que venían desde el pico del canal, donde varias mujeres y hombres*

*disparaban a mansalva. La polvareda comenzaba a disiparse. Varios de los jinetes de la primera carga habían sobrevivido y buscaban replegarse. Con explosión y todo, ellos —los liberales— aún eran más. Era cuestión de derrotarlos en combate. Motivos le sobraban. Era momento de matarlos a todos.*

—¡Viene una segunda carga, José! —dijo Ana Laura desde su caballo, con José detrás de ella en la montura.

—La veo —respondió José—. Debes ir a la cima a disparar. Déjame en la división de mi tío y sube a tu posición.

—¿Y tú? —preguntó Ana Laura.

—¿He encontrado la forma de estar vivo hasta ahora, no? Vamos, que te necesitan allá arriba —dijo José.

Ana Laura estaba cerca de subir a la ensenada de la derecha, antes de ascender montaña arriba, cuando en medio de la polvareda un soldado liberal asustó al caballo con un pico, haciendo que tanto ella como José cayeran al suelo. José, apenas reincorporado, vio cómo el sujeto se abalanzaba sobre Ana, intentando ahorcarla con la lanza que usó mientras ella resistía en el suelo. Sin dudarlo, José le disparó a quemarropa. Era la primera vez que asesinaba a alguien. Rápidamente fue hacia Ana Laura. Tras incorporarse, vio que varios jinetes habían sobrevivido a la explosión y se estaban reagrupando en el centro del canal. El caballo de Ana Laura se volvió a parar, y José la ayudó a subir.

—¡Vete! —le dijo José desde el suelo, con el fusil cargado.

—Más te vale seguir con vida, José Arroyo —dijo Ana Laura.

Y tras finalizar su oración, lo besó. Luego tomó las riendas de su caballo y comenzó a abrirse camino montaña arriba, mientras la polvareda se iba asentando. En medio de la confusión, José no sabía dónde estaba su división ni cuántos soldados enemigos lo rodeaban. Mientras intentaba ubicarse, veía partes de cuerpos de caballos y personas. El plan de Remigio había sido efectivo, pero nunca habría imaginado el costo real de dicha acción. Nuevamente sentía miedo. Estaba desprotegido. Pero eso era secundario, el plan estaba funcionando y Ana Laura estaba a salvo. Mientras pensaba en esto, alcanzó a escuchar la voz de su tío:

—¡Fuego!

Desde la ensenada, una fila de hombres disparaba a mansalva y recibía fuego por parte de los liberales que ya se habían reorganizado en el interior del canal. José corrió

hasta unirse a ellos y, al igual que los demás, comenzó a disparar sin saber con certeza si estaba alcanzando a algún enemigo, a uno de los suyos, o si simplemente desperdiciaba municiones creyendo que acertaba. Del otro lado del canal pudo ver a Alonso y a Torres cargando municiones. Sin embargo, el tiempo para asimilar lo que ocurría fue demasiado corto. Los jinetes de la segunda carga de Osorio ya habían entrado al canal y se estaban desplazando hacia su flanco. La estrategia parecía seguir funcionando, pensó, no había ningún soldado liberal que hubiera pasado de la mitad del canal. En ese punto, el ejército de Osorio recibía fuego tanto de las tiradoras en las alturas como de las fuerzas de infantería ubicadas a ambos lados del canal. Si las balas fueran infinitas y no tardaran tanto en recargar, sería cuestión de tiempo para que los disiparan por completo. Pero al ver que Alonso y Torres no estaban recargando, sino colocando bayonetas en sus fusiles, volvió a la cruda realidad de lo que estaba por suceder. Torres, junto con su división se estaba preparando para hacer carga contra Osorio en combate cuerpo a cuerpo. No podían permitir que los liberales cruzaran el canal. Eso también era parte del plan. Acto seguido, escuchó la orden de su tío:

—¡Soldados, prepárense para cargar!

Desde el lomo de Madero, José vio cómo su tío dirigía la carga de su flanco contra los liberales, mientras que, del otro lado, la división de Torres hacía lo mismo. Rafael estaba encerrado.

Después de la carga de ambos lados, la pelea iba a favor de la milicia de San Miguel, hasta que las municiones de las tiradoras del cañón se terminaron. Ya en campo abierto, los liberales daban machetazos a mansalva a todo aquel que se les cruzaba. Tanto Torres como Antonio intentaban repelerlos desde sus caballos, pero los costeños estaban llenos de ira por la detonación ocurrida en la mañana, y su experiencia en combate cuerpo a cuerpo comenzaba a hacerse evidente. Era casi el mediodía. El sol estaba en su punto, y de no ser por la sombra que proyectaba el canal, la condición de la pelea habría sido aún más hostil por el desgaste que generaría el astro. Los soldados de San Miguel comenzaban a retroceder. Pese a la gran cantidad de bajas que habían causado, era evidente que eran cazadores, no soldados. En medio de la escaramuza, José escuchó a Antonio dar la orden de ir al final del canal, mientras Torres hacía lo mismo desde el otro lado.

—*¡Están retrocediendo, comandante!* —dijo Zambrano.

*—Te lo dije —respondió Rafael desde la retaguardia—. No tenían más carga que la que ya nos mandaron. Una vez que rompamos la línea de defensa del final del canal, será cuestión de horas tomarnos el pueblo.*

José observaba cómo Rafael agrupaba sus fuerzas nuevamente, mientras él, al mando de su tío y junto con Torres, corría para formar un último frente al final del canal antes de entrar al pueblo. Era evidente que ambos bandos volverían a cargar entre sí. José se mantuvo en combate desde la retaguardia de Antonio, evadiendo la mayor cantidad posible de confrontaciones cuerpo a cuerpo y usando sus tiros estratégicamente. Nunca antes había matado, y en un solo día ya llevaba al menos siete muertes él solo. En medio del repliegue de los liberales, José alcanzó a identificar a Milena, la hermana de Rafael, en la retaguardia del ejército liberal. Aún con municiones, disparaba ferozmente contra algunos de los hombres de San Miguel que se replegaban en el frente conjunto de Antonio y Torres. Fue entonces cuando apareció Ángel, exclamando:

*—¡Vamos para atrás, joven! Si no, nos van a matar aquí.*

Las fuerzas de ambos bandos comenzaban a separarse poco a poco, sin dejar de luchar en la mitad. José sabía que lo que se venía sería mucho más sangriento, porque ya no contarían con más municiones de tiro. Todo sería estrictamente campal. Se estaba haciendo a la idea de estar en esa situación cuando alzó la mirada y vio cómo las mujeres del canal descendían para sumarse al frente de Antonio y Torres. Los cuatro frentes unidos, eran la última línea de defensa antes de que los liberales entrasen en San Miguel. Sin embargo, mientras se unía a la línea al final del cañón, vio cómo a Milena le llegaba un disparo por la espalda, haciéndola caer de su caballo. Su primer instinto fue ir a verla. Sin embargo, bajo esas condiciones, eso significaba que lo disparesen a él de forma inmediata. Vio cómo varios soldados liberales se reunían alrededor de ella y la llevaban por fuera del canal cargándola.

*—¡Comandante! —dijo Zambrano.*

*—¿Qué pasa, carajo? —respondió Rafael, mientras organizaba a sus hombres en la retaguardia.*

*—Es su hermana —dijo Zambrano.*

*A Osorio, la frase le cayó como agua fría. Tal era la furia después de la detonación que se había olvidado de que su hermana estaba ahí. Al ver cómo sus*

*hombres la traían de regreso, sangrando por la espalda, supo que no tenía sentido seguir en la pelea. No porque no pudieran continuar con la carga, sino porque él ya no estaba mentalmente en el lugar, su atención ahora era Milena. Su cabeza estaba donde más temía, su hermana estaba muriendo, y en ese momento, San Miguel dejó de importarle.*

*—¿Comandante? ¡Comandante! —insistió Zambrano.*

*Osorio suspiró, guardó el machete y dio la orden:*

*—Da señal de retirada, Zambrano. Esto se acabó por hoy.*

Cuando José vio que Osorio se alejaba del canal con Milena herida, supo que no iban a atacar nuevamente. Acto seguido, comenzó a escuchar la trompeta de retirada de los liberales. Apenas sucedió esto, volvió la mirada y vio cómo los hombres que quedaban cargaban contra los desgraciados que no alcanzaron a tener un caballo para salir antes de la orden de retirada. Hombres y mujeres de las diferentes haciendas, a caballo o a pie, con bayonetas, lanzas o cuchillos, corrían para desmadrar a cualquier liberal que no alcanzara a huir del canal. José se quedó ahí, mirando desde lejos la demostración macabra de rabia e ira de sus familiares, amigos y conocidos.



## Obras citadas

- Adichie, Chimamanda. 2009. “El peligro de la historia única”. Video de YouTube a partir de una ponencia presentada en TED. <https://www.youtube.com/watch?v=D9Ihs241zeg>.
- Alber, Jan, y Brian Richardson, eds. 2020. *Unnatural Narratology: Extensions, Revisions and Challenges*. Columbus: The Ohio State University Press.
- Freud, Sigmund. 1919. *Lo siniestro*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. <https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-23-Freud.LoSiniestro.pdf>.
- King, Stephen. 1981. *Danza Macabra*. Madrid.: Valdemar.
- Mills, Kenneth. 1997. *Idolatry and Its Enemies: Colonial Andean Religion and Extirpation, 1640–1750*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- Montalvo, Daniel, y Mariana Rodríguez, eds. 2023. *Pulso de la democracia en Ecuador*. Nashville: LAPOP / Vanderbilt University. <https://www.vanderbilt.edu/lapop/ecuador/ABECU2023-Pulso-de-la-democracia-final-20240307.pdf>.
- Stavish, Mark. 2018. *Egregores: The Occult Entities That Watch Over Human Destiny*. Rochester, V. T.: Inner Traditions.
- Todorov, Tzvetan. 1972. *Introducción a la Literatura Fantástica*. Buenos Aires.: Editorial Tiempo Contemporáneo.